



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

G

Confluencias disciplinares y propuestas teórico- metodológicas en los inicios del desarrollo de la etnohistoria andina.

Autor:

Ramos, María Alejandra

Tutor:

Zanolli, Carlos Eduardo

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas

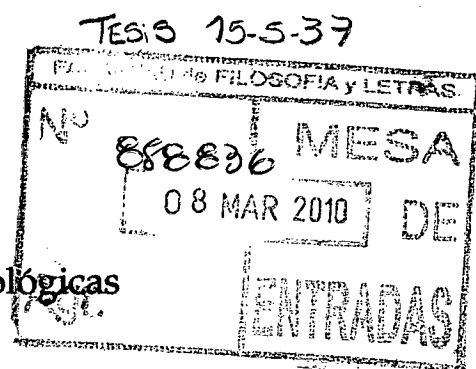
Grado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Tesis
15.5.37



Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

*Confluencias disciplinares y propuestas teórico-
metodológicas en los inicios del desarrollo de la
Etnohistoria andina*

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

María Alejandra Ramos
Director: Dr. Carlos Zanolli

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar le agradezco al Dr. Carlos Zanolli por dirigir esta tesis, por sus consejos y correcciones.

Debo un agradecimiento especial a la Dra. Ana María Lorandi, con quien estoy en deuda ya desde la elección del tema de esta tesis, por las recomendaciones de lectura y por mostrarse sumamente accesible en las reiteradas oportunidades que la consulte.

Agradezco a las personas que me sugirieron y facilitaron bibliografía: Dra. Roxana Boixadós, Dr. Antonio Castorina, Lic. Víctor Falcón Huayta, Dra. Alicia Martín, Dra. Lidia Nacuzzi, Lic. Estela Salles, Dr. Pablo Sendón y Dra. Verónica Williams. También a la Dra. Catherine Julien y al Dr. Jorge Flores Ochoa, por responder mis consultas.

A los amigos que resultaron de transitar esta carrera: Constanza, Valeria y Marcelo, por los buenos momentos en la cursada y fuera de ella. A Dolores, Julia y Ana Laura, que me hicieron sentir parte de un grupo desde mis primeros días en la Sección Ethnohistoria.

A Federico, por su compañía y su comprensión.

Finalmente a mi familia, en especial a mi madre por su apoyo y su aliento durante todos estos años.

ÍNDICE GENERAL

Introducción	1
Capítulo I Antecedentes y marco teórico-metodológico	4
Presentación del tema de investigación	4
Objetivos	8
Antecedentes	9
Investigando la Etnohistoria andina	9
La producción de conocimiento en el campo académico	16
Metodología	19
Capítulo II Investigadores e instituciones en las primeras décadas del siglo XX	24
Los primeros referentes	25
Cronología y sistema sociopolítico incaico	25
La dimensión temporal en la Arqueología y la cronología relativa de Max Uhle	27
El desarrollo de instituciones de formación y financiación en Perú	28
Nacionalismo y cooperación internacional en las investigaciones	31
California y Chicago: las influencias universitarias	33
Balance de las investigaciones durante las primeras cuatro décadas del siglo XX	38
<i>Comentarios introductorios a los capítulos III y IV dedicados a John H. Rowe y a John V. Murra</i>	41
Capítulo III John Rowe: el proceso cultural y el rigor en la investigación	44
Introducción a la vida y la obra de John Howland Rowe	44
Análisis de las principales obras de John Rowe	54
Consideraciones preliminares	54

Aportes al estudio de la cronología Inca (1941-1946)	56
Conocimientos lingüísticos y su aplicación (1943-1960)	65
La construcción de un marco teórico-metodológico para el estudio de la Arqueología Andina (1950-1964)	71
Teoría y método en Antropología (1944-1966)	84
Arte, tradición cultural y rebelión (1951-1970)	89
Trayectoria de investigación: 1941-1970	100
El legado de John Rowe	102
Capítulo IV John Murra: el compromiso político y el logro andino	104
Introducción a la vida y la obra de John Víctor Murra	104
Análisis de las principales obras de John Murra	117
Consideraciones preliminares	117
Primer esbozo de la idea de continuidad cultural andina pre-incaica (1943-1946)	120
El Estado Inca desde abajo (1950-1955)	124
Agricultura, tenencia de la tierra, rebaños y tejidos	127
Comunidad étnica y Estado Inca	131
Más allá de las crónicas: nuevos tipos de documentos en los trabajos tempranos de Murra (1958-1964)	135
El Proyecto Huánuco (1962-1966)	141
Publicación de la visita de Huánuco y su empleo conjunto con la visita de Chucuito (1967-1972)	146
Etnohistoria andina: una nueva forma de investigar (1970)	152
Trayectoria de investigación: 1943-1972	154
El legado de John Murra	156
Conclusiones	158
Bibliografía	171

INTRODUCCIÓN

EL CAMINO TRANSITADO

Llegaba diciembre de 2007, había terminado de cursar todas las materias de la carrera de Antropología y todavía no tenía un tema para mi tesis. A lo largo de mi formación había alternado entre distintas áreas de investigación – pasando por Antropología de la danza y Antropología médica – pero no me había decidido por ninguna. Tras haber cursado simultáneamente el Seminario Anual de Ethnohistoria y Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo, la única certeza que tenía se transformó más tarde en un gran descubrimiento: mi interés por la Antropología Histórica y mi mayor disposición al trabajo con fuentes. No obstante, continuaba sin un tema de investigación. Encontrar el camino no fue sencillo, y se lo debo en gran parte a la paciencia del Dr. Carlos Zanolli y a las largas charlas que mantuvimos a fines de ese año.

Durante esas conversaciones y luego de evaluar mis intereses y mis trabajos previos, notamos que los temas a los que me había acercado como proyecto de investigación, si bien eran diversos, compartían un abordaje común: en todos se reflejaba un interés por dar cuenta de la articulación entre los sectores involucrados en la producción de conocimiento, las disputas por espacios de poder en torno a ellos y su relación con la práctica cotidiana, atravesada por esos marcos de sentidos, práctica que al mismo tiempo desafía su capacidad explicativa y exige la constante revisión (incluso modificación) de tales marcos. Se trataba entonces de dar cuenta, desde una perspectiva diacrónica, de la dialéctica entre los discursos que organizan y dan sentido a la experiencia y la práctica cotidiana, pensados como dos términos que, si bien no están escindidos, pueden separarse analíticamente en el plano teórico para intentar dar cuenta de su dinámica.

Me encontraba más cerca de empezar a definir el tema de la tesis. A las charlas mencionadas se sumaron las sugerencias de la Dra. Ana María Lorandi, quien propuso dirigir mi interés por la construcción del conocimiento al ámbito

académico, específicamente al surgimiento de la Etnohistoria en Andes. De pronto todo parecía encaminarse. Teníamos una idea, aunque muy general, de lo que sería el tema de la tesis. Por supuesto, a medida que pasaba el tiempo, se acumulaban las lecturas y las conversaciones con mi director. De ahí que el tema se modificara y se complejizara cada vez más, porque tal como expresa Bourdieu (1995), la construcción del problema no es un acto inaugural sino un proceso marcado por el ida y vuelta entre teoría y experiencia, que nos obliga, en términos de Gadamer (1988: 456), a “destruir la ilusión de que los problemas están ahí como las estrellas en el cielo”. El primer autor que analizamos –por sugerencia de la Dra. Lorandi– fue John Murra, al que luego se sumó John Rowe. Ya avanzada la investigación decidimos que era necesario reseñar las investigaciones previas a los trabajos de Murra y Rowe, y también referirnos a sus años de juventud y de formación académica.

Nuestro tema quedó finalmente enunciado como *Confluencias disciplinares y propuestas teórico-metodológicas en los inicios del desarrollo de la Etnohistoria andina*. Para abordarlo nos propusimos dos objetivos: 1) Realizar un cuadro de situación de las investigaciones sobre el área andina previas a los trabajos de Murra y Rowe y examinar las trayectorias personales y los años de formación académica de los autores. 2) Estudiar sus contribuciones y la conformación de un nuevo modelo de investigación analizando los fundamentos teórico-metodológicos de sus obras. Llevamos a cabo este trabajo a partir del análisis de fuentes de diversos tipos publicadas en el ámbito académico: artículos, conferencias, homenajes, entrevistas y obituarios.

La presente tesis está organizada en cuatro capítulos. En el primero presentamos el tema y los objetivos junto con los antecedentes de la investigación y la metodología a emplear; el segundo capítulo trata sobre el campo académico en las primeras décadas del siglo XX, focalizando en las investigaciones realizadas en el área andina y en los espacios institucionales en los que se formaron Rowe y Murra; los capítulos tres y cuatro corresponden, respectivamente, a estos autores, y en ellos nos ocupamos de sus intereses

iniciales, reseñamos su recorrido académico y analizamos el contenido de sus obras. Finalmente, en las conclusiones se sintetizan y comparan los esquemas propuestos por Rowe y Murra y se ofrece una evaluación de la importancia de sus obras para las siguientes generaciones de investigadores interesados en las sociedades andinas.

Pensamos que esta investigación constituye un aporte en el área de la Historia de la Teoría. La cuál es parte fundamental del desarrollo de cualquier disciplina dado que implica la revisión de su devenir como así también el examen de "verdades" históricamente cristalizadas.

Capítulo I

ANTECEDENTES Y MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO

*All those kinsmen resurrected, reevaluated, scrutinized.
Events, influences, skullduggery, and alternative readings
of the evidence are us because they are part of our past*
John Murra

PRESENTACIÓN DEL TEMA DE INVESTIGACIÓN

Un estudio del periodo inicial de la Etnohistoria Andina necesariamente debe enmarcar el desarrollo de esta nueva perspectiva en los renovados vínculos que la Antropología y la Historia tuvieron a mediados del siglo XX. El encuentro de estas disciplinas estuvo precedido por un periodo de "separación", en términos de Viazzo (2003), que tuvo sus inicios en la década de 1920. En Antropología se produjo un "rechazo a la historia" por parte de los exponentes la corriente estructural funcionalista, que fue considerado una reacción a la "historia especulativa" de los evolucionistas. Por aquellos años, los historiadores se encontraban interesados en las biografías de los grandes hombres, en los acontecimientos bélicos y en el estudio de las instituciones europeas. Esta tendencia comenzó a declinar tras la primera posguerra, cuando la Historia social comenzó a ganar espacios con los estudios de demografía, economía y sociedad. En Francia, el aumento de este tipo de investigaciones tuvo como corolario la creación, en 1929, de la revista *Annales d'Histoire Economique et Sociale*. El desarrollo de la Historia social implicó una apertura temática y metodológica que impulsó un mayor contacto con otras Ciencias Sociales (Fernández de Mata 2002, Lorandi y Rodríguez Molas 1984, Viazzo 2003).

En Antropología, y a pesar del distanciamiento inicial, fue dentro del funcionalismo y el estructural funcionalismo que se dieron los cambios que condujeron a un nuevo interés en la dimensión histórica. A fines de la década de 1940, Raymond Firth y Meyer Fortes, representantes de estas corrientes, ensayaron categorías como "organización social" o "ciclo del desarrollo del

grupo doméstico” con el fin de incluir la dimensión histórica en su análisis¹. Simultáneamente, Max Gluckman, en un artículo escrito en 1947, criticaba a Malinowski por no haber considerado los trabajos de los historiadores sobre África y por haberse desinteresado del estudio de los archivos. Se iniciaba así un replanteo de las categorías de análisis y de los intereses de investigación, en un intento por contemplar los procesos históricos (Fernández de Mata 2002, Trigger 1986, Viazzo 2003)

Pero quizás la voz que más resonó en esos años fue la de Evans-Pritchard en la *Marett Lecture* que tuvo lugar en 1950² (Viazzo 2003). En esta conferencia, el autor reflexionó sobre la relación entre Antropología e Historia y sostuvo que los antropólogos sociales se desempeñan en tres niveles: primero tratan de comprender los significados culturales y traducirlos en los términos de su cultura. En este punto no habría una diferencia con la historia en lo que respecta a objetivo o método. Esta similitud entre las dos disciplinas habría sido opacada por el contraste entre el estudio directo de la vida social que los antropólogos realizan y el indirecto que llevan a cabo los historiadores mediados por los documentos. Para Evans-Pritchard, ésta sería una diferencia técnica y no metodológica. En un segundo nivel, los antropólogos buscan la estructura social subyacente. Aquí también puede establecerse una similitud con los historiadores, exceptuando a los más conservadores que no llevarían adelante este tipo de trabajos. En el tercer y último nivel, los antropólogos aplican el método comparativo que, según el autor, no es común en los historiadores (Evans-Pritchard 1950).

Evans-Pritchard retomó las ideas de Kroeber para sostener que las diferencias existentes entre las dos disciplinas son de técnica, de énfasis o de

¹ Viazzo (2003) cita el ensayo de Meyer Fortes de 1949 titulado “Time and Social Structure” y las ideas expresadas por Raymond Firth en 1947 en una serie de conferencias dictadas en Birmingham, que luego se retomarían en *Elements of Social Organization* editado en 1951.

² Para Viazzo (2003) esto fue así porque en aquellos años Evans-Pritchard era la figura más importante y con más autoridad de la Antropología británica, ya que en 1946 había fundado y presidido la Association of Social Anthropologists y le habían asignado el cargo de profesor de Antropología Social en Oxford -en reemplazo de Radcliffe-Brown. Además, en el año que realizó la *Marett Lecture* era el presidente del Royal Anthropological Institute.

perspectiva, pero no de objetivo o método. La conferencia finalizó con la propuesta de que la Antropología Social pertenece al campo de las Humanidades y no al de las Ciencias Naturales (Evans-Pritchard 1950). De esta manera, el autor expresaba su rechazo al postulado de Radcliffe-Brown según el cual el fin de la Antropología era establecer leyes que explicaran el mundo social, proponiendo, por el contrario, que el objetivo era la formulación de modelos y la interpretación (Evans-Pritchard 1950).

Las disciplinas se desarrollan a partir de las teorías y metodologías que se construyen para dar cuenta de su objeto, pero también se encuentran condicionadas por las problemáticas sociales emergentes (Lorandi y del Rio 1992). En este sentido, el Indian Claims Act – aprobado en Estados Unidos en 1946– desencadenó una serie de investigaciones de archivo. Esta ley hacía posible que los grupos indígenas reclamasen al gobierno, mediante un juicio, una indemnización en el caso de que sus tierras hubiesen sido expropiadas tras las firmas de tratados que protegían sus derechos de propiedad. Se iniciaron así una serie de juicios que se prolongaron por varios años y muchos antropólogos que fueron requeridos como expertos se familiarizaron con los archivos del gobierno. Los antropólogos realizaron estudios diacrónicos con el fin de aportar evidencia para avalar o desestimar las demandas. Esta experiencia común los alentó a realizar, a partir de 1954, una serie de encuentros titulados Ohio Valley Historic Indian Conference desde los que se impulsó la creación de la revista *Ethnohistory*. Luego los encuentros fueron conocidos como American Indian Ethno-historic Conference, y desde 1966 constituyeron la American Society for Ethnohistory (Fernández de Mata 2002, Krech 1991, Lorandi y Nacuzzi 2007, Viazzo 2003).

Simultáneamente, el proceso de descolonización impulsó historiografías especializadas. La que más se destacó entre ellas fue la Historia de África, cuyo principal representante es Jan Vansina. Los investigadores pertenecientes a esta corriente se abocaron al uso de documentos hasta el momento ignorados e incluyeron en su estudio las fuentes orales. Adoptaron también nuevas

perspectivas interpretativas, producto de su interés por información referente a la organización social y a las creencias de los grupos estudiados. Estos trabajos fueron reunidos a partir de 1960 en el *Journal of African History* (Vansina 1962).

Durante estos años, tanto en México como en Perú otros investigadores intentaron conjugar las investigaciones arqueológicas, históricas y antropológicas para el estudio de las sociedades precolombinas. El término Ethnohistoria comenzó a utilizarse para designar trabajos que ya se venían realizando en esta línea (Fernández de Mata 2002, Pérez Zeballos y Pérez Gollán 1987). En el caso de Perú y a lo largo de la primera mitad del siglo XX, investigadores que formaban parte de la corriente indigenista habían realizado estudios que buscaban conectar el pasado y el presente, recurriendo para ello a las tres disciplinas mencionadas. En la década de 1950, esta línea confluyó con las investigaciones impulsadas por Estados Unidos en la región (Ávila Molero 2000). En este último grupo se ubican los autores que serán, junto a sus producciones, el objeto de la investigación de la presente tesis: John Rowe y John Murra. Fueron ellos los protagonistas de un viraje en los estudios andinos que involucró cambios en las formas de relacionar las tres disciplinas mencionadas, que renovó los enfoques metodológicos y las perspectivas interpretativas y que condujo a la expansión del objeto de estudio acompañado de la profundización del conocimiento. El tema de nuestra tesis queda definido entonces como el análisis de *Confluencias disciplinares y propuestas teórico-metodológicas en los inicios del desarrollo de la Ethnohistoria andina*. Debemos señalar que, al analizar los modelos descriptivos/explicativos que se fueron instalando a lo largo de estos años, tendremos en cuenta las facilidades y las limitaciones provenientes de los mecanismos de difusión del conocimiento y de apoyo a los investigadores que han incidido en su desarrollo académico.

La presente tesis resulta novedosa en lo que respecta a la región y al periodo a analizar. Como bien ha notado Arana Bustamante (2005), Viazzo (2003) ofrece un completo marco internacional para reflexionar acerca de los vínculos entre Historia y Antropología, tal como se dieron en la región andina.

El autor sugiere que los “esquemas interpretativos” propuestos por los pioneros de la Etnohistoria andina en las décadas de 1950 y 1960 – justamente los años del “acercamiento” entre las dos disciplinas según Viazzo- fueron los impulsores de la “gran renovación” que tuvo lugar en los estudios andinos en la década de 1970 (Arana Bustamante 2005: 479). Arana Bustamante afirma además que la historia de este periodo fundacional aún no ha sido escrita. Si bien es cierto que autores como Ávila Molero (2000) han realizado una revisión del desarrollo histórico de la Etnohistoria en Andes, el espacio destinado al periodo inicial ha sido relativamente breve³. La presente tesis profundiza en los momentos iniciales del desarrollo de la Etnohistoria andina (1940-1970), intentando cubrir el vacío historiográfico señalado por Arana Bustamante.

OBJETIVOS

Para lograr una mayor comprensión de las transformaciones en los estudios andinos ocurridas a mediados del siglo XX es indispensable trazar un cuadro de situación previo. Por ello, nuestro primer objetivo será *caracterizar el clima académico y las investigaciones contemporáneas a los años formativos de Murra y Rowe*, lo que implica, por una parte, establecer qué disciplinas producían conocimiento sobre el pasado de Perú en las primeras décadas del siglo XX, de qué manera se articulaban y cuáles eran las problemáticas que se planteaban; por otra parte, dar cuenta del contexto académico de la formación disciplinar de Murra y Rowe analizando las relaciones entre investigadores y las perspectivas predominantes. Una vez logrado este cuadro de situación, nuestro segundo objetivo será *establecer de qué manera las investigaciones de Murra y Rowe han conducido a un nuevo modelo de investigación en los Andes*. Analizaremos entonces los vínculos disciplinares que proponen dichos autores y los fundamentos teórico-metodológicos de sus obras, con el fin de establecer cuáles han sido los cambios conceptuales producto de sus propuestas y las bases que han sentado

³ También pueden encontrarse síntesis de los primeros momentos de la Etnohistoria andina insertas en revisiones generales, cuyo objetivo principal no es el análisis de estos escritos sino caracterizar el estado contemporáneo de la investigación y proponer hacia dónde y cómo debería continuar su desarrollo.

para los investigadores posteriores. Simultáneamente, daremos cuenta del rol que desempeñaron distintas instituciones de financiación y universidades en la concreción y divulgación de las investigaciones.

ANTECEDENTES

Investigando la Etnohistoria andina

Al indagar acerca de las investigaciones que tomaron total o parcialmente nuestro tema de interés como objeto de estudio, identificamos una serie de trabajos interesados por el estado actual de la Etnohistoria que, o bien realizan una referencia obligada al momento de su constitución; o bien comparan la situación actual con etapas previas y a partir de este ejercicio enriquecen su reflexiones sobre el devenir de este área de estudio. Existen otros escritos que, aunque no tienen como objeto central de su análisis el periodo que nos interesa, se detienen a examinar en mayor detalle las características de la producción en los momentos iniciales del desarrollo de la Etnohistoria, como parte de un análisis histórico de las transformaciones que ésta ha sufrido. En tercer lugar, encontramos un reducido número de textos que trabajan en profundidad algunas obras de John Rowe o de John Murra. Finalmente, en la década de 1970, los propios protagonistas de la expansión de las investigaciones etnohistóricas llevaron a cabo balances de lo realizado en los años precedentes y con vistas a los desarrollos futuros. Todo este material será considerado para reconstruir un esquema general de los distintos momentos que atravesó la Etnohistoria, desde su surgimiento hasta los debates actuales. A partir de este esquema será posible focalizar nuestra atención en el periodo que nos ocupa, profundizando su descripción y, al mismo tiempo, dando cuenta de la importancia del mismo desde una perspectiva que lo inserte en un proceso más amplio.

Tal como mencionábamos al inicio de este capítulo, el surgimiento de la Etnohistoria andina se inserta, por una parte, en la dinámica de las relaciones entre Historia y Antropología; por otra parte, tiene como antecedentes la tradición de investigación peruana marcada por las preocupaciones

indigenistas y los estudios impulsados por Estados Unidos tras la segunda posguerra (Arana Bustamante 2005). Diversos autores (Ávila Molero 2000, Kaulicke 2004, Lorandi y del Río 1992) han sostenido que el primer periodo de la Etnohistoria andina, que ubican entre 1950 y 1970, estuvo marcado por la confluencia de tres tradiciones: el historicismo, el funcionalismo y estructuralismo. Cada una de ellas es representada por John Rowe, John Murra y Tom Zuidema, respectivamente.

A pesar del acuerdo general sobre estos tres investigadores como los representantes del periodo inicial de estudios etnohistóricos, Lorandi y del Río (1992) identifican dentro de este lapso de veinte años lo que podríamos llamar un "sub-periodo", que tendría lugar entre 1950 y 1960⁴. Las autoras consideran, al igual que Ávila Molero (2000) y Kaulicke (2004), que desde la década de 1950 se fue gestando una nueva forma de investigar que se consolidó y comenzó su expansión en los años de 1970. Pero además, Lorandi y del Río (1992) ofrecen una distinción dentro de este periodo inicial que les permite proponer una confluencia de corrientes levemente distinta que la anterior –historicismo, funcionalismo y estructuralismo– que habría tenido lugar entre el particularismo boasiano, el funcionalismo británico y el neo-evolucionismo. Como podemos observar, las dos primeras son equiparables a las ya mencionadas, siendo también sus representantes Rowe y Murra. Sin embargo, el estructuralismo, y por lo tanto Zuidema, no figuran en la lista. Esto es así porque Lorandi y del Río afirman que su influencia recién comenzó a sentirse después de los años de 1960.

A los trabajos de Rowe, caracterizados por un enfoque descriptivo y una metodología inductiva; y a los de Murra, que impulsaron una lectura de las fuentes a la luz de los trabajos etnográficos, las autoras suman la corriente neo-evolucionista, representada por Julian Steward a través de su rol como editor del *Handbook of South American Indians* (1946-1959). Sin embargo, el neo-evolucionismo tuvo un peso menor en relación al particularismo y al

⁴ Incluso, si tenemos en cuenta a los textos que hacen referencia, podríamos decir que las autoras remontan el inicio del periodo –al menos– a 1946.

funcionalismo, y si bien el *Handbook* se encontraba bajo la edición de Steward, no todo lo que se publicaba pertenecía a la línea teórica por él impulsada. (Lorandi y del Río 1992).

Retornemos por un momento a la figura de Zuidema y su lugar en esta cronología del desarrollo de la Etnohistoria. Este autor impulsó los estudios de parentesco, brindando herramientas metodológicas para el análisis de las categorías nativas de pensamiento y vinculando la cronología inca con las estructuras sociopolíticas y la religión. En *The Ceque System of Cuzco*, publicado en 1964, Zuidema propuso que el conjunto de líneas ceremoniales que organizaban una serie de lugares sagrados en Cuzco y sus alrededores podía ser vinculado con las responsabilidades religiosas de los linajes y las pautas de matrimonio. De esta manera, las divisiones y representaciones del espacio se encontraban entrelazadas con la estructura social y los principios de tripartición, dualismo y cuatripartición (Ávila Molero 2000, Burga [1999] 2005, Kaulicke 2004, Lorandi y del Río 1992, Malpass 2003). Este libro de 1964 resultó “de difícil acceso por su redacción intrincada y ciertas contradicciones y ambigüedades en el manejo de los datos” (Lorandi y del Río 1992: 80) y logró mayor difusión recién en los primeros años de la década de 1970, a partir de las obras de Nathan Wachtel.

Entonces, si tenemos en cuenta el impacto tardío de la obra de Zuidema y la incidencia reducida del neo-evolucionismo, son las obras de Rowe y Murra las que se tornan indispensables analizar para un estudio de los años de conformación de la Etnohistoria. Entre los principales aportes de Rowe se encuentran: una aproximación regional a la arqueología Inca, que hasta ese momento se focalizaba en unos pocos sitios (Malpass 2003); la periodización arqueológica de las sociedades previas a los incas mediante las nociones de horizonte y periodo (Ávila Molero 2000); sus trabajos sobre la religión estatal incaica (Ávila Molero 2000); y las investigaciones en relación al lugar de la realeza inca en el período colonial (Burga [1999] 2005). Rowe realizó sus investigaciones a partir de la articulación de la información provista por

documentos y materiales arqueológicos desde una perspectiva que ha sido caracterizada como historicista y descriptiva (Kaulicke 2004, Lorandi y del Río 1992). El artículo "Inca cultura at the time of the spanish conquest", publicado por Rowe en 1946 en el *Handbook of South American Indians*, ha sido quizás el más referido por los autores posteriores, y Lorandi y del Río (1992) lo analizan en detalle con el fin de demostrar de qué manera se manifiesta la mencionada perspectiva.

En lo que respecta a Murra, se ha destacado su interés por el funcionamiento económico del Estado Inca (Kaulicke 2004); el haber indicado la preexistencia de las estructuras políticas y económicas empleadas por los incas (Malpass 2003); la crítica a las clasificaciones de la sociedad inca basadas en categorías diseñadas para las sociedades europeas (Ávila Molero 2000); los estudios sobre las relaciones entre las etnias y el Estado (Lorandi y del Río 1992); y su insistencia en el empleo de nuevas fuentes y en la relectura de las crónicas (Ávila Molero 2000, Kaulicke 2004, Lorandi y del Río 1992). La presencia de estas preocupaciones en su tesis doctoral *La organización económica del Estado Inca* ([1955] 1978) es analizada por Lorandi y del Río (1992), quienes consideran que el interés de Murra por las relaciones entre las etnias y el Estado Inca sentó las bases para los posteriores estudios de etnogénesis. Las autoras examinan también "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas" (1972) como uno de "los modelos básicos del comportamiento andino", ya que, como resultado del periodo inicial de desarrollo de la Etnohistoria, "el tema inca" pudo ser integrado dentro de una problemática mayor en la cual "lo andino como espacio ecológico y social recubre como una totalidad organizadora cada uno de los temas específicos por los que se interesan los etnohistoriadores" (Lorandi y del Río 1992: 96, resaltado de las autoras).

La confluencia de las distintas corrientes mencionadas se consolidó en los trabajos realizados a partir de la década de 1970 (Burga [1999] 2005, Arana Bustamante 2005). En ésta época, los mismos protagonistas del desarrollo de

esta nueva forma de investigar realizaron los primeros balances de los estudios etnohistóricos. Por aquellos años, Franklin Pease escribía lo siguiente sobre las investigaciones de las dos décadas precedentes: “comenzaron a producir un conjunto de hipótesis y discusiones que significaron no sólo un cambio de intereses y puntos de partida, sino el esbozo de una nueva metodología para estudiar la vida de los Andes” (Pease [1974] 1987: 184). De esta manera, la Etnohistoria nació como el instrumento para estudiar, por medio de documentos y con herramientas teóricas de la Antropología, aquellas sociedades que habían sido colonizadas. Su especificidad resultaba de una triple confluencia teórica y metodológica: el interés antropológico por el análisis de las estructuras sociales; la transformación de las mismas estudiada por los historiadores; y el uso de distintos tipos de fuentes (Kaulicke 2004, Lorandi y del Río 1992)

En la década de 1970 comenzaba una nueva etapa de la Etnohistoria Andina y era anunciada por las obras de Nathan Wachtel, que analizó la desestructuración de la sociedad andina en *La vision des vaincus: les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole, 1530-1570* (1971), y de Pier Duviols, quien describió la extirpación de idolatrías enmarcándola en el entorno ideológico de la época y en relación a los intereses creados, en *La lutte contre les religions autochtones dans le Pérou colonial: l'extirpation de l'idolâtrie entre 1532 et 1660* (1971) (Salazar Soler 2007). Por esos mismos años se hacían sentir con mayor fuerza los aportes del marxismo y de la Antropología Histórica francesa, cuyo origen se encuentra en la Historia de las Mentalidades –una de las líneas que se desprendieron de la Historia Social (Arana Bustamante 2005, Lorandi y del Río 1992).

La década de 1980 estuvo marcada por la pluralidad de investigaciones surgidas tras la expansión regional de la Etnohistoria y los debates respecto a cómo definir este campo. Con diferentes ritmos, los estudios etnohistóricos fueron incorporados en Ecuador, Bolivia, Chile y Argentina, enriqueciéndose con los aportes realizados desde cada uno de estos países. Tras esta primera

expansión de las investigaciones y la consecuente apertura de nuevos espacios académicos no se hicieron esperar discusiones en torno al lugar de la Ethnohistoria dentro de las Ciencias Sociales. Los debates sobre la definición de la Ethnohistoria se desarrollaron a partir de tres ejes: el objeto, la disciplina y el método. En cuanto al primero, se discutieron las delimitaciones que partían del objeto y asignaban a la Ethnohistoria el estudio de los grupos étnicos precoloniales y coloniales (Lorandi y del Río 1992, Lorandi y Wilde 2000). Por otra parte se reflexionó sobre si era legítimo considerar a la Ethnohistoria como una disciplina independiente o si se trataba de una subdisciplina y en ese caso a qué disciplina se encontraba subordinada (Viazzo 2003). Finalmente, surgieron interrogantes acerca del método de la Ethnohistoria y algunos autores parecieron encontrar allí su especificidad. El método etnohistórico fue caracterizado como el arte de combinar las técnicas tradicionales de la historia para el tratamiento de las fuentes con el punto de vista antropológico y su interés por los estudios comparativos (Trigger [1982] 1987, Krech 1991).

El auge de la Ethnohistoria en las décadas de 1980 y 1990 produjo un nuevo momento de ampliación del campo. Una de las principales consecuencias de esta renovación fue la expansión del espacio temporal estudiado por los ethnohistoriadores. El avanzar más allá del primer siglo de la colonia provocó cambios metodológicos y teóricos. Por una parte, los investigadores se vieron conducidos a trabajar con nuevos tipos de fuentes y de actores que impulsaron nuevas preguntas y temas de interés; por otra parte, y en estrecha relación con lo anterior, los investigadores recurrieron al diálogo con otras disciplinas o áreas de investigación y, continuando la impronta interdisciplinaria de la Ethnohistoria, se apoyaron en los desarrollos teóricos de la Antropología política y de los estudios de género, entre otros. Esta ampliación del campo fue acompañada de la imposición del término "Antropología Histórica" como

sinónimo e incluso como sustituto de "Etnohistoria"⁵ (Lorandi y Rodríguez Molas 1984, Lorandi y Wilde 2000).

En la actualidad, los debates en torno a la identidad de la Etnohistoria, el lugar profesado pero diluido de la Arqueología y las disputas de pertenencia entre Antropología e Historia están lejos de haberse agotado (Boixadós 2000, Fisher y Cahill 2008, Lorandi y Nacuzzi 2007, Lorandi y Wilde 2000, Bechis 2005, Rojas 2008, Zanolli y Rodríguez 2004). Estas relaciones a través de las fronteras permeables de las Ciencias Sociales no sólo cuestionaron el lugar de la Etnohistoria, sino que también dieron lugar a una reconceptualización de las disciplinas que han interactuado y contribuido a la conformación de este espacio (García 2007). En este punto quisiéramos recuperar la idea, propuesta por Boixadós (2000), de que se ha instalado una "falsa crisis de identidad" producto de las tensiones provocadas, por un lado, por la proliferación de especialidades y, por otro, por las políticas institucionales que fuerzan a que los investigadores se inscriban en determinada disciplina. No es nuestra intención dejar una imagen de incertidumbre o crisis en relación con la Etnohistoria, sino resaltar que las transformaciones, los replanteos y los cuestionamientos son parte constitutiva de todos los campos de estudio.

Si bien "la especificidad de la etnohistoria comenzó a difuminarse" (Boixadós 2000: 134) por la ampliación temporal y de actores a considerar y por las tendencias actuales que tornan anacrónico establecer límites disciplinares, ya sea por el objeto o por el método de análisis, al mismo tiempo que florecen los estudios interdisciplinarios; hay una especificidad previa vinculada a las décadas de constitución de la Etnohistoria y a su expansión en los años de 1970 (Boixadós 2000, Santamaría 1985). La Etnohistoria se impuso como respuesta a la necesidad de investigar las sociedades indígenas que no podía ser satisfecha por "una historiografía que había ponderado el análisis histórico de las sociedades coloniales haciendo hincapié en su herencia hispánica, por un lado y, por otro, una práctica antropológica circunscripta a los estudios etnográficos

⁵ Las relaciones entre estos dos términos son más complejas de lo que presentamos aquí, pero escapan al tema de la presente tesis.

de comunidades contemporáneas” (Boixadós 2000: 133). La Ethnohistoria se habría constituido como una disciplina de síntesis, “sofisticando y enriqueciendo la metodología de análisis de fuentes a partir de una práctica que combinaba perspectivas, modelos, técnicas e información de la arqueología, la antropología y la historia” y encontraba allí su especificidad (Boixadós 2000: 134).

Por lo tanto, es en el periodo previo a la expansión de la Ethnohistoria y a la ampliación de sus temas de incumbencia que encontramos la particularidad de este campo de investigación, aquellos primeros problemas que impulsaron la necesidad de una “nueva síntesis” de disciplinas. Por las razones ya presentadas, las obras de Rowe y Murra se imponen como las representativas del periodo de constitución de la Ethnohistoria. En este punto quisiéramos hacer una salvedad, porque si bien compartimos con los autores comentados la fecha establecida para la finalización de este periodo, creemos que su inicio está fijado en los primeros años de la década de 1940. Las razones de este desplazamiento y las posibles subdivisiones al interior del periodo serán desarrolladas a lo largo de la presente tesis.

La producción de conocimiento en el campo académico

Los desarrollos teóricos-metodológicos que formaron parte de la nueva mirada propuesta desde la Ethnohistoria se encuentran atravesados por las instituciones de control y formación que determinan las normas de la competencia profesional. Coincidimos con Bourdieu (1986) en que una investigación de estas características no puede dejar de lado el sistema de posiciones y oposiciones que se establecen entre instituciones y grupos ubicados diferencialmente. La formación, la relación con las instituciones y la participación en grupos de difusión establecen un sistema de posibilidades e imposibilidades que determinan las condiciones sociales de la práctica intelectual.

Bourdieu afirma que “la ciencia social tiene el privilegio de tomar por objeto su propio funcionamiento y de estar en condiciones de llevar, así, a la conciencia, las coacciones que pesan sobre la práctica científica” (Bourdieu [1999] 2005: 112). El campo de las Ciencias Sociales es semejante a otros campos en el sentido de que existen relaciones de fuerza y lucha de intereses. Su particularidad reside en tener como objeto al mundo social y pretender dar de él una representación científica, por lo cual no sólo se enfrentan los especialistas entre sí, sino que también luchan con todos los agentes sociales que intentan imponer su visión sobre el mundo social. Estudiar dicho campo implica por tanto ubicar a los investigadores en posiciones diferenciadas y analizar las relaciones que mantienen, por una parte, con la realidad que analizan y, por otra, los vínculos que los unen y enfrentan con sus pares y con las instituciones comprometidas en el “juego científico” (Bourdieu [1999] 2005).

Ahora bien, si decimos que vamos a estudiar como se construye conocimiento en un campo determinado a partir del análisis de los desarrollos teórico-metodológicos en un momento dado, debemos explicitar de qué concepción de construcción del conocimiento estamos partiendo. Para ello recurriremos al aporte de la epistemología genética⁶ y a la noción de constructivismo que se desarrolló dentro de esta teoría. Sus representantes sostienen que el conocimiento se produce en la interacción entre el sujeto y el objeto; a través de la acción significativa del primero sobre el segundo, “el sujeto transforma lo real al actuar sobre él, estructurándolo a la vez que se organiza a sí mismo” (Castorina 1989: 39). El objeto es conocido sólo si es asimilado –en un acto de interpretación– a ciertas estructuras o esquemas anteriores del sujeto.

Al sostener una aproximación continua entre objeto de conocimiento construido y la realidad, la epistemología genética rechaza la filosofía escisionista –tanto el empirismo filosófico y como el apriorismo– toda vez

⁶ Al respecto quisiéramos recordar las palabras de Castorina (1989: 54): “...es una teoría estrictamente epistemológica, elaborada a partir de datos psicológicos y de la reconstrucción de la historia de ciencia, pero no es una psicología”.

que se opone a la mera reproducción, al mismo tiempo que reconoce una adecuación del sistema cognoscitivo proponiendo un realismo crítico que implica la existencia de lo real y una tendencia a la objetividad —concebida en tanto horizonte, nunca alcanzable completamente—. Habría entonces una distancia imposible de eliminar entre el objeto de conocimiento y la realidad, basada principalmente en el hecho de que el objeto es transformado en cada acercamiento por las teorías (esquemas de asimilación), ya que el conocimiento no se produce *sobre* el objeto sino *en interacción* con él. A ello se suma que el objeto presenta un número indefinido de propiedades o de niveles de observación y que cada avance en el conocimiento da lugar a nuevas preguntas (Castorina 1989).

Castorina (1989: 56-57) sostiene, retomando la propuesta de Piaget y García (1979), que:

La historia de las ciencias se caracteriza por reorganizaciones profundas de sus esquemas conceptuales y de sus dispositivos experimentales, en función de problemas estrictamente 'epistémicos', pero su desarrollo depende también de exigencias sociales. Las demandas tecnológicas, los problemas prácticos que deben enfrentar los científicos, o las decisiones políticas, orientan las indagaciones hacia ciertas zonas de la realidad y excluyen otras.

Desarrollando esta idea diremos que la epistemología genética sostiene a) una continuidad entre el saber cotidiano y el saber científico basada en mecanismos cognoscitivos comunes; b) que el desarrollo de los conocimientos no es lineal, sino que las etapas son secuenciales y cada una reorganiza en un nuevo nivel las etapas previas, integrándolas y; c) proponen el concepto de "marco epistémico"⁷ que contempla condicionantes propiamente epistemológicos y otros sociológicos. Los primeros se refieren al conjunto de teorías y al aparato conceptual que es aceptado en un momento histórico

⁷ El marco epistémico englobaría la noción de paradigma de Thomas Kuhn ([1962] 2004).

determinado, resultado del consenso implícito de la comunidad científica y que favorecen o limitan ciertas líneas de investigación. Los descubrimientos, producto de nuevos instrumentos para tratar problemas hasta el momento inaccesibles o la formulación de nuevas preguntas que modifiquen la perspectiva de análisis, pueden conducir a una modificación del marco epistémico. Los condicionantes sociológicos se refieren a que diversos sectores sociales pueden reclamar soluciones a problemas prácticos o propiciar determinadas investigaciones según sus intereses. Pero este proceso no es unidireccional, los científicos también pueden estimular el interés de la sociedad por su investigación. El marco epistémico no sólo promueve, por imposición, ciertos temas de investigación, sino que además estipula qué queda fuera del ámbito científico al establecer la manera "natural" de considerar la ciencia en un periodo dado (Piaget y García 1979).

Nuestro interés aquí no es responder a la pregunta ¿qué es la Ethnohistoria?, ni realizar un balance de las investigaciones que encierre propuestas sobre qué dirección tomar en los trabajos futuros. Nuestra intención será explicitar cuáles fueron los cambios en la forma de investigar a partir de los trabajos de Murra y Rowe. Por este motivo, haremos hincapié en las prácticas que aparecen como significativas del campo intelectual —en términos de Bourdieu— que conforman las investigaciones ethnohistóricas, abordadas a través de los variados actores que intervinieron en el desarrollo y difusión de conocimiento, enfatizando también que la construcción de conocimiento "se lleva a cabo en la interacción social con otro, discutidor o contrincante, y además, en condiciones sociales e históricas precisas" (Castorina 1989: 54).

METODOLOGÍA

La presente tesis se encuentra inserta en el campo de los estudios sobre Historia de la Teoría, que apunta a un análisis diacrónico de las disciplinas y campos de investigación. Desde la perspectiva de la Antropología Histórica, nuestra tarea consistirá en abordar desde un enfoque interdisciplinario el

análisis de fuentes, con la particularidad de que en nuestro caso serán textos académicos. Nos referiremos en primer lugar a las características generales del análisis de fuentes para luego detenernos en la especificidad de las utilizadas para esta investigación.

Siguiendo los criterios que propone Langer (2001), diremos que la totalidad de las fuentes que analizamos aquí han sido publicadas (se trata de artículos, conferencias, homenajes, entrevistas y obituarios), y si bien estaban dirigidas al ámbito académico, no fueron pensadas para el uso que les daremos. Nos referiremos a la trayectoria de vida de los autores y a su formación como parte de la contextualización de la fuente. Tal como afirma Langer (2001), los documentos deben ser interrogados por el investigador, ya que por sí solos no proporcionan información, y ese cuestionamiento es parte de la creación de nuestro tema de estudio. La delimitación espacial y temporal de nuestra investigación fue establecida a partir del examen de los documentos. Decidimos circunscribirnos geográficamente a Perú, ya que en los inicios de la Etnohistoria andina la mayor parte de las investigaciones se desarrollaba en tal área. Fijamos nuestro periodo de interés entre 1940 y 1970, comprendido desde la etapa inicial de formación de Rowe y Murra y sus primeras publicaciones hasta la consolidación de una nueva manera de investigar las sociedades andinas.

Por supuesto, los documentos no fueron escritos para responder directamente nuestras preguntas y por ello debemos, en términos de Nacuzzi (2002), "leer entre líneas", teniendo en cuenta que es tan importante la información que nos revela la fuente como aquella que omite. Un ejemplo de esto, sutil pero significativo para nuestro análisis, lo proveen los juegos de ausencia y presencia en la referencia bibliográfica entre nuestros autores: quizás el caso más revelador sea la ausencia de referencia a Murra en las bibliografías de los artículos de Rowe.

Sobre las particularidades resultantes de que nuestras fuentes sean textos académicos, Palerm en su *Historia de la etnología* (1974) plantea que para las investigaciones de este tipo es necesario examinar la producción de los autores

como fuentes documentales al mismo tiempo que como generadores de técnicas y metodologías y como representantes de tradiciones teóricas. Acerca de este último punto seguimos el planteo de Bourdieu (1986), quien considera que lo teórico y lo metodológico no son planos escindibles sino que deben considerarse conjuntamente en la construcción del objeto y en el examen de esa construcción.

Al analizar las fuentes debemos identificarnos “con el pensamiento e intenciones del autor tratando de comprenderlo antes que de refutar sus teorías” (Fernández 1992:89). Este punto es de vital importancia ya que las investigaciones sobre Historia de la Teoría no siempre han respetado este criterio, condicionando a los recorridos históricos con la carga valorativa del autor, que no considera las obras analizadas en tanto fuentes sino que las evalúa según la concordancia con la propia teoría.

Debemos tener en cuenta la existencia de temas afectados por interpretaciones previas que se han instalado como válidas y que, si no son revisadas, pueden contribuir a una mirada prejuiciosa del investigador. Este conjunto de interpretaciones ha sido denominado por (Topolski 1982) “conocimiento no basado en fuentes”, que incluye los resultados de las investigaciones de otros –dentro y fuera de su disciplina– y las propias, a lo que se suman los resultados de las observaciones que el investigador hace del mundo y de sí mismo. En nuestro caso, debemos tener especial cuidado con aquello que “sabemos” y que proviene más de nuestra formación y de la opinión de colegas y profesores que de nuestro análisis de las fuentes.

Muchos han sido los autores que hablaron sobre la distancia temporal o espacial del “otro” para comparar los objetos de la Historia y de la Antropología. En primera instancia, el “otro” de esta investigación parece muy cercano; no sólo estudiamos a investigadores de nuestra disciplina –al compartir la misma práctica conoceríamos una serie de códigos– sino que también se trata de autores que fueron parte de nuestra propia formación, influyendo y condicionando nuestra mirada. Por este motivo, nos parece útil

recurrir al artificio de “exotizar lo conocido” –frase que se hizo célebre cuando los antropólogos comenzaron a estudiar su propia sociedad–, es decir, ejercitar un extrañamiento que nos permita apreciar las características y singularidades de un grupo que nos es familiar y que nos impulse a buscarle un sentido, una explicación, a aquello que nos resultaba tan “natural”⁸.

Una vez realizado este ejercicio notaremos que la semejanza que encontrábamos con el objeto de nuestro estudio resulta, al menos en parte, ilusoria: la brecha que nos separa está dada por cincuenta años de desarrollo científico. Los grandes maestros de su tiempo no eran Bourdieu ni Foucault; en Antropología, el estructuralismo ni siquiera había llegado a su mejor momento; mucho menos podía pensarse en pos-estructuralismo y ni qué decir de las corrientes interpretativas y posmodernas. Y siendo aún más específicos en relación a los estudios andinos, el clásico libro de Wachtel (1971) no existía, y de hecho se debe en gran parte a la existencia de las investigaciones desarrolladas entre las décadas de 1940-1970. Pero quizá nada de esto sea tan impactante como la inexistencia de la datación por radiocarbono, que se descubrió durante este periodo y que tuvo una notable incidencia en la reevaluación de las cronologías relativas basadas en comparaciones de estilo y secuencias estratigráficas.

Esto nos obliga a preguntarnos qué define como “cercano” o “lejano” a nuestro objeto de estudio. ¿Cuáles son los criterios? ¿Se trata acaso de una similitud por ser parte de una misma disciplina o, en términos más generales, de la investigación en Ciencias Sociales? Más que una real semejanza, consideramos que en nuestro caso esto es un velo que cubre la distancia real, porque tal como expresa Gadamer (1988: 441): “el planteamiento de una pregunta implica la apertura pero también su limitación. Implica una fijación expresa de los presupuestos que están en pie y desde los cuales se muestra la cantidad de duda que queda abierta”. Si sólo nos preguntáramos cómo nos afecta la cercanía del objeto no haríamos más que condicionar la respuesta, al

⁸ Un desarrollo en profundidad de estas ideas puede encontrarse en Peirano (1995).

punto de excluir los problemas metodológicos que pudieran presentarse ligados al esfuerzo intelectual que debemos realizar para tratar de comprender un mundo que no es el nuestro.

No desconocemos los efectos reales de cierta familiaridad con el objeto de nuestro estudio; justamente incorporamos el concepto de conocimiento no basado en fuentes con el fin de explicitar que, cotidianamente, circulan a nuestro alrededor apreciaciones por parte de colegas y profesores de aquellos autores que serán objeto de nuestra tesis. Lo que intentamos es darle un giro más al problema, y sumar a la reflexión la existencia de una distancia, quizás no tan aparente, pero real e ineludible.

Capítulo II

INVESTIGADORES E INSTITUCIONES EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

*Es un deber de honor de estos países destruir
el prejuicio europeo que las civilizaciones
americanas no hayan tenido historia.
Max Uhle*

En este capítulo se presentan, en primer término, las investigaciones arqueológicas, antropológicas e históricas en Perú — para los momentos previos e inmediatamente posteriores a la conquista española — realizadas en las primeras décadas del siglo XX. Luego nos ocuparemos de dos instituciones que fueron claves en los momentos iniciales de la vida académica de John Rowe y John Murra: las universidades de California y Chicago, respectivamente. Tras realizar las primeras lecturas de John Murra y John Rowe, referirnos a los investigadores e instituciones de este periodo se nos impuso como una tarea eminentemente necesaria. La caracterización de este clima académico no es para nosotros un fin en sí mismo, sino un elemento necesario para profundizar nuestra comprensión de las obras de Murra y Rowe y contemplar sus aportes al conocimiento de la historia andina en toda su dimensión. No se tratará entonces del clima académico en general, sino de aquel en el que se desarrollaron las investigaciones sobre Perú, contemplando los autores con los que se formaron Rowe y Murra, las instituciones que financiaron campañas y los espacios académicos que sirvieron de escenario a las prácticas transformadoras de dichos autores.

Más que con preguntas formuladas de manera precisa, empezamos a sumergirnos intuitivamente en lo que llamamos, de manera general, el clima académico de las primeras décadas del siglo XX. En estos acercamientos preliminares comenzaron a surgir una serie de nombres — Louis Baudin, Fay-Cooper Cole, Fred Eggan, Alfred Kroeber, Philip Means, Julio Tello, Max Uhle, Luis Valcárcel — e instituciones entre las que se destacaban las universidades de

California y Chicago en Estados Unidos y San Marcos y San Antonio Abad en Perú, con sus establecimientos dependientes. El hecho de acercarnos a estos investigadores e instituciones no tiene como finalidad diagramar un marco inmutable y externo a Rowe y Murra para luego anexarlos; por el contrario, nuestro objetivo es reconstruir el entramado dinámico de relaciones que preexistía a estos autores, en el que se insertaron paulatinamente y modificaron decisivamente contribuyendo al surgimiento de la Etnohistoria andina.

LOS PRIMEROS REFERENTES

Cronología y sistema sociopolítico incaico

Philip Ainsworth Means (1892-1944) fue uno de los autores más destacados de la época en el campo de estudios andinos. Tras graduarse en Harvard como Bachelor of Arts, participó en la tercera de las campañas al Machu Picchu encabezadas en 1914 por Hiram Bingham III⁹. Las campañas de Bingham fueron financiadas por la Universidad de Yale y por la National Geographic Society, las mismas instituciones que luego financiarían los viajes de Means a Perú, en 1917 y 1919. Entre las contribuciones de este autor se destacan su historización de los Incas, las reflexiones sobre el carácter del gobierno de esta sociedad y la clasificación de las crónicas.

En su artículo *Race and Society in the Andean Countries* publicado en 1918, Means delineó un esquema histórico de Perú. Afirmaba que en la sierra hubo dos grandes imperios: el Colla o Aymará, con su centro en Tiahuanaco ubicado temporalmente entre el 400 d.C. y el 1000 d.C.; a partir de esta fecha, los Incas habrían unificado los grupos Quechua-hablantes, constituyéndose desde el siglo XIV en el segundo gran imperio (Means 1918c). Means se mantuvo al tanto de las investigaciones de Max Uhle e incluso utilizó su cronología hasta que realizó viajes a Perú y Bolivia, en el marco de los cuales revisó varias colecciones privadas entre las que se encontraba la del investigador peruano Julio Tello. A partir de esta experiencia, Means discrepó en algunos puntos con

⁹ Hiram Bingham III (1875-1956), arqueólogo y político norteamericano.

la cronología de Uhle que antes había aceptado sin modificaciones (Means 1918b).

En cuanto a la naturaleza del gobierno incaico, Means sostuvo la existencia de un control total de las actividades de las personas por parte del Estado, que al mismo tiempo aseguraba el aprovisionamiento general. Por tanto, lo definía como “a perfect and very benevolent aristocratic socialism” (Means 1918c: 418). De esta manera, tomaba posición en un importante debate de la época que se interesaba por establecer el sistema sociopolítico incaico. Se enfrentaba, entre otros, al economista francés Louis Baudin (1890-1960), quien discutió las interpretaciones polarizantes que ven en el modelo incaico el mejor de los mundos posibles o, por el contrario, un despotismo absoluto, y lo definió como un “imperio socialista” que conjugaba un colectivismo agrario preexistente y un socialismo de estado impuesto por los incas¹⁰ (Baudin [1928] 1940, 1954).

Tanto Baudin como Means construyeron estas interpretaciones del sistema incaico a partir del análisis de las crónicas. El primero inició su clasificación – continuada y completada por sus discípulos– teniendo en cuenta las particularidades propias de cada uno de los cronistas y el momento en que fueron escritas (Baudin [1928] 1940). Means, por su parte, estableció la ya clásica división entre crónicas “garcilarianas” y “toledanas”, distinguiéndolas a partir del tipo de descripción que hacían del sistema incaico. Sobre esta clasificación basó su cronología de la dinastía inca¹¹. En 1922 Means viajó a Europa, donde se dedicó a examinar y estudiar arduamente documentos en el Archivo de Indias de Sevilla. En 1929, de regreso en los Estados Unidos, se recluyó a escribir, y en 1931 editó su obra principal *Ancient civilizations of the Andes*.

¹⁰ Este debate se extendió por varias décadas incluyendo a otros autores que concibieron el sistema incaico como un caso de comunismo (Mariátegui) o de esclavismo (Choy) (Ávila Molero 2000).

¹¹ Es necesario señalar que en esta época muchas de las fuentes que hoy se utilizan eran desconocidas, o fueron halladas durante esos años. Un ejemplo es el manuscrito de Guaman Poma, que fue descubierto en la Biblioteca Real de Copenhague por Richard Pietschmann en 1908 y publicado en 1936 en París, en la colección de Trabajos y Memorias del Instituto de Etnología (Baudin [1928] 1940). En 1923, Means comentó los avatares de algunos intentos de publicación del manuscrito de Guaman Poma que finalmente no tuvieron éxito, y evaluó la importancia del mismo resaltando su interés como fuente de información sobre las costumbres en el periodo incaico y en las épocas coloniales tempranas en Perú (Means 1923).

La dimensión temporal en la Arqueología y la cronología relativa de Max Uhle

En las primeras décadas del siglo XX se estableció en Perú un enfrentamiento entre Max Uhle y Julio Tello que fue más allá de lo estrictamente académico; los desacuerdos con respecto a cuál de los dos autores merece ostentar el título de “padre de la Arqueología peruana” continúan en la actualidad. Nos encontramos aquí frente a una polémica tan encarnizada y compleja, que ahondar en ella constituiría una investigación en sí misma. Sin embargo, no podemos dejar de mencionarla y realizar algunos breves comentarios al respecto¹². Examinemos en este apartado la figura de Max Uhle (1856-1944), para luego adentrarnos en la de Julio Tello (1880-1947) y retomar la polémica entre estos investigadores.

Uhle se formó bajo el ideal humanista de la educación alemana de las últimas décadas del siglo XIX, que incluía, además de Arqueología, Etnología, Etnografía y Lingüística, ya que todas estas ciencias integraban la “historia cultural”¹³ (Martínez 1998). Para autores como Rowe y Kaulicke, el título de padre de la Arqueología peruana le corresponde decididamente a Max Uhle, por haber formulado la primera cronología relativa para Perú y Bolivia. Esta cronología relativa fue realizada a partir de la identificación de estilos, la puesta en relación de los mismos y su posterior secuenciación. Para su realización, Uhle se valió principalmente de la cerámica asociada a enterratorios. El paso decisivo para su establecimiento estuvo dado por la excavación más larga y significativa que realizó: Pachacamac. Luego, incorporando secuencias locales, enlazadas por dos estilos de amplia distribución –Inca y Tiahuanaco–, propuso un esquema de alternancia entre esos estilos que designó como horizontes, y períodos de estilos locales (Rowe 1998, Kaulicke 1998b, Kaulicke 1998c).

¹² Un tratamiento en profundidad de este tema puede encontrarse en Peter Kaulicke (1998a).

¹³ Este concepto surgió en Alemania en el siglo XVIII y expresaba una contraposición a la historia política o de los actos de Estado. Luego se convirtió en una “denominación general para el estudio de la vida espiritual y socioeconómica de los pueblos, incluyendo particularmente sus formas de pensar, usos, costumbres, religión, arte y tecnología” (Martínez 1998: 134).

Uhle resaltó que la historia precolombina no se limitaba a los confines territoriales del Perú republicano, sino que incluía a los Estados vecinos, y consideró a los incas no al inicio de un proceso sino como parte del mismo, dando un carácter protagónico a culturas y organizaciones andinas anteriores y contemporáneas (Martínez 1998). Según Peter Kaulicke (1998a), el gran mérito de Uhle consistió en reconocer la dimensión histórica; hasta ese momento, todo lo resultante de las excavaciones era clasificado como incaico, y se consideraba que este periodo estaba precedido de “misteriosos imperios megalíticos” (Kaulicke 1998b: 28-29). Rowe va un poco más lejos al decir que “la cronología relativa de Uhle fue una hazaña intelectual de primer orden. La introducción de la idea del tiempo en la arqueología americana fue justo la tarea que él se había impuesto al ir a explorar la región andina” (Rowe 1998: 18). Más allá del contenido específico de sus trabajos, Uhle incitaba a una forma de investigar:

No hay teoría académica alguna que pueda cuestionar las leyes de la estratificación y de la sucesión históricamente comprobada. Precisamente porque las observaciones en el campo llevan a diferentes resultados sorprendentes pero inobjectables, soy de la opinión de que es preferible dejar de elaborar conclusiones sobre secuencias culturales basadas en las tradiciones teóricas de la evolución de los motivos decorativos y en vez de ello aprender de los resultados de trabajos de campo y corregir de acuerdo a ello las teorías convencionales (Uhle [1913] 1998: 256)

Como puede apreciarse en esta cita, Uhle se opone a las teorías especulativas y enfatiza la importancia de realizar excavaciones arqueológicas que aporten datos concretos para sustentar las interpretaciones.

EL DESARROLLO DE INSTITUCIONES DE FORMACIÓN Y FINANCIACIÓN EN PERÚ

Max Uhle ocupó también un lugar en la dirección de las primeras instituciones vinculadas a la Arqueología en el Perú. Martínez (1998) vincula la creación de entidades académicas de este tipo a los efectos sociales de la guerra

con Chile (1879-1883), que dejaron su huella en los grupos dirigentes de Lima, quienes emprendieron una profunda investigación del Perú asociada al surgimiento de un sentimiento nacionalista. En 1905 fue creado el Museo de Historia Nacional en Lima compuesto por dos secciones: la de Arqueología y Tribus Salvajes fue asignada a Uhle; mientras que la de Colonia y República quedó a cargo de José Augusto de Izcue (Martínez 1998). Cuando Uhle se retiró del Museo, en 1911, dejó como patrimonio nacional un inventario de 8.675 piezas, la mayor parte producto de sus excavaciones realizadas en los años inmediatamente anteriores (Museo Nacional de Perú¹⁴).

Kaulicke (1998d) divide las investigaciones de Uhle en cuatro fases que comprenden el siguiente rango temporal: 1896-1906; 1906-1911; 1912-1919; y 1920-1944. Aquí nos interesan las dos primeras¹⁵. La fase inicial comprende las investigaciones que realizó en Perú entre 1896 y 1906 y está marcada por la dependencia financiera de Estados Unidos, principalmente de la Universidad de California –donde quedaron las colecciones producto de las excavaciones. La segunda etapa –según Kaulicke menos conocida– abarca desde 1906 a 1911, los años en que Uhle formó parte del Museo. En este periodo, Uhle llevó a cabo las investigaciones que contribuyeron a incrementar la colección del Museo Nacional y realizó la mayoría de sus publicaciones en castellano. Podemos decir entonces que, en cuanto fue posible realizar estudios en Perú sin recurrir a financiación externa –que imponía como condición la extracción de las piezas halladas–, Uhle se inclinó por el apoyo nacional. De hecho, fue uno de los primeros en expresar la necesidad de la creación de una ley que defendiera el patrimonio arqueológico en países donde generalmente las

¹⁴ Con el fin de facilitar la lectura, la información provista por páginas webs de distintas instituciones, como universidades y museos, es citada en el cuerpo del texto mencionando sólo el nombre del establecimiento en cuestión. En el apartado de bibliografía se pueden encontrar las direcciones completas para acceder a la información en Internet.

¹⁵ La tercera fase propuesta por Kaulicke (1998d) comprende el periodo en el que Uhle se radicó en Chile, de 1912 a 1919, mientras que la cuarta y última fase se extiende de 1920 a 1944. Durante estos años se impuso la visión indigenista y nacionalista de Tello y la argumentación histórico-cultura fue reemplazada por una antropología-política.

investigaciones se realizaban con financiamiento extranjero y que tenía como consecuencia la extracción de los hallazgos (Uhle [1917] 1998).

Como referíamos anteriormente, tras la guerra con Chile comenzó a gestarse en Perú un sentimiento nacionalista, y la llamada “generación del 900” – vinculada a la oligarquía – consideró que uno de los objetivos de la Historia era contribuir a la construcción de la nación peruana. En este grupo se destacó la figura de José de la Riva Agüero (1885-1944); su obra, *La historia en el Perú* (1910), es considerada como el punto de partida de la historiografía peruana moderna. El discurso historiográfico de la “generación del 900”, que pensaba la unidad nacional desde el mestizaje, fue confrontado por los indigenistas que veían en Perú la coexistencia – basada en la dominación – de dos naciones (Ávila Molero 2000). Luis Valcárcel (1891-1987) fue uno de los principales representantes del movimiento indigenista y mantuvo estrechas relaciones con José Mariátegui (1894-1930) y José María Arguedas (1911-1969), ambos reconocidos exponentes de esta corriente. El desarrollo de este movimiento intelectual ha sido descrito a partir de tres etapas: la primera se extiende desde 1897 a 1909 y comprende la generación protagonista de la huelga universitaria de 1909; la segunda tiene lugar entre 1909 y 1920, con el desarrollo del regionalismo y la profundización del indigenismo. Estas dos etapas tuvieron lugar en Cusco, mientras que la tercera consistió en la expansión nacional – entre 1920 y 1930 – de la cual Valcárcel fue protagonista (Valladares Quijano 2005).

Valcárcel realizó sus primeros estudios en la Universidad de San Antonio Abad, donde se graduó en Letras, para luego continuar su formación en Ciencias Políticas y en Derecho. Desde 1917 ejerció la docencia en la Universidad de San Antonio Abad y en 1931 obtuvo la cátedra de Historia del Perú en la Universidad Nacional de San Marcos en Lima; luego le asignarían también las de Historia de los Incas e Introducción a la Etnología. Pease ([1974] 1987) considera que este autor marcó el inicio de los estudios andinos modernos al vincular la información que proporcionaban las crónicas con los resultados

de las excavaciones arqueológicas y los avances antropológicos de la época. De hecho, Valcárcel introdujo en Perú el término *Etnohistoria* para designar la vinculación entre la Historia cultural y la Antropología —y para diferenciarla de la historiografía tradicional—. Su obra buscaba establecer los nexos que unirían al campesinado contemporáneo peruano con los hombres que habitaron ese mismo espacio en tiempos prehispánicos. Para este autor, el proceso de transformación de la realidad nacional —que veía como necesario— sólo podía darse desde los grupos indígenas.

Para el mundo académico, Tello y Valcárcel eran las figuras que representaban el viraje político e institucional de la época. En 1919, Tello creó un museo en la Universidad Nacional de San Marcos (Lima), mientras que Valcárcel hizo lo propio en la Universidad de San Antonio de Abad (Cuzco) (Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Universidad Nacional de San Antonio de Abad De Cuzco). A partir de la segunda década del siglo XX, tras retirarse Uhle de la dirección del Museo Nacional, se extendieron las críticas a su labor tanto en el museo como en la investigación. Las críticas fueron impulsadas principalmente por Julio Tello, pero ésta no era una disputa meramente académica sino que se encontraba atravesada por identificaciones nacionales y políticas.

NACIONALISMO Y COOPERACIÓN INTERNACIONAL EN LAS INVESTIGACIONES

Julio Tello obtuvo el grado de Master of Arts en la Universidad de Harvard, y tras un breve interludio en Europa, en 1912 regresó a Lima, donde le asignaron el cargo de Director del Departamento de Arqueología en el Museo Histórico Nacional. Este puesto le permitió iniciar una serie de viajes y excavaciones gracias a las que profundizó sus conocimientos de la Arqueología peruana. En 1923 lo nombraron director del Museo de Arqueología en San Marcos, y al año siguiente, director del Museo Arqueológico Nacional. En esta misma época recibió su nombramiento como profesor de la Universidad de San Marcos. Entre los aportes más significativos de Tello se encuentran sus

investigaciones sobre Chavín y Paracas¹⁶. Por desgracia, las publicaciones de Tello son escasas; según Lothrop, esto se debe a que no le interesaba demasiado la escritura y prefería dejar sus notas y colecciones para que las trabajaran y publicaran otras personas (Lothrop 1948).

Si bien Tello y Uhle tenían diferencias académicas –vinculadas principalmente a las cronologías propuestas y a la procedencia de los primeros grupos habitantes de la zona andina–, en esencia se trataba de una disputa por espacios de poder en un marco de cambios más generales en la política nacional. De alguna manera, Uhle se convirtió en un “otro” en el cual reflejarse por oposición, adjudicándole todo lo no deseado por la nueva línea de intelectuales peruanos. Tello representaba lo nacional y el indigenismo, una Arqueología antropológica, la preeminencia de la teoría y un marco evolucionista; Uhle, en cambio, fue la figura de lo extranjero y del imperialismo, de una Arqueología histórica, analítica y difusionista (Kaulicke 1998a). Coincidimos con Kaulicke en que esta oposición está más construida que basada en diferencias reales, y acordamos también en la importancia de discutir esa imagen de Uhle que se ofrece y que desmerece sus logros académicos y su aporte a la Arqueología peruana por diferencias políticas –sean éstas reales o no–. Sin embargo, no consideramos que sea necesario ni deseable para lograr este objetivo atacar ahora la obra de Tello, como por momentos parece hacer Kaulicke (1998a).

El contexto político nacional en el que se inserta el mencionado movimiento de intelectuales peruanos involucra la presidencia de Augusto Leguía¹⁷, a quien Tello había apoyado desde su puesto en el Congreso entre 1917 y 1929. En 1930, cuando Leguía fue derrocado, comenzaron tiempos difíciles para Tello, ya que perdió su trabajo y le llevó varios años volver a conseguir financiación para sus investigaciones, lográndolo finalmente gracias al apoyo extranjero. Este último hecho nos revela que la oposición de Tello al

¹⁶ Serían estas investigaciones las que le habrían valido la designación como padre de la Arqueología peruana. Esta referencia aparece generalmente en obituarios o biografías de Tello.

¹⁷ Augusto Leguía (1863-1932) fue presidente de Perú en dos ocasiones, primero entre 1908 y 1912, y luego entre 1919 y 1930.

apoyo financiero internacional para las investigaciones no era total, sino que cuestionaba aquellos casos en los que implicaba una extracción de las piezas. Para que Tello pudiera obtener la financiación extranjera fue de vital importancia su relación con Alfred Kroeber, de quien nos ocuparemos en el siguiente apartado.

En 1936 Tello viajó a Estados Unidos por invitación de la Universidad de Nuevo México, donde dictó clases sobre Arqueología peruana. Durante su permanencia en este país visitó distintos museos y ofreció charlas donde resaltó la necesidad de crear medios que favorecieran la cooperación internacional para el desarrollo de investigaciones en el área andina. Ese mismo año fundó, junto a Alfred Kroeber y Leslie Spier, entre otros, el Institute of Andean Research. A partir de ese momento, la institución financió numerosas expediciones arqueológicas e investigaciones que reunían diferentes especialistas para el estudio de las sociedades andinas, y respaldó la publicación de los resultados de estos estudios (Astuhumán Gonzáles y Daggett 2005, Daggett 2005, Lothrop 1948).

CALIFORNIA Y CHICAGO: LAS INFLUENCIAS UNIVERSITARIAS

Este espacio está dedicado a reseñar las características de dos universidades que dejaron su marca en Rowe y Murra, influenciando a través de ellos la dirección interdisciplinaria que tomarían los estudios etnohistóricos. La Universidad de California tuvo una importante influencia en las investigaciones sobre la Arqueología peruana a partir del programa impulsado por Phoebe Hearst¹⁸, mediante el cual se financiaron las primeras excavaciones de Max Uhle. La colección resultante atrajo a la Universidad primero a Kroeber y luego a Rowe, ambos interesados en estudiarla. En la Universidad de Chicago, Fay-Cooper Cole y Fred Eggan complementaron sus investigaciones arqueológicas en Illinois con el estudio de fuentes históricas. Fue a través de estos estudios que Murra tuvo su primer acercamiento al trabajo con fuentes. Para desarrollar

¹⁸ Phoebe Apperson Hearst (1842-1919) fue una importante benefactora de la Universidad de California, y en 1901 hizo posible la creación del Museo de Antropología.

las principales características de estas instituciones comenzaremos analizando la figura de Kroeber y su labor en la Universidad de California, y luego nos ocuparemos de la creación del Departamento de Antropología en la Universidad de Chicago y sus características.

Alfred Kroeber (1876-1960) ingresó a la Universidad de Columbia en 1892 interesado por la Lingüística y Literatura inglesa, y paralelamente tomó cursos en Antropología, Psicología, Historia y Filosofía. El acercamiento de Kroeber a la Antropología fue gradual y estuvo mediado por sus primeros intereses en Lingüística y en Historia natural. En 1896, Franz Boas llegó a dicha universidad y Kroeber asistió a su seminario North American Indian. En los años en que Kroeber fue estudiante, la Antropología no existía en Columbia como una disciplina académica diferenciada. La llegada de Boas fue crucial para ello. En 1901 Kroeber obtuvo su doctorado en Antropología, el primero concedido en esta área en la Universidad de Columbia. Ese mismo año Kroeber estableció contactos con la Universidad de California, ya que deseaba ser parte del programa impulsado por Hearst y en 1901 fundó el Departamento de Antropología en dicha universidad y ocupó cargos docentes hasta su retiro en 1946 (Heizer 1961, Rowe 1962a, Steward *et al.* 1961).

Kroeber¹⁹ se interesó en la Arqueología de Perú al tomar contacto con el trabajo de Max Uhle, con el que se familiarizó durante su estancia en California entre 1901 y 1903²⁰. De hecho, la primera publicación de Kroeber en Arqueología fue un comentario —en *American Anthropologist*, en 1904— sobre las investigaciones de Uhle en Perú. Entre 1922 y 1927, Kroeber se adentró en la Arqueología peruana examinando las colecciones que se encontraban en la

¹⁹ Kroeber realizó investigaciones en un amplio abanico temático. Entre sus principales contribuciones se encuentran las etnografías intensivas en California, los estudios arqueológicos en Perú y México, las investigaciones lingüísticas y los estudios sobre naturaleza, cultura e historia. La idea básica que cruza su obra es que la vida y el crecimiento de las cosas — organismos, personas y culturas— son indivisibles y deben ser entendidos en términos de tendencias de desarrollo (Steward *et al.* 1961). Nosotros nos ocuparemos sólo de sus investigaciones arqueológicas en Perú.

²⁰ Max Uhle llegó a California luego de dos años de investigación arqueológica en Perú (bajo la financiación de Hearst) y dio tres conferencias sobre su trabajo.

Universidad de California y que eran producto de las investigaciones de Uhle, con quien se mantenía en contacto por correo (Rowe 1962a, Steward *et al.* 1961).

En 1925, Kroeber realizó su primer viaje de campo a Perú con el auspicio del Field Museum of Natural History. Al llegar a Lima conoció a Julio Tello, con quien, a pesar de las diferencias en sus interpretaciones de la Arqueología peruana, estableció un lazo de amistad. Tello acompañó a Kroeber en muchas de sus expediciones y, como hemos mencionado, éste se constituyó en una pieza clave para asegurar el apoyo financiero extranjero a las investigaciones de Tello. En 1942, Kroeber volvió a Perú por última vez. En ese momento tenían lugar cuatro campañas arqueológicas financiadas por el Institute of Andean Research, situación que Kroeber aprovechó para realizar una revisión general del estado de la arqueología peruana –su informe fue publicado en 1944– y para brindar una conferencia en la Universidad de San Marcos sobre los métodos de la Arqueología peruana (Rowe 1962a).

Al igual que Kroeber, Fay-Cooper Cole (1881-1961) tomó cursos con Franz Boas en la Universidad de Columbia y en 1914 obtuvo su doctorado. En 1924 se trasladó a la Universidad de Chicago, donde formó parte del Departamento de Sociología y Antropología. En 1926 consiguió apoyo para realizar excavaciones arqueológicas en Illinois, una salida al campo accesible que se convertiría en la actividad de verano característica de los estudiantes de Antropología en Chicago. La búsqueda y obtención de financiación fue una tarea que Cole desempeñó notablemente. Gracias a su iniciativa, la universidad incorporó a Edward Sapir y desde 1927 -junto a Robert Redfield- impulsaron la creación de un departamento independiente de Antropología, que se fundó en 1929 luego de reunirse los fondos necesarios. Cole, Sapir y Redfield establecieron un amplio programa de Antropología que intentaba abarcar los cuatro campos clásicos: Arqueología, Lingüística, Antropología Física y Antropología Social (Eggan 1963, Schusky e Eggan 1989, Stocking 1979).

Los trabajos de Cole en Illinois contaron con una importante financiación durante la década de 1930 –alrededor de un tercio del presupuesto que el

Departamento destinaba a investigación— y tuvieron una gran influencia en los estudiantes. Una característica distintiva del enfoque de Cole en Illinois fue el uso de documentos históricos tempranos²¹ a fin de localizar los sitios para la investigación arqueológica y así “bridge the gap between the prehistoric cultural record and the ethnographic present” (Stocking 1979). Sus estudios en Illinois le valieron que Fred Eggan lo considerara como uno de los fundadores de la Arqueología moderna e incluso como un pionero de la Etnohistoria, pero se lo admiró principalmente por sus habilidades como administrador y docente. Eggan lo describió como un profesor dinámico e inspirador, y destacó la formación y el entrenamiento que Cole le ofreció a numerosos estudiantes, alentándolos a la elaboración de sus propios proyectos de investigación (Eggan 1963, Schusky e Eggan 1989).

Fred Eggan (1906-1991) formó parte del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago desde los primeros años de su creación. Tras graduarse en Psicología en 1927, con una tesis sobre las actitudes hacia razas y nacionalidades, decidió inclinarse por la Antropología. Como integrante del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago realizó sus primeros trabajos en el área de Arqueología, en las excavaciones en Illinois junto a Cole. Eggan ha sido caracterizado por Schusky como pionero de un acercamiento ecléctico en la Antropología norteamericana moderna, que combinó el estructural-funcionalismo de Radcliffe-Brown con la propuesta histórica de Boas y sus discípulos (Schusky e Eggan 1989):

While he is clearly a social anthropologist, and Chicago would be noted for its close tie to English anthropology, Eggan never hesitated to acknowledge the importance of Boas' influence... Continually, he has combined the structural-functionalism of Radcliffe-Brown and Malinowski with the

²¹ En este sentido, uno de sus proyectos más importantes fue la creación del Comité sobre Etnohistoria, que reunía antropólogos e historiadores con el fin de compilar documentos previos a 1850 sobre el contacto entre indígenas y colonizadores (Stocking 1979, Minnesota Historical Society).

historical approach of not only Boas but also Alfred Kroeber, Robert Lowie and especially Leslie Spier (Schusky e Eggan 1989: 147)

En 1931, la Universidad de Chicago incorporó a Radcliffe-Brown con el objetivo de cubrir el espacio que había dejado Sapir tras irse a Yale, seguido por gran parte de sus estudiantes. A pesar de que para esta fecha Eggan ya había tomado todos los cursos necesarios para su doctorado —*The Ethnological Interpretation of Archaeological Cultures*—, Cole lo impulsó a inscribirse en el curso que dictó Radcliffe-Brown sobre los grupos indígenas de África y Australia. Aunque las investigaciones posteriores de Eggan estuvieron marcadas por la influencia de Radcliffe-Brown, la dimensión histórica fue fundamental en su pensamiento. Era habitual en él recurrir a las fuentes históricas para completar su trabajo etnográfico, como lo hizo en su temprana investigación sobre los Choctaw, realizada en 1933 y que posteriormente Eggan consideraría de gran importancia metodológica²² (Schusky e Eggan 1989):

In retrospect, Eggan sees it as even more important for giving him a preliminary feeling for the value of his method of controlled comparison. He realized it would be necessary to explain differences and not just similarities as stressed formerly, and he clearly recognized the need to turn to history for explaining the differences. The need for understanding social integration, in the manner of Radcliffe-Brown, was basic, but historical, linguistics, archaeology, and the recognition of change, especially in the environment, were equally important in understanding the content of social anthropology (Schusky e Eggan 1989: 146)

Eggan no escapó a la influencia de Boas, porque si bien no fue su discípulo, sus maestros Cole y Sapir habían estudiado con él. A pesar de que Eggan tenía algunas diferencias con Boas sobre el modo de concebir la

²² Este foco en la dimensión histórica combinada con una comprensión de principios estructurales sociales se convirtió en el sello de lo que llamó Eggan más adelante el método de comparación controlada (Yengoyan 1991).

investigación –en una ocasión le criticó no darle un marco social a su trabajo sobre el arte primitivo–, compartía el interés por incluir la dimensión histórica en sus investigaciones. Eggan estudió el sistema de parentesco de los Choctaw y las circunstancias históricas que pudieron afectarlo, y sostuvo que los cambios en la sociedad se dan tanto por adaptaciones al medio ecológico como por las experiencias históricas (Eggan 1937).

BALANCE DE LAS INVESTIGACIONES DURANTE LAS PRIMERAS CUATRO DÉCADAS DEL SIGLO XX

Durante este periodo ocurrieron importantes cambios en las condiciones para la investigación. En lo referente a los espacios institucionales, en Estados Unidos la aparición de Doctorados y Departamentos de Antropología en las universidades instaló a este campo de estudio como disciplina académica independiente. El rol de las universidades norteamericanas y sus institutos dejaron una importante huella en la Arqueología peruana, las controversias generadas por la extracción de materiales arqueológicos fuera de Perú dan cuenta de ello. La necesidad de financiación fue un importante factor en el desarrollo de las investigaciones, y el surgimiento de instituciones nacionales que fomentaron expediciones modificó la situación. De manera simultánea se incrementaron en Perú los espacios de formación e inserción para arqueólogos, antropólogos e historiadores. Este desarrollo se vio condicionado en Perú por la alternancia entre gobiernos pro-indigenismo y gobiernos conservadores.

Pero no sólo tuvieron lugar transformaciones institucionales. Las excavaciones arqueológicas realizadas en Perú aumentaron notablemente, y al tiempo que se buscaba profundizar el conocimiento sobre los Incas, los estudios se expandieron a culturas previas y del mismo periodo. Al mismo tiempo, el corpus de fuentes utilizadas se incrementó, realizándose distintos intentos de sistematización. A ello se sumó el renovado interés por el estudio de los grupos indígenas contemporáneos, impulsado por las preocupaciones políticas del momento. Los debates giraban tanto en torno a las secuencias cronológicas

como a los sistemas socioeconómicos de las sociedades, y la formación de los investigadores conjugaba diferentes disciplinas, principalmente la Historia y la Arqueología.

Si nos preguntamos a qué respondía esta formación, podemos imaginar que en algunos casos, como el de Max Uhle, se debía a una tradición humanista que explícitamente se declaraba partidaria de un conocimiento holístico. También podemos argumentar que en la mayor parte de los casos se debía a que no se consideraban disciplinas independientes, o estaban en proceso de instalarse como tales. No obstante, resulta ineludible el hecho de que en la misma época otros investigadores podían dedicarse exclusivamente a la Historia —o a la Antropología o la Arqueología—. Podemos sugerir entonces que hay una particularidad de los estudios sobre Perú, que vieron en las crónicas la posibilidad de acercarse al sistema de organización incaico y fueron puestas en diálogo con los resultados de las excavaciones arqueológicas. A ello se sumó luego un interés político por conectar los grupos indígenas contemporáneos con las sociedades prehispánicas, que contribuyó a establecer una continuidad entre el registro arqueológico, el histórico y la información etnográfica.

Esta manera de investigar que venía desarrollándose en Perú se enmarcó a mediados del siglo XX en un acercamiento general entre la Antropología y la Historia. Sin embargo, mantendría su singularidad gracias a que la Arqueología tenía un rol tan importante como las otras dos disciplinas mencionadas. Esta disciplina se había instalado desde los estudios realizados a principios del siglo XX y consolidó su lugar con las influencias norteamericanas de mediados de siglo; es decir, con los trabajos de Rowe y Murra. Tengamos en cuenta que Rowe había estudiado Arqueología clásica, especialidad en la que era corriente conjugar la información arqueológica con la obtenida a partir de los documentos, mientras que Murra se había formado bajo la influencia de los trabajos de Cole en Illinois, que también buscaban la articulación de esos dos registros.

El vínculo entre los investigadores fue incluso más rico y fluido de lo que pueda parecer a simple vista, ya sea por relaciones directas de amistad o trabajo conjunto, como por la lectura, reseña y crítica de las investigaciones, en un círculo académico incluía autores de diferente nacionalidad y disciplina. Algunos investigadores de este periodo fueron los autores de las primeras obras sobre Perú que leyeron Rowe y Murra; otros fueron profesores y/o colegas que admiraron, retomaron y discutieron. Todos ellos contribuyeron a forjar el espacio académico en el que se insertaron los impulsores de una nueva mirada en los estudios andinos. Las indagaciones sobre los incas y los variados ensayos de combinación del material arqueológico e información provista por los documentos, que tuvieron lugar durante estas cuatro primeras décadas del siglo XX, fueron los precedentes de las primeras investigaciones de Etnohistoria Andina.

*Comentarios introductorios a los capítulos III y IV
dedicados a John H. Rowe y a John V. Murra*

Respecto del contenido y la estructura de los siguientes capítulos, quisiéramos señalar de qué manera ha sido organizada la información y el análisis de la misma. Los capítulos destinados a tratar la obra de Rowe y de Murra comienzan con una introducción que combina datos biográficos y bibliográficos de estos investigadores. A continuación procedemos al análisis de los escritos del periodo que nos interesa, 1940-1970, agrupándolos de manera que se conjuguen los aspectos cronológicos y temáticos. Tendremos en cuenta las principales tesis que se proponen y el despliegue de los argumentos que las respaldan. Las características y dificultades específicas del análisis, en relación a las particularidades de cada autor, serán explicitadas en los capítulos correspondientes a cada uno de ellos. Luego de trabajar en detalle los textos de cada autor, realizaremos una síntesis de sus trayectorias de investigación durante el periodo mencionado. A modo de cierre de cada capítulo, comentaremos la evaluación que distintos investigadores de temas afines han realizado de la obra de Rowe y de Murra, considerando sus principales contribuciones.

La introducción a la figura de estos autores nos permite poner en relación su producción con sus filiaciones institucionales y las relaciones que mantuvieron con sus colegas. Esto nos remite, por una parte a las características y posibilidades de investigación de la época y, por otra, a los intereses personales de cada autor y a la singularidad de su historia. Los autores que trabajamos resultan bien distintos al momento de considerar los aspectos extra-académicos. La vida personal de Murra ha despertado cierta fascinación y resulta imposible separarla de sus investigaciones, mientras que la de Rowe ha pasado casi desapercibida, salvo raras excepciones (por ejemplo, Burger 2007).

En cuanto al análisis de sus trabajos ocurre algo similar, en el sentido de que mientras algunas obras han sido ampliamente reseñadas, otras no han sido

consideradas en detalle. Quizás esto sea más notorio en el caso de Rowe, ya que las caracterizaciones de su forma de investigar suelen tener como referente casi exclusivo su escrito de 1946, titulado "Inca cultura at the time of the spanish conquest". La trascendencia de este artículo ha opacado a otros contemporáneos y posteriores. Ha sido presentado como ejemplo paradigmático de la obra de Rowe incluso cuando los temas que trató no fueron elegidos por él: "La lista de temas en su mayor síntesis sobre los Incas para el Handbook of South American Indians le fue impuesto por los editores y es improbable que John hubiera concebido algo de esta clase si este no hubiera sido el caso" (Burger 2007). Al igual que Flores Ochoa (2003), Burger (2007) sostiene que Rowe no era partidario de las grandes obras de síntesis y prefería la difusión más inmediata de investigaciones puntuales a través de artículos.

Nuestra intención es, sin dejar de lado la información y los análisis existentes acerca de las características de estos autores, aportar nuevos datos e interpretaciones. Por ejemplo, en muchas oportunidades se ha resaltado cómo influyó en Murra, y en sus investigaciones, su experiencia en la Guerra Civil Española, y es célebre la frase del autor "Yo soy graduado de la guerra civil española, no de la Universidad de Chicago. Lo importante lo aprendí en la guerra" (Castro *et al.* 2000: 58). Sin embargo, también es cierto que él mismo comentó que su interés por los temas que investigó:

proviene de la literatura británica que yo tuve oportunidad de leer temprano, en los años 1936 y entre 1939 y 1941, porque fui alumno de Radcliffe Brown y de Eggan. Y a través de ellos me compenetré de la literatura antropológica británica. No es a través del socialismo o a través del interés de cambiar la humanidad, ni nada de eso (Castro *et al.* 2000: 95)

Por lo tanto, intentaremos dar cuenta de las influencias institucionales y académicas -particularmente de Cole, Eggan y Radcliffe Brown- que han sido trabajadas con menor intensidad, sin desconocer ni reducir la importancia de

aspectos de la vida de Murra -como su participación en la Guerra Civil- que han sido resaltados por otros autores en reiteradas oportunidades²³.

La forma que hemos elegido para comentar y analizar la obra de estos dos autores no es la misma, justamente porque los autores han transitado caminos distintos en el desarrollo de sus ideas. Así como no tiene sentido imponer organizaciones a priori a autores distintos, tampoco puede considerarse que la obra de cada autor encierre en sí misma el esquema en el que deben ser leídas. Otros investigadores podrían hacer no sólo una lectura muy distinta a la nuestra, sino que además podrían organizar el material de manera bien diferente. En este sentido, el análisis de las obras se inicia ya desde las elecciones que hemos realizado para presentar su trabajo. Esta postura es consecuente con la idea de construcción de conocimiento mediante la interacción entre el sujeto y el objeto a la que adherimos y que fue presentada en el capítulo I. Hemos organizado el material de la manera más conveniente para responder mejor a las especificidades de cada autor.

²³ Un interés similar, por atender a referentes del pensamiento y la obra de Murra menos trabajados, se hace manifiesto en un artículo inédito de Frank Salomon que será publicado en *Andean Past* (hemos tenido acceso a él gracias a la Dra. Lorandi). Allí, Salomon retoma sus notas del curso que dictó Murra en la Universidad de Cornell sobre Historia de la Antropología en Estados Unidos y explora una faceta del autor que él considera no ha sido retomada "in any of his many tributes and obituaries". Salomon se propone dar cuenta de aspectos poco conocidos del autor porque los "anthropologists know a lot about Murra's life as an Andeanist. However one should also know something about his life as an American immigrant intellectual" (Salomon 2009: 88, en prensa).

Capítulo III

JOHN ROWE: EL PROCESO CULTURAL Y EL RIGOR EN LA INVESTIGACIÓN

*[Rowe] tried to emphasize to all of us
rigor with data, rigor with interpretation,
and to be honest and decent scholars
Karen Olsen Bruhns*

INTRODUCCIÓN A LA VIDA Y LA OBRA DE JOHN HOWLAND ROWE

Una de las primeras obras de Rowe con las que tomamos contacto fue una compilación de artículos dispersos, *Los incas del Cuzco* (2003). En la contratapa de este libro se encuentra un texto que llamó nuestra atención, allí se puede leer:

Yo me enamoré del Cuzco antes de conocerlo, por mis lecturas de libros de viajes, como estudiante de secundaria, a la edad de 17 años. Ya sabía que quería ser arqueólogo y me convencí que quería dedicarme a la arqueología del Cuzco.

Con este objetivo, estudié literatura española en la universidad, paralelo a mi especialidad oficial que fue de arqueología clásica (...) Yo gané \$ 400 en premios en dos años, y cuando me gradué en 1939 gasté todo en viaje a Perú, y más especialmente al Cuzco (en barco en tercera clase). En el Cuzco me alojé en el Hotel Colón, entonces el único "hotel" en el Cuzco fuera del hotel de la Estación para turistas (...)

El Cuzco de los incas había sido mi sueño durante muchos años, y fue todo lo que había soñado y más. Uno de los primeros sitios que visité fue el Qorikancha, y tuve la suerte de conocer al padre prior de los dominicos, el p. Alberto Dettmann, chalaco, después obispo de Puno. Los dominicos tenían entonces un seminario o academia para preparar sacerdotes, de cierta fama internacional, y le tocó al p. Dettmann enseñar arqueología bíblica en el seminario. Naturalmente las ruinas del Templo del Sol le habían interesado y él me recibió como un colega, llevándome a todos los rincones del convento donde habían restos de muros incas (...)

Por toda referencia se decía en la misma contratapa que se trataba de un fragmento de un manuscrito de John Rowe, cuya fecha se estima alrededor de 1980. Nuestros esfuerzos por obtener el manuscrito completo han sido infructuosos; incluso comprobar su existencia no ha sido sencillo. De hecho, algunas personas cercanas al autor, como su discípula Catherine Julien, desconocían la existencia del mismo. Después de varios meses de búsqueda tomamos contacto con Jorge Flores Ochoa, autor del prólogo del mencionado libro, quien tuvo la amabilidad de contarnos una parte de la historia del manuscrito. Luego de la muerte de Rowe, su esposa Patricia Lyon viajó a Cusco para recoger sus objetos personales y dejó algunos papeles para eliminar. Entre ellos, Flores Ochoa encontró dos hojas sueltas, escritas a mano por Rowe, y de allí saco los párrafos que aparecen en la contratapa del libro. Sin embargo, él mismo desconoce si existen más páginas y si están o no en poder de Lyon.²⁴ Nuestro objetivo a continuación es acrecentar la información sobre el vínculo entre Rowe y Perú en relación a sus intereses de investigación, continuando las líneas que se desprenden de estos párrafos del manuscrito, ampliándolas y completando los espacios vacíos.

John Howland Rowe, hijo de Earle Rowe y de Margaret Talbot Jackson, nació en junio de 1918 en Sorrento, Estados Unidos. Desde su niñez mantuvo un estrecho contacto con la Arqueología, que por su entorno familiar fue parte de su educación. Su padre había estudiado en la Universidad de Brown y participado en las excavaciones del Museum of Fine Arts de Boston en Egipto en 1911 bajo la dirección de George Reisner²⁵. Aunque Earle Rowe tuvo que resignar sus intenciones de dedicarse a la Arqueología en pos de una mayor estabilidad laboral, aceptando el puesto de director del Rhode Island School of Design, Reisner continuó visitando a la familia durante la niñez de Rowe, lo que propició un contacto fluido del joven con la Arqueología. Por su parte,

²⁴ Comunicación personal vía correo electrónico, las direcciones de Catherine Julien y Jorge Flores Ochoa nos fueron facilitadas por la Dra. Ana María Lorandi.

²⁵ George Reisner (1867-1942) es considerado en Estados Unidos uno de los padres de la Arqueología científica.

Margaret, la madre de Rowe, se interesó en la Historia del Arte, fue directora asistente del Minneapolis Institute of Arts y luego curadora de textiles en Yale Art Gallery (Burger 2007, Hastorf *et al.* ca. 2004²⁶, Maclay 2004, Schreiber 2006).

Cuando Rowe tenía 10 años viajó con su familia a Roma, donde permaneció un año y tuvo la oportunidad de visitar las ruinas clásicas. Tan sólo tres años después Rowe tuvo su primer acercamiento a la Arqueología peruana por medio de un libro que encontró en la biblioteca local. Se trataba de una obra de Sir Clements Markhm (1830-1916), explorador británico que entre los numerosos destinos de sus viajes incluyó Perú. Un año después, Rowe se encontraba inmerso en la lectura de dos obras de singular relevancia en la época: *Inca Land*, escrita por Hiram Bingham III, director de sucesivas campañas al Machu Picchu; y la principal obra de Philip Means, *Ancient Civilizations of the Andes*, que había sido recientemente editada. Además de estas lecturas, Rowe había tenido la posibilidad de examinar la colección de objetos peruanos que tenía la institución que dirigía su padre. Con estas experiencias en su haber decidió –incluso antes de terminar la escuela secundaria– especializarse en Arqueología peruana (Burger 2007, Schreiber 2006).

Al tiempo que estudiaba español, Rowe se formó en Arqueología clásica en la Universidad de Brown (1935-39), la misma institución en la que había estudiado su padre. Eligió la orientación clásica por considerarla la más cercana a su interés verdadero, la Arqueología inca, hecho que dejó huellas en la manera de aproximarse a los problemas de investigación –por ejemplo, la importancia que dio al estilo, el contexto y la filología para el establecimiento de cronología—. Rowe ha comentado que durante esos años de formación aprendió a estudiar los textos y los objetos como lo haría un historiador del arte, enfatizando el estilo, y comprendió también la importancia de los estudios lingüísticos (Rowe 1998). Al terminar sus estudios en Brown viajó por primera vez a Perú, donde visitó sitios arqueológicos del sur del país, aquellos sobre los

²⁶ El escrito de Hastorf *et al.* se encuentra disponible en la página Web de la Universidad de California dedicada a las Eighth Emeritus Lecture. Lamentablemente no ofrece la fecha de su elaboración. Teniendo en cuenta que fue redactado en memoria de Rowe, hemos establecido como fecha aproximada 2004.

que había leído en su adolescencia (Burger 2007, Hamel 1969, Hastorf *et al.* ca. 2004, Maclay 2004).

Cuando en 1940 Rowe retornó a Estados Unidos fue contratado por Philip Means, uno de los autores que algunos años atrás lo habían acercado, a través de sus obras, a la Arqueología y la Historia peruana. Means le solicitó el mapeado de Newport Tower, un sitio en Rhode Island y la traducción del latín de un texto colonial. Luego de este trabajo, Rowe planeaba continuar su formación con Alfred Kroeber, en esos años reconocido peruanista, en la Universidad de California (Berkeley) situada en la costa oeste de Estados Unidos. Sin embargo, debido a la muerte de su padre, Rowe se vio obligado a permanecer junto a su familia en la costa este y por ello continuó sus estudios en la Universidad de Harvard, especializándose en Arqueología andina bajo la supervisión de Alfred Kidder II, Alfred Tozzer y J. O. Brew (Burger 2007, Schreiber 2006).

Durante los primeros años de la década de 1940 se incrementaron los proyectos arqueológicos en América Latina financiados por Estados Unidos²⁷. El Peabody Museum of Archaeological and Ethnology, institución dependiente de la Universidad de Harvard, solventó numerosas expediciones a Latinoamérica, y Alfred Kidder II fue el director del proyecto destinado a explorar las sierras de Perú. Kidder nombró como supervisor a su entonces estudiante John Rowe. La expedición se llevó a cabo en 1941, y en el transcurso de las exploraciones realizadas en Cusco se descubrió el sitio de Chanapata, el cual –por ubicarse cronológicamente en el Horizonte Temprano– proporcionó el primer acercamiento al pasado de la región de Cusco previo a los Incas (Burger 2007, Mohr Chávez 1988, Rowe 1944a).

²⁷ Recordemos que, tal como ha sido expuesto en el capítulo II, desde fines de la década de 1930 el Institute of Andean Research financió numerosas campañas arqueológicas, principalmente en Perú. Sin embargo no fue ésta la única institución que realizó tales aportes, Mohr Chávez (1988) sostiene que existió un notorio impulso a las investigaciones en América Latina, que se encontraba atravesado por un interés de Estados Unidos en estrechar los vínculos con esta región. Debido a que, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, preocupaban a este país las realaciones de América Latina con Alemania y se buscaba sustituir cualquier lazo existente afianzando las relaciones con la región.

En 1941, Rowe retornó por un breve periodo a Estados Unidos, donde recibió su grado de Master en Harvard. Entre septiembre de ese año y marzo del siguiente retornó a Perú. En 1942, nuevamente en Estados Unidos, se casó con su primera esposa, Bárbara Burnett. Al poco tiempo viajó nuevamente a Perú y permaneció allí entre 1942 y 1943, con el fin de avanzar en su investigación doctoral sobre Cusco. A partir de las exploraciones llevadas a cabo entre 1941 y 1943, Rowe escribió dos de sus más importantes artículos: *An Introduction to the Archeology of Cuzco*, publicado en 1944 por el Peabody Museum; y por recomendación de Philip Means y a pedido de Julian Steward, una síntesis de la cultura inca publicada en el *Handbook of South American Indian* que se editó en 1946²⁸, *Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest*. En este trabajo combinaba los resultados de la expedición de 1941 con la información obtenida del estudio de fuentes históricas (Burger 2007, Mohr Chávez 1988, Rowe 1944a, Schreiber 2006).

Rowe se caracterizó por crear nuevos espacios en las instituciones por las que transitó. Durante sus años de estudiante en Harvard, fundó el Excavators Club, con la intención de establecer un espacio de formación en Arqueología de campo. El Club realizó excavaciones en Massachussets, Florida y Maine²⁹. En 1942, Rowe formó parte de la Universidad Nacional de San Antonio Abad de Cusco (UNSAAC), y allí creó la Sección de Arqueología³⁰, única en su tipo

²⁸ Rowe había regresado a Estados Unidos para alistarse en el ejército cuando se declaró la guerra a Alemania. Sin embargo no fue reclutado inmediatamente, y en un interludio de 4 meses –entre 1943 y 1944– escribió el texto para el Handbook. En 1944 fue reclutado por el ejército de Estados Unidos, y cuando terminó la guerra se encontró en Francia sin los medios para regresar. Tuvo lugar entonces un acontecimiento poco conocido de su formación: Rowe se incorporó a la Universidad de París durante un periodo de cuatro meses, entre 1945-46 (Burger 2007, Schreiber 2006). Según Burger (2007), en esa oportunidad Rowe habría estudiado con Marcel Mauss, aunque no queda del todo claro cómo se dio esta situación ya que los biógrafos de Mauss coinciden en que, tras ser expulsado de la Universidad de París durante la ocupación alemana, Mauss se retiró del espacio académico y se recluyó en su hogar, hasta su muerte en 1950.

²⁹ Este club incluso llegó a contar con su propia revista, donde se publicó en 1940 el primer artículo de Rowe del que tenemos conocimiento: *Excavations in the Waterside Shell Heap, Frenchman's Bay, Maine*. *Papers of the Excavators' Club*, vol. 1, no. 3, Cambridge, Mass. 37 pp.

³⁰ Esta sección se habría mantenido en funcionamiento hasta 1948, cuando la Comisión Reorganizadora de la Universidad –nombrada en el marco de la dictadura de Manuel Odría–

durante esos años. En 1946 regresó por unos meses a Cusco y dictó un curso en la UNSAAC. Más tarde fue director del Museo e Instituto Arqueológico (actual Museo Inka), creado en 1948, donde realizó una importante tarea de sistematización de los materiales arqueológicos y fundó una biblioteca que desde 2004 lleva su nombre³¹ (Burger 2007, Flores Ochoa 2003, Hastorf *et al.* ca. 2004, Maclay 2004, Schreiber 2006).

Rowe obtuvo su doctorado en Latin American History and Anthropology en Harvard, en 1947. Ese mismo año nació Ann, su primera hija, mientras que Lucy, la segunda, nació tres años después. El Smithsonian Institution le ofreció un trabajo de Etnografía y Arqueología en Popayán que Rowe decidió aceptar mudándose con su familia a Colombia, donde permaneció hasta 1948. Continuando con su espíritu de organizador de nuevos espacios, contribuyó a la conformación del Departamento de Antropología y a la creación de su biblioteca en la Universidad del Cauca —ubicada en la ciudad de Popayán—. Esta Universidad le concedió el título de Profesor Honorario en 1947.

Al mismo tiempo que realizaba la investigación etnográfica encargada por el Smithsonian, Rowe continuó escribiendo sobre sus investigaciones en Perú, y en 1948 publicó una descripción del Reino Chimor, que apareció en *Acta Americana*, en 1948 (Burger 2007, Maclay 2004, Schreiber 2006). Consideraba que, a pesar de los numerosos estudios realizados hasta el momento, existía poca información para el período de 500 años que se encuentra entre los trabajos arqueológicos y los etnográficos. Dado que éste era un periodo histórico, era necesario recurrir al estudio de documentos para crear un puente entre Arqueología y Etnografía. Del interés por este período se desprendían los dos objetivos del artículo: realizar un aporte al conocimiento de la historia cultural de la costa norte y, al mismo tiempo, “emphasize the importance of

intentó clausurarla y finalmente fue trasladada a la Facultad de Letras bajo el nombre de Sección de Historia y Antropología (Flores Ochoa 2003).

³¹ El orden de los acontecimientos mencionados en este párrafo es una reconstrucción propia que intenta completar la información que en algunos de los autores citados aparece sin fecha, o con diferencias de uno o dos años entre sí.

properly directed historical investigation for Andean anthropology" (Rowe 1948: 27).

Así como había continuado escribiendo sobre sus investigaciones en Perú mientras se encontraba en Colombia, Rowe mantuvo el contacto con otros peruanistas, entre ellos Alfred Kroeber. Por intermedio de este investigador, en 1948 Rowe fue contratado para el cargo de Profesor Asistente de Antropología y Curador Asistente de Arqueología Sudamericana en el Museo de Antropología por la Universidad de California, Berkeley. Años más tarde, Rowe recordaba que desde la Universidad se buscaba a alguien que fuera capaz de enseñar Arqueología y Lingüística, y que él era una de las pocas personas que podía satisfacer este criterio (Rowe 1998). Tras su nombramiento recibió una nota de Kroeber que daba cuenta del aprecio que éste le tenía: "Dear Rowe, I suppose I ought to congratulate you but I feel more like congratulating them. Yours, Kroeber" (Kroeber 1969: ii –citado en Burger 2007³²).

En la Universidad de California Rowe fundó su tercera biblioteca de Antropología, una de las más grandes y antiguas de Estados Unidos (Burger 2007, Hastorf *et al.* ca. 2004, Maclay 2004, Schreiber 2006). En 1995, él mismo relató la historia de la creación de esa biblioteca, proyecto en el que empezó a trabajar desde que ingresó a la Universidad, en 1948. En aquel entonces, los libros de Antropología se encontraban dispersos en la biblioteca central, y la partida presupuestaria asignada al Departamento de Antropología para la compra de libros era escasa. Rowe comentó el problema del pedido de libros a Roberto H. Lowie, jefe del departamento, y al vice-jefe Ted McCown, y durante el primer semestre en Berkeley asumió el control de tal responsabilidad. El siguiente paso fue obtener un espacio físico para establecer la biblioteca. Esto demoró varios años; los libros que Rowe fue acumulando circularon por

³² El texto de Burger fue originalmente publicado en inglés en *Andean Past* en 2007, ese mismo año fue traducido por Víctor Falcón Huayta y publicado en la página Web sobre Arqueología del Perú de Lizardo Tavera. Dado que existe esta traducción, que cotejamos con el original, hemos decidido realizar las citas en español para facilitar la lectura. Sin embargo esto tiene un inconveniente, no es posible indicar un número de página de referencia ya que el texto en español se presenta en un único bloque.

numerosas oficinas pequeñas, inapropiadas para tal fin. Finalmente, en 1959 encontraron un espacio permanente, cuando el departamento y la biblioteca de Antropología se instalaron en el Kroeber Hall³³ (Rowe 1995).

Otro de los emprendimientos de Rowe en la Universidad de California fue impulsar la creación de la Kroeber Anthropological Society (KAS), reconocida por ser una de las mejores sociedades conformadas por estudiantes, con décadas de continuidad en su publicación y en sus reuniones anuales. Rowe tuvo un rol similar al de un consejero, mostrándose disponible cuando se lo requería pero dejando la toma de decisiones en manos de los estudiantes (Burger 2007, Hamel 1960, Hastorf *et al.* ca. 2004, Maclay 2004, Schreiber 2006). Esperaba que la Sociedad brindara a los estudiantes la posibilidad de obtener experiencia al editar una revista y comentar y corregir trabajos bajo los criterios de exigencia que se esperaba que cumplieran como los antropólogos profesionales. Rowe recordaba, con cierta nostalgia, que las primeras reuniones de la KAS tuvieron lugar en las casas de algunos de sus integrantes, y finalizaban al caer la tarde mientras bebían cerveza (Rowe 1998).

En 1959, Rowe consideró que era necesario un espacio para discutir las investigaciones andinas e inició las acciones que harían posible -al año siguiente- la fundación del Institute of Andean Studies de Berkeley, que dirigió hasta su muerte y que actualmente es dirigido por Catherine Julien. A partir de 1961 se llevaron a cabo reuniones anuales, y dos años más tarde comenzó a circular *Ñawpa Pacha*, el primer número de la revista. Éste contenía un artículo de Rowe, "Urban settlements in ancient Perú", que listaba y describía los principales sitios urbanos de los andes centrales conocidos hasta el momento. Una de las características más importante de la revista era que posibilitaba la publicación de artículos más extensos y una mayor cantidad de ilustraciones de las usualmente permitidas por otras revistas. Rowe fue editor de *Ñawpa Pacha*

³³ Mientras intentaba concretar su proyecto de fundar la biblioteca, Rowe se preguntó qué había ocurrido en el pasado con los pedidos y la ubicación de los libros. En su investigación descubrió que la Universidad había contado con una biblioteca a principios del siglo XX, y rastreó las causas de su desaparición (Rowe 1995).

hasta 2004; su segunda esposa, Patrica Lyon³⁴, lo acompañó como co-editora desde 1972. Actualmente, la edición se encuentra a cargo de Katharina Schreiber (Burger 2007, Hastorf *et al.* ca. 2004, Maclay 2004, Schreiber 2006). En cuanto al desempeño de Rowe como editor, impulsaba un estilo similar al de sus trabajos, una escritura directa, libre de jerga³⁵ y que evitara la especulación. Tomaba como ejemplo en su trabajo de editor a Leslie Spier, quien había editado el *Southwestern Journal of Anthropology*, evaluando él mismo la mayor parte de los escritos y desconfiando de la revisión de pares, que en su opinión favorecía la publicación de artículos mediocres y generalmente no aportaba sugerencias útiles (Schreiber 2006).

En 1962, Rowe escribió "Chavin art: an inquiry into its form and meaning", su propósito en este trabajo fue "descifrar el significado que los dibujos del arte de Chavín tenían para sus creadores". Para lo cual era necesario considerar "todo en su contexto, preguntando siempre dónde y en qué combinaciones se utiliza un motivo o un dibujo completo [y] ordenar los monumentos cronológicamente" (Rowe 1972: 250). De modo que, tras realizar una secuencia de las manifestaciones artísticas, exploró las convenciones de estilo (simetría, repetición, modulo de anchura, la reducción de los motivos a una combinación de líneas rectas) y las expresiones figuradas, que establecían comparaciones por medio de la sustitución. Para analizar estas últimas Rowe recurrió al termino "kenning", desarrollado para estudiar expresiones con características semejantes en el campo literario.

La investigación se llevó a cabo en el marco de un programa de investigaciones sobre Arqueología peruana subvencionado por la National Science Foundation de Estados Unidos y gracias a los datos obtenidos en dos

³⁴ En 1969 Rowe se separó de su primera esposa Bárbara Burnett y al año siguiente se casó con Patricia Lyon.

³⁵ La preocupación de Rowe por evitar la jerga científica en sus escritos y hacerlos comprensibles para lectores que no pertenecieran al campo académico parece acompañarlo desde los primeros momentos de su vida académica. Al respecto Burger (2007) cuenta que solicitaba a su primera esposa, Bárbara, que leyera todos sus manuscritos con el fin de asegurarse que estaban escritos de forma clara y podían entenderse por alguien que no era especialista en el tema.

viajes a Perú: el primero en 1961, financiado por la Sociedad Filosófica Americana de Filadelfia y la Universidad de California, institución que luego posibilitó el segundo viaje, en 1963. Para llevar a cabo su estudio, Rowe se contactó con distintos investigadores peruanos que facilitaron su indagación: el acceso a las colecciones de Chavín del Museo Nacional de Antropología y Arqueología aportadas por Julio Tello fue mediado por Toribio Mejía Wesspe y Julio Espejo Nunez; Manuel Chavéz Ballón y Jorge Muelle le proporcionaron datos de sus propias investigaciones; y resaltó la ayuda de Marino Gonzales Moreno, al que se refirió como el “salvador de las ruinas de Chavín” y a quien dedicó el artículo. En 1972 se publicó “El arte de Chavín: estudio de su forma y su significado”, la versión en castellano de este trabajo, escrita por el mismo Rowe y a la que incorporó resultados de investigaciones posteriores al original (Rowe 1972).

Rowe fue Jefe del Departamento de Antropología de la Universidad de California (Berkeley) durante el periodo 1963-1967, años difíciles por la agitación política y estudiantil (Schreiber 2006). En aquel entonces Berkeley constituía el epicentro de la movilización estudiantil norteamericana, enmarcada en un proceso de alcance mundial³⁶. Los discípulos de Rowe recuerdan que pasaba la hora del almuerzo en las reuniones de los estudiantes, los escuchaba y debatía con ellos. Aunque cumplió satisfactoriamente sus tareas administrativas y se desempeñó admirablemente con los estudiantes, la tensión constante a la que lo exponía el cargo condujo a que su médico le ordenara renunciar (Hastorf *et al.* ca. 2004, Schreiber 2006).

Rowe permaneció en la Universidad de California hasta su jubilación, en 1988, pero en los años posteriores continuó investigando y publicando hasta su fallecimiento en 2004; de hecho, su último viaje a los archivos de Madrid y

³⁶ La década de los sesenta y principios de los setenta representa uno de los momentos de mayor protagonismo de la juventud en diferentes países, cuyo hito emblemático es el mayo francés de 1968. Lejos de ser movilizaciones centradas en medidas estrictamente relativas a la universidad y su funcionamiento, impulsaban reivindicaciones políticas. En Estados Unidos, a la protesta contra la guerra en Vietnam se sumó la defensa del ideario de Martin Luther King y el apoyo al movimiento por los derechos civiles (Ibarra Güell y Bergantiños 2008).

Sevilla fue en 1993. La relación con Perú fue constante a lo largo de toda su vida. Cada año, en el periodo de vacaciones de la Universidad, Rowe viajaba a Perú y dedicaba varios meses al trabajo en el campo y en los archivos, y a dictar cursos y conferencias (Burger 2007). La presencia de Rowe en Cusco era tan regular que Flores Ochoa (2003) llegó a decir que, para los cusqueños, Rowe residía allí. Su labor fue numerosas veces reconocida en Perú: en 1954 le otorgaron el Diploma de Honor de la Sociedad Científica de Cuzco y lo nombraron Doctor en Letras en la Universidad de Cuzco; en 1958 obtuvo el Premio de Honor del Consejo Provincial de Ica; en 1968 fue nombrado Oficial de la Orden El Sol del Perú³⁷; y en 1981 fue honrado por el gobierno peruano con la Gran Cruz de la Orden (Burger 2007, Hamel 1960, Hastorf *et al.* ca. 2004, Maclay 2004, Schreiber 2006).

ANÁLISIS DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE JOHN ROWE

Consideraciones preliminares

Se ha dicho que Rowe publicó a lo largo de su vida más de 300 escritos (Hastorf *et al.* ca. 2004), la bibliografía más completa del autor es la que se encuentra disponible en la página Web de la Universidad de California, dentro del espacio destinado a las *Anthropology Emeritus Lecture Series*³⁸. Esta bibliografía abarca desde 1940 a 1997 y es el resultado de sucesivas compilaciones. En 1969, Robert Pfeiffer listó la obra de Rowe desde 1940 hasta 1967³⁹, para el periodo 1940-1954 se basó en una bibliografía que ya había

³⁷ Todos los autores que hemos consultado ubican este acontecimiento en 1968 excepto Richard Burger, que lo sitúa en 1957. No hemos logrado establecer la razón de esta fecha, sobre todo teniendo en cuenta que Burger (2007) utiliza en su artículo los textos que citamos aquí. Por otra parte, Hamel (1969) sostiene que, al menos hasta el momento en que la distinción fue otorgada, sólo había otro estadounidense que la había obtenido: Philips Means.

³⁸ Las *Anthropology Emeritus Lecture Series* comenzaron en 1991 como una conferencia para honrar miembros destacados del Departamento de Antropología de la Universidad de California. Desde 1995 se ha completado la conferencia con exposiciones en la Biblioteca de Antropología y con espacios permanentes en Internet para la información biográfica y bibliográfica. Desde el sitio Web que reúnen esta información se busca proporcionar una perspectiva de la Antropología en la Universidad de California, y en un sentido más general, una historia reciente de la Antropología como disciplina. La conferencia en honor a Rowe fue realizada el 13 de octubre de 1998.

³⁹ Fue publicado en *Kroeber Anthropological Society Papers*, 1969, no. 40: 112-132. Berkeley.

realizado el mismo Rowe –publicada en el XVII Boletín Bibliográfico de Antropología Americana—. La compilación de Pfeiffer fue luego revisada desde 1963 y extendida hasta 1992 por Rowe. No se menciona quién ha completado los años que van desde 1992 a 1997, pero si tenemos en cuenta que la conferencia en su honor se realizó en 1998, podemos suponer que las publicaciones de estos años fueron incorporadas por los organizadores de esta celebración.

Al examinar la bibliografía notamos que, del total de las 325 publicaciones, más del 70% aparecieron en el periodo 1940-1970; de esos 229 textos, 59 son reseñas, 16 notas sobre novedades en Antropología, 9 reimpressiones y 145 artículos. Realizamos nuestra investigación a partir de 24 textos de Rowe, todos correspondientes a ese periodo. Si bien el número puede parecer exiguo, se trata de un conjunto representativo porque: a) contamos con prácticamente todos los artículos que sus biógrafos han destacado como relevantes⁴⁰; b) en lo que se refiere a sus textos de carácter etnohistórico⁴¹, incorporamos todos los que el mismo Rowe consideró importante incluir a su obra de compilación *Los Incas del Cuzco*; 3) la mayor parte de los textos a los que no hemos tenido acceso son escritos de excavaciones particulares, cuya información aparece luego sintetizada y reunida en artículos de carácter más general con los que sí contamos.

En los siguientes apartados analizaremos artículos de Rowe con el fin de identificar los aportes que realizó en los distintos campos que investigó, cuáles fueron los problemas que se planteó y de qué manera les fue dando respuesta a lo largo de los años. Para ello hemos agrupado los trabajos bajo un criterio temático y a la vez cronológico: mientras que la delimitación en sí misma de cada apartado se realiza según el tema o área de investigación, el orden de

⁴⁰ De los 15 artículos que otros autores han destacado para el periodo que nos ocupa no hemos logrado acceder a 1 de ellos: "Ethnography and ethnology in the sixteenth century" publicado en 1964 en *Kroeber Anthropological Society Papers*. Sin embargo, contamos con referencias al contenido de este artículo realizadas por el mismo Rowe y por sus biógrafos.

⁴¹ Flores Ochoa (2003) consideró que por el carácter del contenido de estos textos es correcto denominarlos como etnohistóricos, a pesar de que Rowe no estuviera completamente de acuerdo con este término.

presentación de cada apartado y la información contenida en ellos se dispone cronológicamente. A lo largo de la presente tesis privilegamos un criterio cronológico que nos permite identificar cambios en la perspectiva de estudio y avances en la investigación. En el caso de Rowe le hemos otorgado igual peso al criterio temático a causa de la variedad y amplitud de sus trabajos.

En primer término trataremos tres escritos tempranos, y al mismo tiempo consagradorios, que dan cuenta de sus preocupaciones iniciales y en los que puede apreciarse el interés del autor por la combinación de los datos arqueológicos con los que proveen los documentos. A continuación nos ocuparemos de las aplicaciones que hizo Rowe de sus conocimientos en Lingüística para el estudio del quechua, de la religión y de las instituciones incaicas. Luego trataremos sus propuestas en el campo de la Arqueología a partir del debate con los colegas, los resultados de nuevas campañas y la conformación de un modelo teórico-metodológico para la Arqueología andina. Seguidamente examinaremos algunos aportes marginales a la metodología antropológica y la polémica tesis de Rowe del origen renacentista de la Antropología. Finalmente, comentaremos aquellos estudios en los cuales el autor combinó la información arqueológica y documental con sus conocimientos en el campo de la Historia del Arte, para el análisis de aspectos específicos de la cultura andina que le permitieron retomar y profundizar su tesis de la continuidad de la tradición inca en el periodo colonial. Trabajos que derivaron en investigaciones sobre la rebelión del siglo XVIII.

Aportes al estudio de la cronología Inca (1941-1946)

Richard Burger sostiene que "An Introduction to the Archaeology of Cuzco" (1944a) junto a "Inca culture at the time of the spanish conquest" (1946) "ubicaron a Rowe como una autoridad sobre los Incas antes de que cumpliera los treinta años" (Burger 2007). Consideramos que debe sumarse un escrito más a estas obras iniciales y a la vez consagradorias de Rowe, nos referimos a "Absolute chronology in the Andean area" (1945). A continuación

comentaremos el contenido de estos trabajos y la nueva mirada sobre los incas y su historia, que se propone a través de la combinación de las ideas expresadas en ellos.

En 1942 le fue asignada a Rowe la redacción de un informe que reuniera el resultado de las exploraciones realizadas entre 1941 y 1942. El proyecto⁴² abarcaba investigaciones en las sierras del sur de Perú y a cada integrante le fue asignada una zona más limitada dentro de esa área. Rowe se ocupó de la región de Cusco y el resultado de su trabajo fue publicado 1944 con el título "An Introduction to the Archaeology of Cuzco". El estudio se realizó en cooperación con instituciones e investigadores peruanos, que formaron los equipos de exploración o posibilitaron el acceso a las colecciones⁴³. La colección producto de las excavaciones fue depositada en el Museo de Antropología de Lima, con la excepción de algunas piezas representativas que se llevaron al Peabody Museum en Harvard University (Rowe 1944a).

La introducción de este texto incluye consideraciones acerca de la geografía de Cusco –ubicación, datos ecológicos, clima, flora y fauna, variedad de cerámicas y metales accesibles–; observaciones relativas a la pronunciación de las palabras en quechua⁴⁴; una revisión de la historia de Cusco desde los primeros años de la conquista hasta la ciudad actual; y un estado de situación sobre las condiciones en que se encontraba la Arqueología de la región al momento de iniciar las exploraciones⁴⁵. Con respecto a este último punto, Rowe consideró que uno de los problemas más importantes era la falta de conocimiento sobre las sociedades preincaicas en la región cusqueña. De hecho, sostuvo que gran parte de lo que se había escrito al respecto consistía en una

⁴² Hemos realizado unos primeros comentarios sobre este proyecto en el apartado anterior.

⁴³ En el prefacio del artículo Rowe agradece, entre otros, a Julio Tello, en ese momento director del Museo de Antropología de Lima, por sus valiosas sugerencias; y a Luis Valcárcel, director del Museo Nacional, por su interés y sus consejos basados en su amplio conocimiento de Cusco.

⁴⁴ Rowe se interesó tanto en este punto que contribuyó a la creación de un alfabeto fonémico, basado en un análisis de la estructura fonética de dos dialectos quechuas. En 1943 publicó en *Waman Puma*, junto a Gabriel Escobar Moscoso, "Los sonidos quechuas de Cuzco y Chanca".

⁴⁵ En este apartado Rowe sostuvo que la Arqueología moderna de Cusco comenzó con las expediciones de Hiram Bingham financiadas por National Geographic y Yale University entre 1911-1916.

“especulación pseudo histórica”, como por ejemplo la adjudicación al Imperio Tiahuanaco de cualquier construcción a base de grandes bloques de piedra. Tiahuanaco era a principios de la década de 1940 el único sitio del área andina universalmente reconocido como preincaico. Para Rowe, establecer toda construcción similar como pre-incaica era un error semejante al ocasionado por la aplicación del término megalítico en la Arqueología clásica (Rowe 1944a).

Rowe consideró que la contribución más importante realizada en el marco del proyecto fue la identificación y descripción preliminar de la primera cultura pre-inca hallada en Cusco. La posición cronológica relativa de esta cultura con respecto a la inca fue establecida por la estratigrafía del sitio de Chanapata y por ello se le dio este nombre. Los apartados que siguen a la introducción están dedicados al Periodo Chanapata y al Periodo Inca; en ellos se describen las excavaciones que fueron realizadas y los materiales encontrados. Para el caso específico del Periodo Inca se dividen los estudios de cerámica y arquitectura. En lo que respecta a esta última, la principal investigación se realizó en las ruinas del Templo del Sol, por ser uno de los edificios incas mejor preservados, pero también porque se consideró que los estudios previos no eran adecuados⁴⁶. Para tal fin se construyó un plano de las ruinas y se estudiaron tanto los restos arqueológicos como las descripciones de los escritores de los siglos XVI y XVII. A partir de la cerámica obtenida en las excavaciones y el examen de las colecciones —como las del Museo de la Universidad de Cusco y del Instituto Arqueológico de Cusco—, se formuló una clasificación preliminar de la cerámica Inca, que no tenía implicaciones cronológicas pero permitía definir el estilo (Rowe 1944a).

En las conclusiones de este artículo Rowe resaltó que hasta las investigaciones realizadas en 1941 y 1942 la Arqueología cusqueña se reducía a ruinas incas tardías. Las exploraciones llevadas a cabo en el marco de este proyecto permitieron identificar material previo a los Incas, incluso más antiguo de lo que muchos peruanistas habían sospechado, y los hallazgos de

⁴⁶ Además se estudiaron las ruinas de Huanacauri y sitios ya trabajados en y alrededor de Cusco.

Chanapata suscitaron nuevos problemas cronológicos. Rowe mencionó una serie de problemas de la cronología vigente que nos adelanta el camino que tomarían sus investigaciones posteriores. Consideró que era necesaria una revisión de las cronologías de los reyes incas registradas por los cronistas y un examen crítico de la clasificación de las crónicas realizada por Means, con el fin de proponer algunas fechas absolutas. Aparecían además, en la Addenda de este artículo, comentarios sobre la cerámica Killke, incaica temprana, que fue uno de los grandes aportes de Rowe a la distinción de estilos cerámicos (Rowe 1944a).

Se ha considerado a "Inca culture at the time of the spanish conquest" (1946) como "la mejor descripción de la cultura Inca producida durante el siglo veinte" (Burger 2007), y "the best single article in the entire six-volume set of the Handbook of South American Indians" (Hamel 1969), que continúa siendo aun hoy un texto básico de referencia. Las casi 150 páginas de este trabajo intentan cubrir todos los aspectos de la sociedad incaica: a) la introducción incorpora consideraciones sobre el clima y la geografía de la región; b) se establecen estimaciones sobre el número y las variaciones en la población; c) se menciona la diversidad de unidades políticas y lingüísticas proporcionando un listado de las conocidas hasta el momento; seguido por d) un apartado dedicado a evaluar las principales fuentes que proveen información para el tema y otro e) sobre las características arqueológicas y los periodos estilísticos, que desembocan en un tercer apartado f) sobre la historia del área andina hasta 1532; g) luego encontramos el apartado de "Culture" que cuenta con numerosas subdivisiones (actividades de subsistencia, arquitectura y casas, trabajos de ingeniería, vestimentas y ornamentos, manufacturas, organización social y política, organización política, guerra, ciclo de vida, actividades recreativas y estéticas, religión, mitología y literatura), cada una de ellas con divisiones internas.

En la introducción, Rowe aclaró que por la información disponible hasta el momento sólo podía dedicarse a los Incas y no a todos los grupos andinos,

caracterizando su investigación como una “ethnographical description of the Inca culture” (Rowe 1946: 183). No se situó entonces como un historiador o un arqueólogo sino como un etnógrafo. La idea de que es posible hacer etnografía del pasado coincide con cómo los etnohistoriadores norteamericanos definieron su campo dos décadas más tarde. Tal como queda ilustrado en el apartado “Culture” de este trabajo, se trata de una noción holística que parece cubrir cada mínimo aspecto de la sociedad, y para dar cuenta de ella debe recurrirse a una minuciosa y precisa descripción.

De forma similar a como lo había hecho en “An Introduction to the Archaeology of Cuzco” (1944a) –aunque quizás de manera más enérgica–, Rowe sostuvo que las investigaciones existentes sobre los incas se ocupaban de aspectos limitados o se basaban en una pequeña parte del material disponible (de todas maneras destacó las obras de Means y Baudin), y concluyó que era necesario consultar las fuentes mismas, tarea nada sencilla considerando su cantidad y variable confiabilidad –sobre todo teniendo en cuenta que los cronistas de los siglos XVI y XVII se copiaban unos a otros sin hacerlo explícito y, en consecuencia, algunos documentos serían de tercera o cuarta mano. Recomendó enfáticamente leer los documentos en su idioma original, más allá de que existieran algunas traducciones, y resaltó que muchos manuscritos con valiosa información no habían sido publicados hasta el momento. A continuación procedió a evaluar las fuentes disponibles (Cieza de León, Polo de Ondegardo, Oviedo, Las Casas, Sarmiento de Gamboa, Cristóbal Molina, Cabello de Balboa y Juan Acosta, entre otros) estableciendo cuándo fueron escritas, sobre qué temas versan y de quién tomaron los autores los datos. A los cronistas del siglo XVII⁴⁷ los consideró menos fiables, especialmente en lo que respecta a la historia inca, con la excepción de Bernabé Cobo cuya obra caracterizó como la mejor y más completa descripción de la cultura inca. Tras un breve comentario sobre las fuentes resultantes de la campaña de extirpación

⁴⁷ Martín de Murúa, Fray Antonio, Garcilaso de la Vega, Juan de Santacruz Pachacuti, Felipe Guaman Poma de Ayala, Alonso Ramos Gavilán, Juan Anello Oliva, Antonio de la Calancha, Fernando Montesinos.

de idolatrías (Arriaga y Ávila), sostuvo que los mejores documentos para las áreas fuera de Cusco eran las *Relaciones Geográficas de Indias* (Rowe 1946).

Los avances en la investigación arqueológica permitían establecer que la cultura inca fue producto de un largo desarrollo en el valle de Cusco, pero la cronología del momento era demasiado vaga. La situación era la siguiente:

The last two periods now distinguishable at Cuzco cover the more or less historic time when Cuzco was under the *Inca* dynasty, from about A. D. 1200 to the coming of the Spaniards about 1532. Between the earlier of these *Inca* Periods and the pre-*Inca* culture of the area is a gap in our chronology of unknown length, during which important changes in art and technology must have taken place. The pre-*Inca* culture is also isolated at the other end, as we know nothing of its cultural antecedents. (Rowe 1946: 198)

Al igual que en "An Introduction to the Archaeology of Cuzco" (1944a) describió la cultura pre-inca Chanapata, aunque lo hizo con mayor detalle indicando sitios, economía, arquitectura, ajuar y cerámica. A diferencia del texto de 1944, Rowe dividió el periodo inca en temprano (1200-1438), en el que se habría dado el gradual establecimiento de la hegemonía inca, y tardío (1438-hasta la llegada de los españoles), que cubre la expansión inca. Asignó al primer periodo la cerámica Killke, estas ideas antes habían sido esbozadas en una Addenda, pero no integradas al artículo. Tras sostener la necesidad de recurrir tanto a la información arqueológica como a la que proveen los documentos, el autor comentó la propia forma de los incas de registrar su historia a través de genealogías, poemas y quipus. Evaluó el listado de reyes incas y propuso que, si bien era difícil establecer una clara separación entre mito e historia, podía aceptarse que el periodo histórico comenzaba en el siglo XV, con un registro más exacto desde el reinado de Pachacuti⁴⁸ cuyo inicio se estimaba en 1438, y en el cual daría comienzo la expansión incaica (Rowe 1946). La combinación de aproximaciones que propuso Rowe no se agotaba en la Arqueología y las

⁴⁸ Este rey inca tendrá, como veremos, un lugar privilegiado en las investigaciones de Rowe.

fuentes, recurrió además a la información etnográfica contemporánea. Tal como explicitó en la sección de recolección dentro del apartado de actividades de subsistencia. Frente a la falta de datos en los documentos Rowe utilizó a modo de reconstrucción la información etnográfica obtenida en Cusco en 1943.

Las dos últimas páginas de este texto casi no tienen desperdicio: bajo el título de "The Inca achievement", Rowe sostuvo una tesis polémica: "modern Indian history begins, not with the Wars of Independence or with the Spanish Conquest, but with the organizing genius of Inca Pachacuti in the 15th century" (Rowe 1946: 329), el imperio inca sería el periodo más significativo de la historia andina porque toda esa cultura fue resignificada y los nuevos patrones continuaron vigentes luego de siglos de dominación española. La situación previa a la conquista inca fue caracterizada como una pluralidad de unidades políticas y lingüísticas, que si bien compartían algunos elementos culturales, se diferenciaban en la complejidad y jerarquía de los grupos. El logro inca habría sido nivelar estas diferencias por encima, por medio de la administración y el intercambio de poblaciones, unificando la lengua y las instituciones. El cambio en la clase dominante, producto de la conquista española, no habría detenido este proceso de unificación. Rowe finalizó su escrito casi como un manifiesto, afirmando que era lícito hablar de una "Inca nation" para un grupo —los hablantes de quechua y aymara de Ecuador, Perú y Bolivia— que "shares a feeling of solidarity and a belief in a common culture, and which regards its language as the symbol of its separate existence", lo que sería "a direct result of the unifying policies of Pachacuti and Topa Inca and its existence in the modern world is their justification, their glory and their fitting monument" (Rowe 1946: 330).

Como vimos, en los textos publicados en 1944 y en 1946 existía una fuerte preocupación de Rowe por cómo se utilizaban los documentos disponibles. En su artículo "Absolute chronology in the Andean area" (publicado en 1945 pero escrito posteriormente a los dos mencionados), se ocupó de discutir la clasificación de las crónicas realizada por Means, propuso

una propia y de ella derivó una cronología histórica de los reyes incas. Pero antes de entrar en los detalles de esta nueva clasificación y sus consecuencias, debemos dar un paso atrás y preguntarnos por qué era importante para Rowe contar con una cronología precisa de la historia inca. La respuesta se encuentra en la introducción de este texto: el autor consideraba que habían tenido lugar grandes avances en la formulación de una cronología andina relativa basada en los estilos cerámicos, pero no se había encontrado aún un método que permitiera transformar esa cronología relativa en una absoluta y por ello los datos absolutos con los que contaban los arqueólogos estaban basados en documentos españoles sobre la historia Inca. Teniendo en cuenta estas condiciones de datación, resultaba indispensable conocer y saber manejar la información histórica. Sin embargo, hasta ese momento sólo Means había logrado interiorizarse en este material y por ello gran parte de las estimaciones de fechas absolutas estaban basadas en su obra. Rowe propuso que el estudio de la historia andina debía ser llevado a cabo por antropólogos⁴⁹ y esto lo argumentó tanto desde los intereses temáticos como desde el conocimiento teórico:

Anthropologist cannot safely leave this sort of study to professional historians, few of whom have either any interest in the pre-conquest period or the theoretical background to interpret descriptions of Indian life and customs. Means monumental summary, *Ancient Civilizations of the Andes*, has become an indispensable handbook for field workers in the region, simply because he is a rare bird, a historian with anthropological training (Rowe 1945: 265)

Rowe sostuvo que a pesar de ser el acercamiento más completo a las crónicas y a la historia inca hasta ese momento, la propuesta de Means tenía dos fallas principales: a) para determinar qué reyes incas realizaron la conquista del

⁴⁹ De manera similar en 1946 había caracterizado su investigación como una etnografía del pasado.

área andina, Means utilizó la información provista por Garcilaso de la Vega, cuando existen cronistas mucho más tempranos que no acuerdan con él en ese punto; b) sus estimaciones de la duración del reinado de cada inca son conjeturas modernas que ignoran el material del siglo XVI. El propósito de Rowe en este artículo fue argumentar que la expansión inca tuvo lugar 250 años más tarde de lo propuesto por Means y, en consecuencia, las fechas arqueológicas debían ser modificadas, alterando no sólo las relaciones absolutas de los periodos arqueológicos sino, en algunos casos, también su posición relativa (Rowe 1945).

El criterio utilizado por Means para clasificar las fuentes fue la actitud de los cronistas hacia los incas, esta división además reflejaría cómo consideraban la expansión inca: para los *garcilarianos* se trataba de un proceso gradual, mientras que para los *toledanos* la conquista se habría dado en los últimos cuatro reinados incas. Rowe sostuvo que Means en realidad clasificó los cronistas según impresiones personales ya que, por ejemplo, Las Casas sería toledano, pero Roman y Zamora –que lo copió– fue catalogado como garcilariano. En su nueva clasificación de las crónicas, Rowe utilizó como criterio si en ellas se sostenía que la expansión inca había tenido lugar antes o después de Pachacuti. Los cronistas que afirmaban que había sido posterior terminaron sus escritos antes del siglo XVII y eran en su mayoría fuentes independientes. Por lo tanto, se encontraban en una situación privilegiada respecto de los documentos posteriores. Entre ellos el cronista más confiable de la cronología de los reyes incas era -según Rowe- Sarmiento de Gamboa⁵⁰, ya que tuvo la oportunidad de consultar a los incas descendientes y la información que provee es respaldada por la mayoría de las fuentes independientes del siglo XVI.

Quizás uno de los puntos más destacables de este artículo sea la claridad con la que Rowe percibió que sus esfuerzos por acceder a una cronología más veraz de los reyes no lo conducen a los hechos tal cual sucedieron sino a una

⁵⁰ El listado de los reyes según Sarmiento de Gamboa es: Manco Capac, Sinchi Roca, Lloqui Yupanqui, Mayta Capac, Capac Yupanki, Inca Roca, Yahuar Huaca, Viracocha, Pachacuti Inca Yupanqui, Topa Inca Yupanqui, Huayna Capac, Huascar y Atahualpa.

versión de los mismos. De acuerdo con el autor, si tenemos en cuenta la variabilidad que puede generar el método de transmisión oral de los incas y las habilidades y posibilidades de los cronistas para registrar la información, sorprende la escasez de discrepancia entre los relatos. Esto le condujo a afirmar que existió una versión oficial de la historia dentro de la tradición inca. La reconstrucción que se lleva a cabo a partir de las crónicas da cuenta entonces de esa "versión estándar", tal como decidió llamarla (Rowe 1945).

En estos tres artículos que hemos analizado se hace manifiesta la exhaustiva comparación de los documentos, la creciente distinción de periodos arqueológicos y la precisión cronológica lograda por la combinación de estas investigaciones. Con ellas, Rowe no sólo contribuyó a una manera de estudiar los incas —que combina la Arqueología y la historiografía— sino que instaló un nuevo estándar de rigurosidad (Burger 2007, Hamel 1969).

Conocimientos lingüísticos y su aplicación (1943-1960)

El empleo por parte de Rowe de herramientas provenientes de los estudios lingüísticos puede apreciarse al menos en tres áreas: en primer lugar, el autor contribuyó al análisis del quechua elaborando un alfabeto fonémico y mediante el estudio de ciertos patrones dialectales; en segundo lugar, utilizó el conocimiento adquirido del quechua para examinar documentos que incluyeran textos en esta lengua y así intentar reconstruir su sentido; en tercer lugar, fue capaz de ir más allá de las aplicaciones particulares para realizar consideraciones metodológicas generales sobre los sistemas de clasificación del lenguaje.

Rowe dio una gran importancia al conocimiento del idioma del área donde se investigaba. Él había estudiado español mientras realizaba su ciclo de grado, y exigía que los estudiantes manejaran el idioma antes de cualquier tipo de trabajo de campo en Perú. Le preocupaba también que el resultado de sus investigaciones fuera accesible para los investigadores y la sociedad peruana en general. Por ello escribió cerca de la mitad de sus trabajos en español, mientras que la mayor parte de sus principales obras escritas en inglés fueron traducidas.

Además del español, cuando se trataba del manejo de fuentes, Rowe sostenía que era indispensable conocer el quechua; sin estas competencias no podrían realizarse aportes al conocimiento de la sociedad incaica⁵¹(Hastorf *et al.* ca. 2004).

A partir de su formación en Arqueología clásica, Rowe desarrolló un interés por los estudios lingüísticos que lo acompañó durante toda su vida. En 1943 publicó, junto a Gabriel Escobar Moscoso, un alfabeto fonémico del quechua, producto de un seminario dictado en Cusco, y cuatro años más tarde se ocupó de la distribución de los dialectos del quechua en Perú, en un artículo titulado "The Distribution of Indians and Indian Languages in Perú" (Rowe 1950). Pero fue su trabajo de 1950, "Sound Patterns in Three Inca Dialects", el que lo convirtió en un especialista en quechua, una de las investigaciones más tempranas en su tipo y que sentó las bases para las indagaciones posteriores (Hamel 1969, Maclay 2004, Schreiber 2006). En él, Rowe retomó su trabajo de 1943, aunque señaló que el avance en la investigación lo dejó desactualizado en algunos aspectos y mencionó como antecedentes al tema de indagación las obras de Harrington y Valcárcel y de Pike. Según el autor, el quechua debe su amplia distribución a la acción del imperio incaico y a su posterior adopción por los misioneros católicos, que lo impusieron incluso en áreas donde el Imperio no había llegado. Por este motivo, resulta más probable que los dialectos actuales deriven de la lengua hablada en Cusco en el siglo XVI, a la que Rowe propuso llamar "Inca clásico", antes que de antiguas diferencias locales⁵². El acceso a este dialecto está mediado por los escritos de Diego Gonzalez Holguin y Francisco de Ávila, y la ortografía hispanizada con la que ha sido registrado oscurece los patrones de sonidos, lo cual habría imposibilitado su uso para comparaciones lingüísticas o estudios filológicos.

⁵¹ Sumado al español y al quechua, Rowe había estudiado latín y griego como parte de su formación en Arqueología, y tenía un conocimiento básico de francés y alemán; de hecho, hizo un diccionario de términos de Arqueología en este último idioma para sus estudiantes (Schreiber 2006).

⁵² Rowe compara esta situación con la del griego, ya que los dialectos actuales derivarían del Koine y las diferencias más antiguas se habrían perdido.

Rowe realizó un estudio comparativo de los patrones de sonido de los dos dialectos locales más importantes por su distribución actual, los de Cusco y Ayacucho, con el fin de reconstruir a partir de ellos un modelo que le permitiera interpretar el material documental (Rowe 1950).

Tres años más tarde, mediante la comparación de copias y gracias a su conocimiento de fonología inca y de la ortografía colonial, reconstruyó una serie de rezos incas en el artículo titulado "Once oraciones inca del ritual del zithuwa". En este trabajo, Rowe reconstruyó la figura de Wiraqocha, el dios creador, cuya veneración habría tenido su inicio con la reorganización puesta en marcha por Pachacuti. La principal dificultad para llevar a cabo esta investigación radicaría en que, tras la conquista, los cronistas se centraron en los cultos locales, que eran los que ofrecían mayor resistencia para la conversión. Por ello, el culto al creador es uno de los aspectos menos conocidos de la religión inca. Según Rowe, la mejor fuente para este tema es un escrito de Molina, fechado en 1575, en el que se informa de un ritual y se proporciona el texto original y una traducción de once oraciones que eran parte de él y tenían la finalidad de invocar a Wiraqocha. Sin embargo, el original se ha perdido y en su lugar se encuentra disponible una copia maestra en Madrid y cuatro copias del siglo XIX en Estados Unidos.

Los intentos de reconstrucción precedentes –Castro en 1921, Rozas 1937 y Farfán Ayerbe 1945– comparten, según el autor, un defecto común: reconstruyen las oraciones sobre la base del moderno dialecto de Cusco, asumiendo que desde el siglo XVI no ha habido cambios en el idioma. Por el contrario, Rowe sostuvo que existían evidencias de tales cambios y para su interpretación de las oraciones asumió que: a) la traducción de Molina al castellano era fiel al significado original y b) que los errores del autor de la primera copia son producto de su transcripción letra por letra, que en algunos casos, por ejemplo, combinó letras adyacentes. Rowe procedió en su reconstrucción comentando los pasajes más dudosos, realizando la transcripción con la ortografía que propuso en su ya comentado artículo de

1950 y finalmente brindó una traducción literal, a partir de la cual obtuvo nuevos datos de Wiraqocha y de la religión oficial inca: los pedidos que se realizaban eran de carácter general y primaban las solicitudes de mantener la paz y seguridad. Este minucioso examen le permitió además discutir la interpretación de autores que sostenían que ciertos conceptos de las oraciones eran derivaciones de los del cristianismo.

El trabajo sobre las once oraciones fue retomado en 1960 en "Los orígenes del culto al creador entre los incas", donde Rowe se ocupó de discutir las interpretaciones que atribuían este culto a la tradición nativa del área andina, que habría sido luego heredada por los incas. El autor sostuvo, por el contrario, que las declaraciones de los incas interrogados y la evidencia interna del mito respaldaban la tesis de que el culto al creador se inició tras la expansión Inca. Para demostrarlo, analizó el relato del mito y notó que ciertos episodios claves tuvieron lugar en áreas muy distantes de Cusco, como Tiahuanaco y Manta, con las que se estableció un contacto permanente recién en el reinado de Pachacuti. El culto al creador sería entonces el resultado de la selección y combinación de fragmentos de la mitología local para conformar un relato de creación general, porque:

La diversidad de los mitos de origen no planteó dificultades mientras que las aldeas estuvieron política y religiosamente independientes, pero tendría que convertirse en un foco de preocupación para cualquier reformador que intentase elaborar una teología general comprensiva para toda el área (Rowe [1960b] 2003: 147)

En este punto, el autor discutió otra hipótesis con la que se encontraba en desacuerdo, la cual proponía que el culto completo fue tomado de la mitología aymará, dado que algunos episodios claves habían ocurrido en territorios donde primaba esa lengua. Para demostrar que no existe evidencia de un ser supremo en la mitología aymará, Rowe se valió de los relatos de Ramos Gavilán y el diccionario de Bertonio. Concluyó que el mito de la creación era una

compilación tardía que readaptó elementos locales e incorporó elementos nuevos —la idea de un ser supremo y de una creación general— para los que no se conocían antecedentes.

Tras analizar el relato, Rowe se ocupó de los nombres con que era designado el creador y de la información que los incas aportaron acerca de este culto. En cuanto a lo primero, estableció que las palabras que se utilizaban eran descriptivas, a excepción de Wiraqocha —término imposible de ser analizado, incluso para los propios incas— que no sólo designa el nombre del creador sino a toda una clase de seres sobrenaturales. Al analizar la información que los incas brindaron al respecto, Rowe examinó sus leyendas acerca de los tiempos antiguos para hallar qué elementos del mito del creador estaban presentes y cuáles no. A partir de ello, reforzó su hipótesis según la cual el culto al creador se inició con la reforma religiosa de Pachacuti:

Algunos años después de la guerra chanca, cuando Pachakuti había conquistado todo el territorio de Cuzco y se dirigió al problema de organizar una administración imperial, decidió que también era necesario construir una religión del estado. Con este fin reguló los cultos existentes, construyó nuevos templos, estableció ceremonias públicas y decretó sacrificios periódicos. Sin embargo el proyecto hizo surgir problemas teológicos y Pachakuti los consideró debidamente (...) El argumento teológico de Pachakuti refleja el concepto del poder imperial que él estaba desarrollando (Rowe [1960b] 2003: 156-157)

La reforma religiosa fue parte de las nuevas instituciones centrales que tenían la finalidad de integrar las diversidades locales. De esta manera, el culto al creador habría sido una idea original a la que se le añadieron detalles secundarios de las fuentes locales y cuya finalidad era “satisfacer las nuevas condiciones creadas por sus [de los incas] conquistas exitosas” (Rowe [1960b] 2003: 158)

En “Los grados de edad en los censos incaicos” – presentado en el XXXI Congreso Internacional de Americanistas en 1954 y publicado en 1958– examinó la terminología y la estructura del sistema de grados de edad. Al comienzo del artículo Rowe se lamentaba de que los cronistas no hubieran registrado más información de “importancia funcional” sobre las instituciones. Su objetivo era reunir todos los datos disponibles sobre una institución específica: el censo inca, que integraba la clasificación decimal de las unidades administrativas y el impuesto en trabajo. El problema que se planteó Rowe fue establecer cuántos grados de edad se diferenciaban en los censos y cómo se definían. Para esto comparó los términos nativos citados en diversas fuentes producidas por Cieza de León, Polo de Ondegardo, Cobo, Garcilaso, Murúa, Guaman Poma y tres relatos de Castro, Fernando de Santillan y uno anónimo (estos dos últimos parecen derivar del de Castro)⁵³. Como resultado de este análisis, Rowe sostuvo que el principal criterio de clasificación del sistema era la habilidad para trabajar. Habría cinco categorías principales –anciano, viejo, maduro, joven y adolescente–, a lo que se sumarían dos términos para los niños que permiten diferenciar a quienes pueden realizar algún tipo de tarea y un término para las personas incapacitadas. Quedaría conformada entonces una clasificación de ocho grados. Pero es probable que, buscando consistencia con el sistema decimal, se hubieran incorporado dos divisiones más (presumiblemente entre los niños, de acuerdo a la información aportada por Guaman Poma), y además estimó que se diferenciaba entre hombres y mujeres. Con respecto a qué términos se utilizaban para cada categoría, Rowe propuso que no hubo una lista estándar sino que las categorías podían derivarse del lenguaje común de las distintas zonas, y sostuvo que la búsqueda de una terminología estándar se encontraba impulsada por ideas previas del investigador basadas en las propias prácticas y preocupaciones derivadas de la tradición europea (Rowe [1958] 2003).

⁵³ La comparación sistemática de Rowe no sólo resulta de interés para el tema específico de los grados de edad sino también en lo que respecta a la relación entre los cronistas, sus fuentes de información y los casos de copias.

En la Universidad de California, Rowe desarrolló fuertes lazos con colegas lingüistas y continuó la tradición de Alfred Kroeber de una Lingüística descriptiva y antropológica (Hamel 1969, Maclay 2004, Schreiber 2006). Algunos fundamentos teóricos de esta posición pueden encontrarse en "Linguistic classification problems in South America" (1954), un trabajo presentado en el Simposio de American Indian Linguistics que tuvo lugar en Berkeley en 1951 y en un artículo publicado en 1955, junto a Jerome Lackner bajo el título de "Morphological similarity as a criterion of genetic relationship between languages". En estos trabajos, Rowe llevó a cabo una revisión de la polémica sobre el criterio adecuado –morfológico o lexicológico– para realizar una reconstrucción histórica. Debate que se habría iniciado cuando Boas, a partir de su comparación de los idiomas en la costa norte de Norteamérica, encontró que las semejanzas en el vocabulario sugerían una clasificación distinta a la que indicaban las similitudes morfológicas. Frente a esta situación Boas concluyó, bajo los principios de la difusión a gran escala, que las lenguas tienen raíces múltiples y no es posible realizar una clasificación genética simple. Por su parte, Kroeber optó por el criterio lexicológico que permitiría una clasificación preliminar y que, al acentuar las semejanzas fonéticas, posibilitaba un trabajo histórico detallado (a esta posición adhirió Rowe). Sapir defendió el criterio morfológico y lo utilizó para su clasificación de las lenguas nativas norteamericanas. Rowe consideró que, si bien el modelo de Sapir era sumamente útil, debían evitarse las inferencias históricas a partir de él. Sostuvo que era necesario que los etnólogos y arqueólogos pudieran evaluar los métodos de clasificación de los lingüistas, instándolos a explicitar en sus publicaciones cómo habían arribado a las conclusiones que exponían (Rowe 1955).

La construcción de un marco teórico-metodológico para el estudio de la Arqueología andina (1950-1964)

Rowe realizó campañas arqueológicas intensivas durante la década de 1950 y la primera mitad de la de 1960. Los resultados de las mismas fueron

articulados con la información ya conocida en un esquema que daba cuenta del devenir de las culturas andinas, desde 700ac hasta la conquista española. Para ello tomó categorías y metodologías existentes, las desarrolló aún más e incluso las aplicó a nuevas regiones, fundamentando teórica y empíricamente su implementación.

En 1950 Rowe publicó en *American Antiquity* una reseña de la obra de Wendell C. Bennett y Junius Bird sobre historia cultural andina. Un año después tuvo que hacer algunas aclaraciones al respecto, ya que había reconstruido el desarrollo de las ideas de Bennett –sobre la división espacial andina– pasando por alto un caso en el que el año de publicación no coincidía con el de redacción. Por ende, afirmaciones que Rowe consideró posteriores en realidad habían sido previas. Situando los escritos en el orden correcto, Bennett llevaba al extremo –en lugar de relativizar, como había creído Rowe en un primer momento– las ideas de la unidad cultural peruana y de evolución cultural. Estos conceptos se habían aplicado en el marco del Proyecto del valle Virú (1946)⁵⁴, ubicado en la costa norte de Perú. En 1948, luego de las investigaciones de campo, los resultados se discutieron en una reunión organizada en New York, y se propuso un nuevo esquema cronológico.

Rowe criticó dicho esquema y sostuvo que muchos de los cambios de perspectiva ocurrían por la propia formación e ideas previas del arqueólogo y no por contar con nuevos datos. Para el autor, cuantas menos de estas ideas estuvieran implicadas en un sistema de clasificación, más flexible y duradero sería el sistema. El esquema cronológico previo de Uhle-Kroeber tenía estas características, mientras que el propuesto en 1948 se encontraba colmado de

⁵⁴ Este proyecto fue propuesto por el Institute of Andean Research de Nueva York en cooperación con el Instituto de Estudios Etnológicos de la Universidad Mayor de San Marcos. Se buscaba un acercamiento interdisciplinario mediante la realización de estudios geográficos, arqueológicos y etnográficos. Entre los arqueólogos que formaron parte del proyecto se encontraban: Julian Steward y F. Mac. Bride, del Institute of Social Anthropology de la Smithsonian Institution; Wendell C. Bennett, de la Universidad de Yale; William Duncan Strong, de la Universidad de Columbia; Gordon L. Wilkley, del Bureau of American Ethnology de la Smithsonian Institution; Junius Bird, del American Museum of Natural History y Jorge C. Muelle del Instituto de Estudios Etnológicos de la Universidad Mayor de San Marcos (Fernando Silva-Santisteban 2002).

asunciones sobre el proceso cultural. A pesar de no adherir a su cronología, Bennett retomaba de Kroeber el concepto de áreas culturales (unidades de desarrollo histórico), al que Rowe se opuso porque implicaba aceptar un considerable grado de orden y dirección en la historia de la cultura que él no compartía (Rowe 1951).

Entre 1954 y 1955, junto a sus discípulos, Rowe llevó a cabo un proyecto de trabajo arqueológico auspiciado por la Universidad de California. Se realizaron campañas en Cusco y en Ica en la costa sur, que fueron principalmente de exploración –aunque se hicieron dos excavaciones en la costa– y se utilizaron además las colecciones de cerámica de los museos en Estados Unidos. Los integrantes del proyecto que tuvo a Rowe como director fueron: Dorothy Menzel, Francis A. Riddell, Dwight T. Wallace, Lawrence E. Dawson y David A. Robinson. Además, en la exploración de Cusco participaron Oscar Núñez del Prado y Manuel Chavez Ballón, de la Universidad Nacional de Cusco y en la costa Alejandro Pezzia, del Museo Regional de Ica (Rowe 1956).

El diseño del programa consistía en asignar a cada integrante un problema de investigación que pudiera ser relacionado con los otros y con el trabajo previo en la zona. La formulación de los problemas dependió de los intereses y experiencias pasadas de los integrantes del proyecto, de las oportunidades de colaboración con colegas peruanos y de la posibilidad de combinar las investigaciones de campo con el estudio de las colecciones en los museos –especialmente con la de Uhle en la Universidad de California–. Los proyectos quedaron delineados de la siguiente manera: 1) desarrollo de una cronología detallada de los diseños de la cerámica de Nazca que permitieran un fechado relativo aproximado del material presente en los museos y del recogido en el campo (asignado a Lawrence E. Dawson); 2) distinción de los estilos regionales de la cerámica generalmente considerada como perteneciente al Horizonte de Tiahuanaco (asignado a Dwight T. Wallace); 3) definición y relaciones cronológicas de los estilos de la cerámica post-Tiahuanaco en la costa

del sur (asignado a Dorothy Menzel y David A. Robinson); 4) extensión de la secuencia cronológica en Cuzco (que llevó a cabo el mismo Rowe) (Rowe 1956).

Se esperaba que todos estos problemas de investigación contribuyeran de alguna manera a una mayor comprensión de los orígenes de la cultura incaica y del impacto que la conquista inca tuvo en las culturas locales. Los resultados de las investigaciones arqueológicas fueron contrastados con la información proporcionada por documentos históricos y observaciones etnológicas (Rowe 1956). Este periodo de trabajo de campo suministró el material para precisar cada vez más las cronologías de cerámica andina, y su estudio implicó el replanteo de las herramientas de análisis. Entre 1958 y 1962 Rowe escribió cuatro artículos que revisaban conceptos claves de la Arqueología y su aplicación. Como producto de ellos quedó delineado un nuevo marco teórico-metodológico para el estudio de la Arqueología andina. "Tiempo, estilo y proceso cultural en la arqueología peruana" fue escrito en Cusco en 1958 y publicado el mismo año en la revista de la Universidad de San Marcos. Le siguieron dos artículos publicados en *Southwestern Journal of Anthropology* que habían sido presentados, en forma de versiones preliminares, en las reuniones anuales de la Kroeber Anthropological Society (KAS): en 1959 "Archaeological dating and cultural process" y en 1962 "Stages and periods in archaeological interpretation". También en un encuentro de la KAS, en 1962, se presentó un trabajo que apareció ese mismo año en *American Antiquity* bajo el título de "Worsaae's law and the use of grave lots for archaeological dating".

En "Tiempo, estilo y proceso cultural en la arqueología peruana" Rowe propuso un marco de interpretación general para la información arqueológica con la que se contaba hasta el momento. El mismo contiene principios metodológicos y elecciones teóricas que son trabajadas en detalle en los escritos siguientes. El autor sostuvo que, si bien era necesario continuar con las exploraciones arqueológicas cuyos resultados seguramente afectarían cualquier intento de sistematización, el efecto que habían tenido los descubrimientos de los diez años precedentes sobre las explicaciones existentes ameritaba la

formulación de una nueva interpretación general, para la cual resultaba imprescindible el establecimiento de una cronología precisa porque sólo a través de ella se podría acceder a los procesos culturales. En palabras de Rowe:

El problema fundamental de la interpretación arqueológica es la cronología. Los acontecimientos del pasado tienen un interés meramente anecdótico si los observamos sólo en forma aislada; en cambio, cuando los vemos en su orden cronológico, su significado se enriquece y nos enseñan algo de los procesos culturales que reflejan (Rowe 1958: 79)

Por ello el objetivo del trabajo era:

Determinar el tiempo a través del estilo para poder estudiar los acontecimientos del pasado en su orden cronológico original y ver los procesos culturales que estos acontecimientos ordenados constituyen (Rowe 1958: 82)

A continuación, Rowe enumeraba los presupuestos básicos de una "cronología arqueológica" en base a estilos decorativos: a) en un momento determinado cada cultura tiene un estilo más o menos homogéneo, b) todo estilo se modifica constantemente; las unidades estilísticas se establecen en base a asociaciones estratigráficas, pero cuando éstas no abundan —como es el caso de Perú— se recurre a la seriación. Esto significa que (bajo el supuesto de que el desarrollo de los estilos es gradual) se ordenan las unidades de acuerdo a su similitud; sin embargo la seriación no permite saber cuál es el extremo anterior, por lo tanto es necesario contar con datos estratigráficos o históricos para este punto. Respetando estas consideraciones se obtiene una cronología relativa que posibilita establecer qué elementos son más antiguos o cuáles son más recientes, y el objetivo final es transformarla en una cronología absoluta (Rowe 1958).

Para la cronología relativa Rowe partió de la aparición de la cerámica⁵⁵ y utilizó una subdivisión ya existente que distinguía momentos de unificación (Horizontes) con intervalos de diversificación (Periodos) entre ellos. En lo que respecta a los mecanismos para realizar el pasaje de una cronología a otra, Rowe sentó una posición que aún hoy mantienen algunos de sus discípulos. Existen dos métodos para determinar la fecha absoluta: el radiocarbónico⁵⁶, que se aplica al periodo preincaico, y de allí en adelante corresponde utilizar el método histórico. La cronología con fechas absolutas queda establecida de la siguiente manera:

	Estilo	Fecha	Método
Periodo Inicial ⁵⁷			Radiocarbono
Horizonte Temprano	Chavín y Paracas	700 ac - 100 dc	
Periodo Intermedio Temprano	Moche/Mochica y Nasca		
Horizonte Medio	Tiahuanaco	950 dc - 1200 dc	
Periodo Intermedio Tardío	Chimú, Inca		Histórico
Horizonte Tardío	Imperio Inca	1440 dc - 1539 dc ⁵⁸	

Este esquema, que busca ser un nexo entre los estilos y la cronología absoluta, haría posible discutir problemas cronológicos sin confundir tiempo, estilo y proceso cultural. Para dar mayor precisión al esquema se recurre a la secuencia del valle de Ica, que era en ese momento la que se conocía en mayor detalle. Rowe finalizó este artículo insistiendo nuevamente en la importancia cultural de la conquista inca, aunque esta fue la primera vez que extendió su influencia desde el sur de Colombia hasta el noroeste argentino.

⁵⁵ Rowe (1958) sostiene que la división pre-cerámica y cerámica es metodológica, que no implica un cambio cultural radical, sencillamente cuando hay cerámica la cronología se hace en base a ella y cuando no se recurre a otros materiales.

⁵⁶ El método de datación por radiocarbono fue desarrollado en 1949 por Willard Frank Libby. Rowe se familiarizó tempranamente con este método (Rowe 1953) y lo implementó en sus investigaciones, pero siempre de un modo secundario, manteniendo la cronología relativa (realizada a partir de estilos de cerámica) como la base de sus argumentos.

⁵⁷ Casi no se tiene información de este periodo. Su existencia es básicamente un punto de partida acordado por razones metodológicas.

⁵⁸ Desde el inicio aproximado de la conquista Inca hasta la derrota del último ejército numeroso de los Incas, en la provincia de Charcas.

La expansión militar de los Incas y la formación de su Imperio trajeron como consecuencia una serie de cambios importantes en la cultura Inca destinados a adaptarlo a las nuevas necesidades y oportunidades. En parte, los Incas aprovecharon las ideas e instituciones de los pueblos que ellos habían dominado, en todas partes de la región andina; así, hasta cierto punto, la Cultura Inca Imperial llegó a ser una cultura andina generalizada. Pero además, los Incas crearon muchas Instituciones nuevas y originales, sin más base que su propia tradición cultural y las nuevas necesidades, como hicieron, por ejemplo, con la invención de una contabilidad compleja a base del quipu. La cultura Inca del Imperio, es al mismo tiempo, una cultura andina, cuzqueña, y original (Rowe 1958: 93)

La precisión de la cronología relativa y la utilidad de una secuencia maestra como la del valle de Ica fueron discutidas en "Archaeological dating and cultural process". En este trabajo, Rowe sostuvo que la aplicación de los métodos de datación relativa de la Arqueología clásica en el área de Perú, impulsada por él mismo desde 1952, había resultado altamente efectiva. No obstante, en cuanto a la precisión, comparó las unidades de tiempo de 150/200 años que se manejaban en Perú con las de 25/30 años que se habían alcanzado en Grecia, aspirando a lograr una precisión similar. Rowe identificó una diferencia en la forma de establecer la cronología relativa entre Grecia, donde se estudiaban piezas individuales, y América, donde se trabajaba con tipos. Propuso que las desventajas de esta última forma de datación podían superarse si se utilizaban rasgos significativos como unidad de estudio en lugar de los tipos. Retomó entonces la idea de que mejorar la precisión de la datación permitía comprender mejor los procesos culturales, y citó como ejemplo el trabajo realizado por Menzel, su discípula, con los estilos de cerámica del valle de Ica. De manera muy sintética podemos decir que el avance producto de esta investigación consistió en identificar una fase pre-inca, otra contemporánea a la ocupación inca y una tercera ubicada en el período colonial temprano, en lo que

antes había sido un periodo homogéneo de 190 años (1370-1560). Esta distinción hizo posible notar que la tradición artística de Ica se había visto muy afectada por la influencia Inca durante su ocupación, pero que durante la conquista española se había producido un resurgimiento del estilo local (Rowe 1959).

La justificación teórico-metodológica de la utilización de periodos en la cronología fue desarrollada por Rowe en "Stages and periods in archaeological interpretation"⁵⁹. En este trabajo se ocupó de distinguir dos tipos de unidades a partir de las cuales se habían organizado los materiales arqueológicos para luego ser interpretados en términos de cambio cultural: las *etapas*, unidades de semejanza cultural, y los *periodos*, unidades de contemporaneidad. Las primeras se establecen por compartir uno o más rasgos que han sido previamente asignados como diagnósticos para determinada etapa y se supone que se dan en un orden fijo, el cual, durante los siglos XVIII y XIX, se deducía a través de la teoría del progreso. Rowe propuso abandonar el sistema de etapas, aunque consideraba que sería una tarea difícil porque estaba muy enraizado en Arqueología y porque en muchos casos, incluso cuando la intención era utilizar otro sistema, se producía sólo un cambio de nombre, dejando inalterados los supuestos detrás de la idea de etapas –las interpretaciones culturales que resultaron del Proyecto Virú ejemplificarían este punto– (Rowe 1962b).

Sobre todo el autor criticó la conjunción de la idea de etapas con la teoría de la evolución cultural, que suponía que la humanidad se desarrollaba a través del tiempo en etapas uniformes de las cuales la más avanzada era la cultura occidental contemporánea. Rowe consideraba que esto era un "atajo" para la interpretación cultural. El sistema de etapas le resultaba tan inadecuado que incluso llegó a decir: "the source of the long continued popularity of complex stages as aids to archaeological interpretation lies in man's persistent hope of getting something for nothing" (Rowe 1962b: 43).

⁵⁹ Si bien existe una traducción de este artículo realizada por Luis Orquera, la misma no ha sido publicada. En consecuencia, las citas textuales serán realizadas del original. La traducción puede ser consultada en la sección de apuntes de la biblioteca del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti.

En cambio, mediante el sistema de periodos se busca identificar la contemporaneidad sin importar cuán diferentes sean dos unidades culturales, por medio de: a) fechas absolutas de radiocarbono; b) un estilo particular de artículos de comercio, en asociación repetida con un estilo particular de objetos locales, que puede observarse por ejemplo en las tumbas y c) influencias demostradas de un estilo sobre otro. En 1903, Uhle organizó los resultados de sus exploraciones arqueológicas en Perú y Bolivia en un sistema de seis periodos. Dos décadas más tarde, Kroeber emprendió la revisión de la obra y las colecciones de Uhle reformulando aquel sistema. Kroeber lo abandonó posteriormente por considerar que los datos que extendían las secuencias hacia atrás en el tiempo daban cuenta de la ineficacia del modelo. Para Rowe, sin embargo, sólo era necesario realizar algunos ajustes.

El problema que se presentaba para Rowe (1962b: 48) en esos años era “el ritmo de la difusión de la influencia unificante de los horizontes”. En la época de Uhle, e incluso en la de Kroeber, las secuencias locales eran tan amplias que enmascaraban los distintos ritmos de llegada de esta influencia. El trabajo de Rowe y sus discípulos para precisar cada vez más las secuencias —llegando a subdivisiones del lapso de 40 años— permitió identificar diferencias temporales en la difusión de los rasgos. Por lo tanto, la mera pertenencia al horizonte no podía ser ya tomada como indicio de contemporaneidad y aquí aparece nuevamente la importancia de la secuencia maestra. De hecho, a partir del desarrollo teórico que Rowe realizó en este artículo se comprende mejor la necesidad de relacionar el sistema de periodos con una secuencia bien conocida para aumentar la precisión de una datación relativa anclada en la contemporaneidad. Un mayor control de esta datación permitiría identificar los ritmos de la difusión de rasgos culturales, determinar su dirección e incluso el área de origen⁶⁰ (Rowe 1962b).

⁶⁰ Además, basado en el supuesto de que las personas imitan a quienes respetan, Rowe creía que sería posible aportar información sobre las relaciones de prestigio —esto ya lo había anunciado en su texto de 1959— (Rowe 1962).

Una de las formas de establecer la contemporaneidad entre dos unidades culturales fue retomada por Rowe en "Worsaae's law and the use of grave lots for archaeological dating" (1962c). En 1843, Worsaae sostuvo que los objetos que se encontraban en un entierro generalmente habían estado en uso al mismo tiempo⁶¹. Este principio tiene como presupuesto que los objetos eran colocados sólo al momento del entierro y que habían sido poseídos por el ocupante de la tumba o sus allegados. Rowe examinó el primer presupuesto y afirmó que en la sierra andina existía evidencia de renovación de ofrendas en las tumbas, en algunos casos con una continuidad de 200 años. Por lo tanto, resultaba necesario determinar las costumbres de entierro en el área y el periodo que se quería estudiar antes de considerar la aplicación de la ley de Worsaae. Sobre el segundo presupuesto —y aquí dio un paso más en la determinación de contemporaneidad—, Rowe propuso que podía ampliarse la idea de que los objetos depositados en la tumba hubiesen sido utilizados en los mismos años y considerar que también habían sido creados en la misma época. En este punto Rowe asumía que las herencias y antigüedades no eran muy comunes y que por lo tanto, analizando un número considerable de entierros, era posible establecerlas como excepciones al patrón de asociaciones que prevalecía. La utilidad de esta herramienta radicaría en que: a) cuando todavía no se dispone de una secuencia estilística para el área, las asociaciones en enterratorios se pueden utilizar para comprobar secuencias sugeridas por otras evidencias y b) si ya se ha establecido una secuencia, los enterratorios pueden aportar evidencia para ampliar la clase de materiales incluidos (Rowe 1962c).

A través de los cuatro textos que comentamos, Rowe estableció su interés de investigación y el modelo teórico-metodológico para llevarlo a cabo: para dar cuenta del proceso cultural es necesario establecer una cronología de los hechos, relativa primero para luego intentar convertirla en absoluta. Rowe reelaboró la cronología relativa existente a partir de la secuencia de estilos

⁶¹ Hamel (1969) ha destacado la habilidad de Rowe para combinar sus propuestas con una clara historización del tema en cuestión, específicamente ha notado este despliegue en "Stages and periods in archaeological interpretation" y en "Worsaae's law and the use of grave lots for archaeological dating".

cerámicos. Con el fin de tornar esa cronología en absoluta recurrió a la datación radiocarbónica para el periodo previo a la expansión inca, y de allí en adelante se basó en los documentos históricos, pero para poder utilizarlos primero los reclasificó y propuso una cronología de los reyes incas. Como nexo entre las dos cronologías reconstruyó el sistema de horizontes y periodos basado en la contemporaneidad —afinando los métodos para establecerla— y aumentó su precisión enlazándolo a una secuencia maestra (Ica).

En 1963 Rowe publicó "Urban settlements in Ancient Peru" en el primer número de la revista *Ñawpa Pacha*. En este trabajo describía diferentes tipos de asentamientos urbanos, a los que clasificó en categorías de acuerdo a las actividades que realizaban sus habitantes y a la vinculación con las poblaciones rurales de la zona. Para dicho estudio empleó el método de datación por radiocarbono, pero el eje que guió su reconstrucción fue la cronología relativa elaborada por él mismo. Una situación similar se presentó cuando, en 1967, Rowe y Menzel publicaron *Peruvian Archaeology: Selected Readings*, una reimpresión de 23 artículos sobre arqueología peruana. La compilación reflejaba el incremento y los avances en las investigaciones en la década precedente y además daba cuenta de la preeminencia de la revista *Ñawpa Pacha* como instrumento de circulación de los estudios más recientes. Muchos de los artículos eran producto o continuación de las investigaciones llevadas a cabo en el proyecto de 1954-1955 y su presentación fue organizada según el sistema de periodos formulado por Rowe (Richardson 1969).

En los cuatro textos teóricos mencionados aparecen, de forma más o menos explícita, referencias a la difusión de rasgos culturales. Rowe sostuvo que al precisar la datación podían identificarse distintos ritmos en la difusión y así determinar su dirección. Además, consideraba que el cambio cultural partía desde un acto de un individuo que era luego difundido por imitación y asumía que las personas imitan a quienes respetan. Por lo tanto, al precisar la cronología podrían realizarse inferencias sobre las relaciones de prestigio, los valores de la población y la organización de jerarquías sociales (Rowe 1959,

1962b). Sin embargo, la adhesión de Rowe a las ideas difusionistas no era incondicional, y en 1964 escribió un artículo titulado "Diffusionism and Archaeology" –publicado en 1966– que discutía las investigaciones que utilizaban estas ideas en aquellos años⁶². El autor se oponía específicamente a los casos en los que se planteaba la difusión a "larga distancia", es decir, las relaciones transpacíficas o el contacto entre Mesoamérica y los Andes Centrales. El artículo contenía entonces críticas a una forma específica de aplicar las ideas difusionistas durante la década de 1960 (Rowe 1966a).

Rowe sostuvo que los investigadores del momento evitaban explicitar los principios básicos sobre los que se apoyaban sus argumentos, lo cual los conducía a: 1) tratar sólo los parecidos culturales que apoyan sus tesis; 2) evitar el establecimiento de la distribución total de los rasgos comparados y 3) el desentendimiento de evidencia histórica y etnológica. Los términos en los que Rowe desplegó sus argumentos son sorprendentemente agresivos. Las críticas del autor suelen centrarse en el examen exhaustivo de la investigación reseñada y no en el desprestigio de sus defensores. Pero en este caso parece ser ese el objetivo, ya que afirmó que los difusionistas viven en un "science-fiction world" o se refirió a las "fantasies which require us to start with our conclusions and use them to deform the evidence". Casi como una sátira, Rowe enumeró 60 rasgos culturales compartidos por las culturas del área Andina antigua y las del Mediterráneo anteriores a la Edad Media, que evidenciarían –en los términos de las investigaciones cuestionadas– un contacto entre las mismas. A partir de este ejemplo, el autor argumentó que una serie de parecidos culturales entre dos áreas distantes no demuestra que haya existido contacto entre ellas; esto debe probarse arqueológicamente mediante la identificación de puestos comerciales o la aparición repetida de objetos de intercambio y, de ser posible, con la información provista por registros históricos (Rowe 1966a).

⁶² Ocurre con este artículo algo similar a lo ya comentado para "Stages and periods in archaeological interpretation". Existe una traducción de Osvaldo Chiri que hemos consultado pero que no utilizamos para las citas textuales porque no ha sido publicada. La misma se encuentra en la sección de apuntes de la biblioteca del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti.

Rowe cuestionó el desarrollo de las investigaciones difusionistas no sólo en sí mismas sino por el efecto que tendrían en la Arqueología en general:

The most serious reason for concern about the current activities of the doctrinaire diffusionists is that they are not only avoiding general theoretical problems themselves but are also discouraging the development of general and comparative studies in archaeology (...) the assumptions of the diffusionists undermine the very foundations of comparative study. If all the world can be linked in a single one way chain of diffusion, comparison is unnecessary. Why compare the rise of civilization in Mesopotamia, China, Mexico, and Peru if China received all its significant ideas from Mesopotamia, Mexico from China, and Peru from Mexico (or Peru from Ecuador from Japan)? (Rowe 1966a: 337)

Aquí Rowe resaltaba la importancia de los estudios comparativos; de hecho, por esos mismos años escribió un artículo —que trataremos en las próximas páginas— sobre los orígenes de la Antropología, donde situaba la comparación como elemento fundacional y distintivo de la disciplina.

Las críticas de Rowe fueron contestadas por Stephen Jett y George Carter (1966), quienes en primer lugar expresaron su rechazo a los términos peyorativos con los que el autor se refirió en su artículo a los difusionistas. Propusieron que Rowe limitaba demasiado qué podía considerarse evidencia, además de mencionar que el autor exageraba el efecto del difusionismo sobre los estudios comparativos. Dos años más tarde, Patricia O'Brien realizó un balance de esta polémica y sostuvo que el estado del conocimiento y los métodos existentes en ese momento no permitían establecer la veracidad de las hipótesis difusionistas sobre el contacto transoceánico y, por lo tanto, aceptarlas constituía un "acto de fe". Sugería además que la hipótesis de Meggers, Evans y Estrada sobre pescadores japoneses en la costa de Ecuador habría sido la razón desencadenante del ataque de Rowe al difusionismo (O'Brien 1968).

Teoría y método en Antropología (1944-1966)

Nos referiremos en primer término a dos trabajos que han pasado casi desapercibidos en la obra de Rowe y que, sin embargo, pensamos que merecen mencionarse por dar cuenta de ciertos posicionamientos del autor con respecto a la manera de llevar a cabo una investigación. Luego, a partir de trabajos de índole más teórica, examinaremos la tesis del autor, que ubica las raíces de la Antropología en el Renacimiento.

Comencemos entonces con dos trabajos técnico-metodológicos tempranos: "Métodos y fines del estudio folklórico", publicado en 1944 en *Waman Puma*, y "Technical Aids in Anthropology: A Historical Survey" de 1953 en *Anthropology Today*. En el primer artículo Rowe trazó la historia de los estudios folklóricos, desde el movimiento romántico del siglo XVIII hasta su consolidación como rama especializada de la Antropología, cuyo interés sería el origen, la historia y la distribución geográfica de distintas tradiciones orales. Tras esta definición encontramos un comentario respecto de la utilización de los estudios folklóricos como impulsores de movimientos nacionales, ya sean literarios o políticos:

Tales aplicaciones de los resultados de los estudios folklóricos a la vida nacional son completamente legítimas, si se hacen a base de buenos trabajos científicos de recolección y análisis de las materias primas. Lo que habrá que condenar es el uso de materiales mal coleccionados para sostener teorías sociales aceptadas sin mayor fundamento crítico, o para remediar la falta de ideas originales de personas que quieren pasar por literatos sin la disciplina y el trabajo que esta rama del arte requiere" (Rowe 1944b: 22)

A lo largo de este trabajo Rowe expuso sus consideraciones sobre el correcto uso de las técnicas de registro y la relación con informantes e intérpretes; luego, enfatizó la necesidad de "separar" la descripción de las conclusiones en las publicaciones de las investigaciones. Esto daría cuenta "no sólo de la honradez del autor, sino también de su capacidad para formular

conclusiones válidas” (Rowe 1944b: 25). Más allá de las referencias específicas al estudio del folklore, lo que nos interesa de este artículo son ciertas expresiones que permiten inferir la concepción de ciencia, a la que Rowe definió como el conjunto de los conocimientos humanos, dividida en distintos tipos de acercamientos cuyos límites son flexibles. En Ciencias Sociales, particularmente, los métodos suelen ser compartidos y apuntan a obtener datos, clasificarlos, compararlos, generalizar a partir de ellos e interpretarlos. Aquello que Rowe consideró los pilares de toda ciencia es, de alguna manera, una descripción de su propia labor: “la atención minuciosa a los detalles y exactitud” (Rowe 1944b: 22)

“Technical Aids in Anthropology: A Historical Survey” es un claro ejemplo del tratamiento pormenorizado que Rowe dio a los temas que abordó. Este trabajo fue publicado en 1953 en *Anthropology Today. An Encyclopedic Inventory*, y trata sobre “the application of technological knowledge and laboratory methods to the problems of anthropological research and teaching” (Rowe 1953: 895). En su recopilación, el autor incluyó la aplicación de una gran variedad de técnicas: fotografías de distintos tipos (aéreas, subacuáticas) y su examen mediante rayos-x, luz ultravioleta o infrarroja, filmaciones, microfilm, exploraciones geofísicas, mapeados y planos, detectores de minas como instrumentos para localizar sitios de excavación, máquinas removedoras de tierra, grabadoras de sonido, fonética experimental, indexicalización y máquinas para cálculos estadísticos, química y análisis espectrográfico, microscopia, metalografía y petrografía, entre otros. Reseñó proyectos que, aunque no fueran investigaciones antropológicas propiamente dichas, habían tenido relevancia para la disciplina. En este texto encontramos una referencia a la creación de cada una de estas técnicas, sus primeras aplicaciones para la Antropología —que en este contexto incluye: Antropología Física, Lingüística, Etnología y Arqueología— y su evaluación en vista de los resultados más recientes (Rowe 1953).

Una formulación de carácter más teórico sobre la Antropología y su área de incumbencia puede encontrarse en tres escritos publicados en la década de 1960. Inspirado en una conferencia dictada en 1962 por Arnalda Momigliano sobre los antecedentes clásicos de la historiografía moderna, Rowe se interesó por la historia temprana de la Arqueología. Tras indagar al respecto, llegó a la conclusión de que no hubo una tradición antropológica en la antigüedad clásica que continuó hasta el presente. De esta manera, rechazaba el “punto de origen” comúnmente aceptado. Como resultado de su investigación escribió dos trabajos: “Ethnography and ethnology in the sixteenth century”, publicado en 1964 en *Kroeber Anthropological Society Papers*, y “The Renaissance Foundations of Anthropology”, que si bien se publicó en 1965 en *American Anthropologist*, fue el primero de los dos escritos. Lamentablemente no contamos con el trabajo de 1964, pero esto puede ser compensado en cierta manera con otro escrito al que hemos tenido acceso: la respuesta de Rowe a una reseña crítica de Bennett al artículo de *American Anthropology*. Bennett había cuestionado los argumentos de Rowe que rechazaban la existencia de una tradición antropológica anterior al Renacimiento Italiano y que cuestionaban la suficiencia de la acumulación de relatos de viajeros para producir una transformación en la forma de pensar otras sociedades. En su respuesta Rowe precisó su argumento recuperando las ideas expresadas en los dos trabajos, gracias a lo cual contamos con un acceso mediado a los temas que trató en 1964.

La tesis de Rowe fue que la tradición antropológica tiene su inicio “in the Italian Renaissance of the 14th and 15th centuries and specifically in Renaissance archaeology” (Rowe 1965: 1). Examinaremos a continuación el camino que Rowe recorrió para llegar a esa afirmación y cuáles son sus implicancias. El autor identificó el punto de vista comparativo —que implica reconocer la existencia de diversidad— como la característica distintiva de la Antropología. En su respuesta a Bennett profundizó esta idea al definir la Antropología como: “the study of man and of human behavior in the perspective of Physical and cultural differences. To make this definition fully intelligible, a

definition of culture should be added. *Culture is customary behavior*" (Rowe 1966b: 220, cursiva del autor). Esta es la primera vez que Rowe ofrece una definición del concepto de cultura, a pesar de que en numerosos trabajos su objetivo era contribuir al conocimiento de la historia cultural. Su caracterización de la Antropología es la más amplia posible que le permite distinguirla de otras disciplinas que estudian al hombre, mientras que el énfasis en las diferencias no sería en detrimento de las semejanzas, ya que sin las primeras estas últimas no tendrían sentido (Rowe 1965, 1966b).

Antes de avanzar sobre las implicancias de esta idea, quisiéramos detenernos en cómo Rowe no se refiere al Renacimiento en general sino que lo precisa espacial y temporalmente. El Renacimiento no es un conjunto de rasgos generales sino "an intellectual movement which affected different parts of Europe at different times and some people more than others" (Rowe 1966b: 221). Esta manera de concebirlo nos remonta a los aportes que el autor realizó en otro plano sobre la diferencia de etapas y periodos y sus consideraciones sobre la difusión y el cambio cultural. De esta manera vamos descubriendo el entramado de ideas que conforman el esquema teórico del autor.

Una vez que argumentó la centralidad del reconocimiento de la diferencia, Rowe propuso que para estudiar la historia de la Antropología se debe indagar en la historia de esta idea que, según él, comienza durante los siglos XIV y XV con el Renacimiento italiano (lo que no quiere decir que todas las ideas que forman parte de la Antropología tengan su origen allí). Para fundamentar esta premisa, el autor realizó un recorrido histórico con el fin de demostrar que no existió una tradición de estudios comparativos desde la Edad Clásica o la Edad Media. En el primer periodo no hubo interés en las diferencias culturales más allá de ciertos escritores individuales, como Herodoto, cuyos admiradores contemporáneos elogiaban su estilo literario pero desmerecían sus relatos sobre las costumbres de otros pueblos. En la Europa medieval, las diferencias religiosas eran consideradas sólo por el interés en suprimirlas, y la tradición intelectual europea no se vio influida, en ese momento, por los

escritores árabes, persas y mongoles, que mostraban cierta preocupación por las diferencias culturales. Finalmente, fue a través de la contraposición entre pasado y presente, y no a partir de contrastes contemporáneos, que se generó una nueva perspectiva (Rowe 1965):

The first differences which were recognized as significant to a general understanding of mankind were the cultural and linguistic differences between Classical antiquity and what was then the present. It was only after the beginnings of an archaeological perspective had been established that the interest in differences was extended to contemporary contrasts. (Rowe 1965: 1).

Hasta aquí presentamos la discusión de Rowe con la versión comúnmente aceptada que sitúa el origen de la Antropología en la época clásica, argumentado que su elemento esencial —la comparación— tuvo su origen en el Renacimiento. El segundo eje de debate que se desprende de su propuesta es el rechazo del autor a la idea de que la acumulación de materiales de viajes en pueblos no europeos impulsó el nacimiento de una mirada antropológica. En cambio, Rowe sostiene que:

The perspective of anthropology owes much to the experience of Europeans in the great voyages of discovery, but it did not originate in the observation of contemporary differences. Travellers see only what they are prepared to see, and men's eyes had first to be opened by the study of Classical antiquity in a framework which contrasted it with their own times. (Rowe 1965: 14).

La nueva perspectiva habría sido desplegada ampliamente durante el siglo XVI con el desarrollo de la descripción etnográfica y los inicios de la clasificación y comparación etnológica. Estos temas fueron trabajados por Rowe en detalle en "Ethnography and ethnology in the sixteenth century" (Rowe

1965). Hamel (1969) consideró que este artículo de Rowe sobresale entre aquellos dedicados a la historia de las ideas por mostrar “un verdadero sentido de proceso”.

Arte, tradición cultural y rebelión (1951-1970)

A lo largo de su carrera, Rowe se interesó por la continuidad de la tradición incaica durante el periodo colonial, hallando evidencias de tal permanencia en ciertas manifestaciones artísticas. Casi como consecuencia de estas investigaciones, el autor comenzó a estudiar las instituciones de dominación colonial y los movimientos de protesta y reivindicación incaica. Finalmente, se centró en la rebelión del siglo XVII y en la figura de Thupa Amaro.

En 1946, en su regreso a Cusco, y cuando se encontraba revisando las colecciones del museo de la ciudad, notó que uno de los cinco retratos coloniales de incas nobles que se encontraba en una de las paredes del museo tenía una inscripción que lo situaba temporalmente en el siglo XVIII. Tal permanencia de la tradición inca era insospechada en aquellos años. Rowe se dispuso a revisar los documentos en busca de una explicación (Maclay 2004). Unos años más tarde, en 1951, el autor publicó “Colonial portraits of Inca nobles”, en el que analizaba los retratos de dos mujeres con trajes de estilo inca y de tres hombres, uno de estilo español y dos que conjugaban el estilo inca y el español. Ubicó a estos últimos retratos entre 1740 y 1745, gracias a la información que proporcionaban las inscripciones (una de las cuales había sido descifrada mediante rayos-x). El cuadro del hombre con vestimenta española aparecía acompañado por una túnica y por la diadema real inca; si bien la identificación del hombre fue más difícil –porque la inscripción de la diadema había sido raspada–, Rowe lo ubicó en el siglo XVIII por el estilo de la vestimenta. Los retratos que corresponden a las mujeres también fueron

considerados de ese siglo por el estilo en que había sido pintado el paisaje de fondo (Rowe [1951] 2003)⁶³.

El autor encontró sorprendente la persistencia y la fastuosidad de los trajes de estilo inca, que sugerían la existencia de un grupo de personas que vivían con riqueza y lujo, “una clase de indios completamente diferentes a los indios atormentados y hambrientos que pagaban tributo y que figuran de manera amplia en los documentos que tratan de las condiciones sociales en el Perú del siglo dieciocho” (Rowe [1951] 2003: 289). Estos retratos daban cuenta de la posición y del rol de la nobleza inca en la preservación de las tradiciones artísticas y culturales en el periodo colonial, nobleza que fue respetada como tal pero que no gozó de la confianza de los funcionarios españoles. A los integrantes de la nobleza inca Rowe los denominó príncipes-sirvientes, considerando de gran importancia la profundización de la investigación sobre este tema, ya que “la nobleza del siglo dieciocho, en 1780, formó el corazón de la gran rebelión inca de Túpac Amaru, que estremeció el virreinato del Perú hasta sus cimientos, y también formó el núcleo del sentimiento de lealtad, sentimental o realístico, gracias al cual fue aplastada la rebelión” (Rowe [1951] 2003: 292).

Sobre la importancia de este trabajo, Rowe dijo en una entrevista:

I've always been particularly interested in the Incas. Most people were saying that the Incas disappeared when the Spanish arrived. That's ridiculous. Of course they didn't disappear. I turned to Inca art to prove this. It was something concrete. The problem was how to prove the art was colonial. Most researchers would just say that it was art done before the conquest. One thing I did was find portraits of Inca nobles in the museum

⁶³ En el análisis de uno de los retratos femeninos, Rowe siguió el rastro de las referencias en las publicaciones y criticó cómo se había manejado la información: en 1854, Castelnau agregó una leyenda debajo de la reproducción de uno de los retratos que describía a la mujer como una princesa inca en los tiempos de la conquista; luego, Urteaga y Romero lo reprodujeron en 1916 en su edición de la relación de Titu Cusi identificándolo como un retrato contemporáneo de Sayri Topa. En 1925, Cúneo-Vidal copió nuevamente la litografía y la leyenda, y en 1946 Imbelloni identificó a la mujer del retrato como Sayri Topa.

of Cuzco. There were inscriptions done on the paintings. I had a friend who was a physical anthropologist and also a doctor. I got him to take the pictures to the hospital and put them under an x-ray. The x-ray showed a lot more of the inscription than you could see previously. Like dates. I think it was the first time in South America that a painting had been x-rayed. In time I was able to convince a certain number of people that the Incas were around and organizing a certain amount of resistance (Rowe 1998).

Destacaba así las investigaciones que realizó sobre la continuidad de tradición incaica como una de sus mayores contribuciones. En una línea similar al artículo precedente, escribió en 1960 "La cronología de los vasos de madera inca", que comenzaba justamente con consideraciones sobre la continuidad de la tradición inca durante el periodo colonial, cuya principal expresión habrían sido los tejidos y los vasos de madera tallados y laqueados. Aquí aparece nuevamente la importancia de la cronología, porque para estudiar la persistencia de un elemento era necesario primero establecer el orden de sus manifestaciones. Por lo tanto, Rowe se propuso en este artículo delinear la cronología de los vasos de madera, utilizando tres tipos de evidencia: a) las asociaciones arqueológicas, que permiten reconocer un estilo inca previo a la conquista; b) los documentos coloniales, que informan sobre los métodos de decoración tras la conquista y; c) las representaciones de la indumentaria española en los vasos, que sitúan a un conjunto de vasos en los siglos XVII y XVIII. De hecho, en estos últimos dos siglos se apreciaba un florecimiento artístico que, lejos de ser un fenómeno aislado, habría sido parte del "renacimiento cultural que acompañó el gran movimiento nacional inca que culminó con la rebelión inca de 1780" (Rowe [1960a] 2003: 321).

En 1955 Rowe escribió "El movimiento nacional inca de siglo XVIII", recuperando la tesis de la continuidad de la tradición de la nobleza inca ya anunciada en su artículo sobre los retratos. En este trabajo el autor partía de la división primaria del virreinato, que diferenciaba una comunidad de españoles

y una de indios, desiguales en poder político, desiguales ante la ley, ante las oportunidades económicas y con respecto a las alternativas de educación. En consecuencia:

La comunidad de indios quedó excluida del mundo de los papeles por las mismas diferencias que crearon la división social y por la diferencia de idioma. Uno de los acontecimientos históricos más importantes de nuestro días ha sido el descubrimiento de algunos documentos coloniales referentes a la comunidad de indios, revelando la existencia de un aspecto de la vida colonial, antes completamente desconocido y apenas siquiera sospechado (...) La historia de la comunidad de indios no puede nunca escribirse con el voluminoso detalle igual que el de la historia la comunidad de los españoles, pero llegaremos a saber bastante para corregir las parcialidades de la historia tradicional y alcanzar más de cerca la realidad de la vida colonial (Rowe [1955] 2003: 345)

En esta cita podemos apreciar los reparos del autor sobre la posibilidad de dar cuenta de la historia indígena. Estas consideraciones siguen la línea de las ya expresadas por Rowe al momento de establecer la cronología dinástica y lo que él denominó "la versión estándar" de la historia inca. Reconocer ciertos límites impuestos por el material disponible le permitió identificar cuáles podían ser los aportes posibles. A través de los nuevos documentos Rowe rastreó la existencia, dentro de la comunidad de indios, de un movimiento intelectual nacional con base en la tradición incaica que estimuló las rebeliones del siglo XVIII y cuyos efectos continuaron hasta las guerras de la independencia. Si bien reconoció que la comunidad de indios no constituía un frente homogéneo, sino que existieron tanto caciques que se opusieron al movimiento como españoles que lo apoyaron, Rowe sostuvo que en sus orígenes y en sus intereses se trató de un movimiento indígena (Rowe [1955] 2003).

El autor examinó las características del movimiento a partir de seis elementos: 1) los dirigentes; 2) la tradición constitucional; 3) la tradición cultural; 4) la influencia de Garcilaso; 5) el programa del movimiento nacionalista y 6) la cronología del movimiento. Acerca del primer elemento, el autor consideró que para sumar seguidores al movimiento y expandirlo geográficamente su líder debía ser una autoridad reconocida, en este caso, parte de la nobleza indígena que había conservado cacicazgos, que había recibido una educación española y cristiana y que durante aquella época se encontraba en una situación difícil:

Los caciques del siglo XVIII fueron, entonces, descendientes de familias antiguas, gozando de privilegios legales por su nobleza reconocida, y, en muchos casos, hombres ricos y bien educados. Al mismo tiempo, el gobierno les asignó un rol casi insostenible en la administración (...) El cacique no podía ofrecer ninguna protección a sus indios, y si protestó de los abusos, los españoles le tacharon de sediciosos (Rowe [1955] 2003: 347)

Con respecto a la tradición constitucional, Rowe insistió en que la idea de que la conquista eliminó totalmente el imperio inca era errónea. En pleno siglo XVIII, el gobierno español reconocía el valor de las tradiciones políticas incas “como antecedentes legales para los derechos y privilegios de los caciques” (Rowe [1955] 2003: 348). De esta manera, fue de central interés para los caciques conservar la tradición como medio de mantener una posición social privilegiada —no así para los indios tributarios, españoles, criollos y mestizos. La tradición cultural, por su parte, demandaba establecer una distinción entre la población tributaria y los caciques (identificados por Rowe con la nobleza), caracterizados como poseedores de una religión filosófica, una vestimenta específica y un interés en las artes decorativas y en la epopeya de la historia imperial. Cada uno de esos dos sectores habría estado en condiciones de conservar porciones distintas de la tradición; por ejemplo, la antigua religión habría permanecido en la población tributaria —al igual que prácticas de la vida doméstica, medicina

popular y organización social, que se conservan en la actualidad—, mientras que los caciques, al ser educados durante tres generaciones por los jesuitas, perdieron contacto con las prácticas anteriores y no continuaron tampoco la religión filosófica. En cambio, la vestimenta de la nobleza es uno de los aspectos de mayor continuidad de la tradición inca, así como los queros (vasos de madera) y tejidos y algunas tradiciones históricas como las genealogías orales y fiestas de representaciones, que tuvieron su fin al momento de las guerras de la independencia (Rowe [1955] 2003).

El cuarto elemento que Rowe analizó fue la influencia de Garcilaso, cuyos *Comentarios Reales* publicados en Europa en 1607 no habrían tenido, en principios, ninguna influencia en Perú. Sin embargo, se realizó una segunda edición en la primera mitad del siglo XVIII, a la que tuvieron acceso los caciques, que se encontraban en aquel momento en extrema tensión con el rol que se les había impuesto. Además, esta segunda edición incorporaba un prólogo escrito por el editor que relataba una profecía de restauración del imperio a manos de los ingleses, con quienes España se mantuvo en guerra a lo largo de este siglo. Lo que daría cuenta en mayor medida de la importancia de esta obra sería que, tras la rebelión, se mandaron a recoger todos los ejemplares existentes. Para el autor, el movimiento estuvo organizado por caciques y sus parientes, que deseaban instalar dirigentes incas en el gobierno y continuar sus tradiciones. En este punto debemos detenernos un momento para resaltar que la idea de continuidad de Rowe no es la de permanencia inalterable sino el recuerdo de un pasado común y el sentimiento de experiencias contemporáneas compartidas. En palabras del autor: “La cultura francesa de hoy no es la cultura francesa de 1750, pero no por eso dejamos de llamarla francesa; así mismo, un inca a caballo con sombrero de tres picos no deja de ser un inca” (Rowe [1955] 2003: 356). Los elementos (cacicazgos, corona inca, representaciones de la historia inca) que Rowe consideró característicos de la nobleza inca fueron blanco de las medidas de supresión posteriores a la rebelión.

Finalmente, sobre la cronología del movimiento, Rowe sostuvo que la rebelión de Thupa Amaro fue parte de un ciclo que tuvo lugar entre 1720 y 1820, en el que:

Los acontecimientos se presentan con cierta regularidad, observándose un ciclo de descontento general, reuniones y correspondencia entre caciques, gestiones pacíficas ante las autoridades del virreinato y en Madrid, fracaso de éstas ante la resistencia monolítica desesperada, y sofocación sangrienta del movimiento, que sin embargo renace después de algunos años de sufrimiento (Rowe [1955] 2003: 358)

Tras desarrollar el análisis de estos seis elementos, Rowe se ocupó de discutir la idea de que la rebelión estaba dirigida principalmente por los mestizos y criollos; sostuvo que se había creado una ilusión al respecto, que tenía su apoyo en el hecho de que habían llegado hasta el presente documentos dirigidos a estos actores. No obstante, esto se debía más a los distintos tipos de comunicación puestos en práctica que a la composición real de movimiento. Es probable que, considerando que la mayoría de los indios tributarios no sabía leer, se hayan utilizado otros medios para difundir las ideas de la rebelión. En la implementación del castigo también quedaría claro que el principal grupo era el indígena, ya que las condenas y persecuciones fueron muchos más intensas para este sector que para los mestizos y criollos que habían participado.

Este artículo, publicado en la *Revista Universitaria* de Cusco en 1955, no habría recibido mayor atención sino hasta la década de 1970 y de hecho fue reimpresso en dos oportunidades: en 1974, en la revista *Ideología* de Ayacucho; y en 1976, en una compilación de Flores Galindo que se editó en Lima (Katharina Schreiber 2006). En 1957 Rowe publicó "The Incas under Spanish colonial institutions", gracias a este trabajo le fue otorgado el premio Robertson⁶⁴

⁶⁴ En las oportunidades en que se ha hecho referencia a este premio (Burger 2007, Hamel 1969) se considero como institución otorgante a la American Historical Association (AHA). Sin embargo, esta distinción es otorgada por la Conference on Latin American History (CLAH) al

(Burger 2007, Hamel 1969). Con la frase "La resistencia incaica a la invasión española fue amarga, obstinada y frecuentemente efectiva" (Rowe [1957] 2003: 247) el autor iniciaba su recorrido por instituciones que dan cuenta del carácter opresivo del sistema español y las reacciones de protesta incaicas.

Rowe describió una alternancia de medios pacíficos -expresando las quejas en peticiones al rey- y revueltas, que tenían lugar cuando los primeros resultaban infructuosos. Un memorial dirigido al Rey alrededor de 1660, en el que los caciques comunicaban su quejas respecto de los corregidores y los curas doctrineros, y el intento de revuelta general en 1666-1667, habrían marcado el comienzo de un movimiento nacionalista inca que tuvo en el siglo XVIII su momento cumbre. Entre 1722 y 1732 se presentaron cuatro memoriales más, luego se produjeron complots y revueltas en Azángaro (1737-1738), Oruro (1739), la frontera de Tarma (1742, amenazando la sierra de Lima hasta 1761). En 1749 nuevamente se enviaron memoriales al Rey y también al Papa; un año después se planeaba otra revuelta general que fue descubierta. La de 1780 habría sido la más grande de todas estas revueltas, "consecuencia de una serie de fracasos en sus intentos por conseguir justicia a sus quejas por medios legales" (Rowe [1957] 2003: 250). Finalmente, el último levantamiento habría sido en el periodo de las guerras de la independencia (Rowe [1957] 2003).

En un intento por comprender mejor tales reacciones, y tras enumerar la sucesión de peticiones y revueltas, Rowe se propuso analizar el funcionamiento de las instituciones del sistema de gobierno español que oprimía a los indios: la encomienda, los corregidores, la mita, la propiedad privada de la tierra y la doctrina. La primera que consideró fue la encomienda y cómo a partir de la tasa fija de tributos y la abolición de los servicios personales sin pago a los encomenderos se establecieron nuevos mecanismos de explotación, principalmente a través del comercio a gran escala. El poder de los encomenderos fue reducido por la introducción de las instituciones de los corregidores de indios, en 1565. Rowe describió sus amplios poderes, la compra

mejor artículo publicado en *Hispanic American Historical Review*. Es probable que la confusión se deba a que dicha revista es publicada en forma conjunta por la AHA y la CLAH.

de cargos, las actividades comerciales ilegales que mantenían con las personas bajo su jurisdicción y la legalización del repartimiento. Los caciques encargados de recolectar el pago a los corregidores por los bienes asignados se vieron en una posición conflictiva, y sus objeciones fueron consideradas como insubordinación e incluso traición (Rowe [1957] 2003).

La tercera institución trabajada por Rowe es la mita; tras describir su implementación durante el imperio inca, analizó su utilización dentro del sistema colonial considerando las justificaciones esgrimidas para imponer el trabajo forzado. Si bien hizo algunas referencias a los tambos y a los obrajes, el centro de su estudio fue la mita minera. El autor contrapuso las medidas establecidas y la práctica concreta a partir de los siguientes factores: el trabajo familiar, las semanas de descanso ocupadas como jornalero libre, el doble tributo, los turnos continuos, las cuotas de trabajo, el endeudamiento, la compra de la libertad de la mita, el estatus de forastero y las implicancias de las migraciones (Rowe [1957] 2003).

El origen y la expansión de la propiedad privada constituyen el cuarto elemento analizado por el autor. En primer término, los españoles habrían reclamado las tierras que estaban destinadas al Inca y al culto, en carácter de sus sucesores. Tiempo después, las comunidades podían vender las tierras de los migrantes o los españoles podían solicitar que se las considerase dominio público para así poder comprárselas a la corona. Al tiempo que posibilitaba ese pasaje de tierras a manos españolas, la dinámica generada por la presencia de forasteros (exentos de la mita y del tributo) proporcionaba la mano de obra necesaria para su trabajo. Una de las medidas de mayor impacto en esta área fue la "composición de tierras" llevada a cabo en los siglos XVI y XVII con el fin de mitigar los problemas financieros de España. Si la primera composición implicó la confirmación del título de propiedad mediante un pago, la segunda permitió que personas que no tenían tal título pudieran obtenerlo mediante una suma de dinero. Las revisiones de títulos realizadas por los visitantes, tras las numerosas quejas de los nativos, tuvieron como objetivo asegurar a los

tributarios el mínimo de tierra necesario y de ninguna manera retornar la totalidad de las tierras expropiadas (Rowe [1957] 2003).

Finalmente, Rowe analizó la doctrina como institución de carácter opresivo. Primero estableció un “patrón general de religión nativa”, describiéndolas como la adoración a múltiples *wak'as* locales subsumidas luego en el culto al dios creador impuesto por Pachacuti. Este último se debilitó con la pérdida de poder de la nobleza inca tras la conquista española, pero la adoración a las *wak'as* fue más difícil de combatir porque el culto del conquistador fue incorporado al propio en lugar de reemplazarlo, tal como esperaban los españoles. Tras examinar la campaña de extirpación de idolatrías, Rowe sostuvo que su fracaso se debe a cierta negligencia de los curas párrocos pero también a la forma específica de la resistencia inca:

Las personas acusadas de idolatría confesaban todo, renunciaban a sus objetos de culto sin quejarse y prometían ser buenos cristianos. Como pecadores penitentes, recibían sentencias relativamente leves. Después el visitador regresaba a Lima e informaba del completo éxito de su misión, mientras los nativos se hacían quedamente de nuevo de sus objetos de culto y continuaban con sus antiguos ritos. La frustración y exasperación de los visitantes ante dicha conducta es muy clara en sus informes, pero nunca encontraron respuesta para ella (Rowe [1957] 2003: 272)

Otra de las razones del fracaso fue que la iglesia era un instrumento del gobierno español y estaba integrada sólo por españoles: “no hubo un clero nativo durante la mayor parte de la colonia y los seculares nativos no eran admitidos a la participación plena de los sacramentos”. Incluso aquellos que se habían convertido eran tratados como “cristianos de segunda clase” (Rowe [1957] 2003: 273). Las parroquias nativas fueron llamadas doctrinas y administradas por curas españoles, con poder para implementar castigos y que solían exigir servicios personales gratuitos y “obsequios”.

Finalmente, una vez analizadas estas instituciones coloniales, Rowe discutió la tesis que sostenía que los abusos cometidos en el régimen colonial fueron producto de la ineficacia de las autoridades locales para implementar leyes que en sí mismas no conducían a la explotación de los nativos. El autor recordó una serie de medidas que tuvieron su origen en decisiones reales, como los trabajos forzados, los salarios inadecuados, la limitación de la propiedad de la tierra, la venta de magistraturas y la legalización de títulos de tierras inválidos. De esta manera, en las últimas páginas del artículo son vertidas de forma cada vez más explícita las opiniones a la vez académicas y políticas de Rowe, que en ese marco escribe:

Mi revisión de las instituciones coloniales españolas que afectaron más directamente a los Incas, puede ser resumida diciendo que el periodo colonial estuvo caracterizado por la explotación económica y degradación personal de los nativos. Ambas características fueron llevadas a extremos que son difíciles de creer, a menos que uno se familiarice con las igualmente similares condiciones en las que viven los incas de hoy día bajo la dominación de los descendientes de sus amos coloniales (Rowe [1957] 2003: 274)

En 1970 Rowe presentó "La fecha del nacimiento de José Gabriel Thupa Amaro" en el XXXIX Congreso Internacional de Americanistas realizado en Lima. Este trabajo fue publicado al año siguiente en la revista *Historia y Cultura*. El escrito ofrecía nueva documentación que, según el autor, resolvería un debate histórico entre los biógrafos de Thupa Amaro, ya que al no contar con la partida de bautismo se realizaron numerosas especulaciones sobre su fecha de nacimiento. Al realizar sus investigaciones sobre la nobleza indígena del siglo XVII y XVIII y su rol en el movimiento nacional, Rowe encontró en la documentación presentada por la familia Betancur en el pleito con Thupa Amaro un extracto de la partida de bautismo de éste último, que permitía estimar su fecha de nacimiento en el 10 de marzo de 1738.

Se despliegan en este artículo dos líneas argumentativas; por una parte Rowe justifica su estimación de la fecha; por otra, fundamenta por qué puede considerarse fiable el extracto de la partida, a pesar de encontrarse en la documentación de los oponentes en el juicio (Rowe [1971] 2003). Una década más tarde, Rowe retomó las investigaciones sobre la nobleza indígena y el movimiento nacional para centrarse en la rebelión de Thupa Amaro. El pleito con la familia Betancur fue analizado en "Genealogía y rebelión en el siglo XVIII. Algunos antecedentes de la sublevación de José Gabriel Thupa Amaro", ([1982] 2003); en "Las circunstancias de la rebelión de Thupa Amaro en 1780" ([1985] 2003) examinó las figuras del corregidor Arriaga y del Obispo Moscoso y las relaciones que mantuvieron con Thupa Amaro. Los dos escritos fueron publicados en la revista *Histórica* de Lima, no los examinamos aquí ya que exceden el periodo de nuestra investigación. No obstante, queríamos dejar sentado que Rowe continuó sus investigaciones sobre la rebelión del siglo XVIII. Algo similar ocurre con "La probanza de los incas nietos de conquistadores" ([1985b] 2003), en el sentido de que se trata de artículo de sumo interés -en el que Rowe resume el contenido de documentos de reciente acceso en los cuales "los incas nos hablan directamente de su historia" (Rowe [1985b] 2003: 79)- pero que sin embargo no analizamos dado que no forma parte del periodo que nos ocupa.

TRAYECTORIA DE INVESTIGACIÓN: 1941-1970

Al haber sido formado en Arqueología clásica, Rowe estaba familiarizado con los beneficios resultantes de la incorporación de elementos de los estudios del arte, lingüísticos e históricos en las investigaciones arqueológicas. Desde sus primeros trabajos remarcó la importancia de elaborar una cronología más precisa que la existente, la cual debía ser realizada recurriendo tanto a la Arqueología como a los documentos disponibles (1945, 1946). Dentro de los estudios arqueológicos era necesario además poner en juego conocimientos sobre estilos artísticos presentes en la cerámica y en las

construcciones (1944a, 1946, 1962b, 1972), mientras que la exégesis de los documentos implicaba el manejo tanto del quechua como del español de la época (1953, 1954, 1960b). Pero Rowe no sólo conjugó información proveniente de diferentes campos sino que incluso fue capaz de realizar consideraciones metodológicas y aportes teóricos en áreas que no habían sido las de su formación primaria, como la Lingüística (1943, 1950) y el análisis de estilos artísticos (1972).

Con el incremento de la precisión en la cronología, el autor esperaba distinguir los restos incas de los pre-incas e identificar el ritmo de la expansión y conquista incaica en distintas regiones. Para ello, articuló el resultado de sus excavaciones arqueológicas en Cusco con la información proveniente de las investigaciones precedentes y con los datos obtenidos tras un exhaustivo examen de las crónicas; en segundo lugar -sobre todo a mediados de la década de 1950- realizó un trabajo arqueológico intensivo que combinó las tareas de prospección y excavación con el examen de las colecciones que se encontraban en museos de Estados Unidos y con la cronología absoluta formulada por él mismo en base a los documentos. Estas investigaciones tuvieron como corolario una serie de trabajos de carácter teórico, en los que Rowe expresó las categorías y los métodos empleados para la reconstrucción del pasado incaico y comentó los aportes que se habían logrado gracias a su implementación, vinculados al ritmo de la expansión inca.

En lo que respecta a la Arqueología andina, Rowe parece haber llegado al punto máximo de su desarrollo teórico-metodológico entre 1958 y 1962. A raíz de su investigación de 1951 sobre los retratos de incas durante el periodo colonial, pero sobre todo con sus trabajos acerca del movimiento nacional inca (1955) y las instituciones coloniales (1957), Rowe se sumergió en un nuevo gran problema de investigación: la continuidad de ciertos aspectos de la tradición inca durante la colonia. Los datos que identificó como indicios de esta continuidad lo condujeron a estudiar en profundidad las circunstancias en las que se produjo la rebelión del siglo XVIII.

Tal como los realizaba Rowe, los estudios de carácter más arqueológico y aquellos –en términos de Flores Ochoa (2003)– de tipo más etnohistórico tenían en común la búsqueda de mayor precisión en la secuencia de los acontecimientos. El interés del autor en ganar cada vez más detalle radicaba en su objetivo de obtener una descripción lo más certera posible de los acontecimientos. Tal descripción permitiría identificar cambios, reelaboraciones, innovaciones y continuidades culturales.

EL LEGADO DE JOHN ROWE

Rowe es recordado tanto por el contenido de sus investigaciones como por la forma en que las implementó. Se ha resaltado su preocupación por el manejo de la información y por la exposición clara y cabalmente fundamentada de sus interpretaciones e hipótesis (Burger 2007, Maclay 2004):

Para John, el mundo del estudioso significó más que una carrera; fue una vocación –una manera de vivir que demandó un compromiso completo–. Sin hacerlo explícito, comunicaba su opinión que la calidad de un investigador era reflejo directo de su carácter y la necesidad de precisión e investigación profunda representaba una obligación moral para aquellos aspirantes a investigadores (Burger 2007).

Además de este compromiso con respecto a la investigación en general, Rowe adquirió uno específico, vinculado a la experiencia concreta de su investigación en Perú y que transmitió a sus estudiantes. Este compromiso implicaba no sólo el conocimiento del idioma sino también “publicar en revistas locales y compartir resultados de investigaciones en español en conferencias y encuentros locales” (Burger 2007).

Rowe fue considerado un erudito (Burger 2007, Douglas Sharon, citado en Maclay 2004) y fue descrito por Jean-Pierre Protzen (citado en Maclay 2004) como “a ‘walking encyclopedia’ on Andean culture and language”. Sus investigaciones contribuyeron al avance de los estudios andinos en distintos

planos, implementando siempre un acercamiento interdisciplinario que combinaba los aportes de la Arqueología, la Historia, la Etnografía, la Lingüística y la Historia de la Teoría (Burger 2007, Hamel 1969, Maclay 2004, Schreiber 2006). Rowe no sólo traspasó las fronteras disciplinares sino que también “introdujo en sus publicaciones un nuevo estándar de investigación arqueológica e historiográfica, borrando los límites arbitrarios entre la arqueología, las crónicas hispánicas y la historia colonial tardía” (Burger 2007). Sus investigaciones cubrieron cuatro siglos y múltiples aspectos de la cultura inca y se vieron atravesadas por el interés en el desarrollo de una cronología precisa con el fin de dar cuenta de los procesos culturales (Burger 2007, Guillén 2004, Hamel 1969, Maclay 2004, Schreiber 2006).

Rowe fue considerado además “an institution-builder” (Hastorf *et al.* ca. 2004) por su labor en la creación de sociedades como el Excavators Club y la Kroeber Anthropological Society, de bibliotecas de Antropología en Perú, Colombia y Estados Unidos, del Institute of Andean Studies y de la revista *Ñawpa Pacha*. Cuando se le preguntó acerca de cuáles consideraba sus mayores contribuciones, comentó en primer lugar su labor como fundador y organizador de distintas bibliotecas. En segundo lugar, mencionó “I’ve done a great variety of research from time to time and I think I’ve gotten particular satisfaction from putting together combinations of things that people haven’t thought of before and getting valuable results”, y como ejemplo de este tipo de investigaciones recordó su empleo del arte inca para combatir la idea de que los “Incas disappeared when the Spanish arrived” (Rowe 1998).

Capítulo IV

JOHN MURRA: EL COMPROMISO POLÍTICO

Y EL LOGRO ANDINO

[Murra] Es un humanista que usa
"tácticas" científicas, es un hombre
comprometido con su tiempo
Ana María Lorandi

INTRODUCCIÓN A LA VIDA Y LA OBRA DE JOHN VÍCTOR MURRA

Los escritos que contienen información biográfica comienzan indicando, generalmente, *una* fecha y *un* lugar de nacimiento para el personaje en cuestión. Sin embargo, tratándose de John Víctor Murra –o quizás debemos decir Isak Lipschitz– esto no es tan sencillo. Nació en 1916 en Odessa, territorio que en ese momento se disputaban Moldavia y Ucrania. De acuerdo al calendario gregoriano, el día de su nacimiento está fechado el 24 de agosto. Pero en aquella región continuaba vigente el calendario juliano, utilizado por la Iglesia Católica Ortodoxa, según el cual la fecha de nacimiento sería el 11 de agosto⁶⁵. Por temor a la guerra civil que se desató tras la Revolución Rusa de 1917, poco después de su nacimiento su familia migró a Rumania. Murra aprendió rumano y ruso desde sus primeros años; en 1923, al comenzar sus estudios en el Instituto Evangélico de Bucarest se familiarizó con el alemán y entre 1925 y 1932 adquirió algunas nociones básicas de francés e inglés en el liceo del Gimnasio de Bucarest, donde continuó su formación. Las referencias a estos acontecimientos tempranos nos permiten pensarlo como un sujeto multisituado desde el inicio de su vida, característica que lo ubicará en un lugar singular y privilegiado desde el cual contemplar las organizaciones sociales (Castro *et al.* 2000, Harris 2006, Lorandi 2006). El mismo Murra, en los últimos años de su vida, dirá de sí mismo: "No soy rumano, ni norteamericano, ni peruano. Yo soy una persona intersticial" (Castro *et al.* 2000: 85).

⁶⁵ El calendario juliano de la Iglesia Católica Ortodoxa se mantuvo como calendario oficial en Europa oriental hasta fines de la década de 1920.

Murra se encontraba en el liceo cuando tuvo su primer acercamiento a la política a través del partido Social-Demócrata, cuyo principal atractivo era, para él, una amplia biblioteca. En este espacio tomó contacto con un grupo de jóvenes comunistas⁶⁶, cuyo partido en ese entonces era ilegal y con los cuales estableció un vínculo también a partir del acceso a libros. En 1932 fue expulsado del Gimnasio de Bucarest por sus inclinaciones políticas, a pesar de que se encontraba afiliado al partido Social-Demócrata que, a diferencia del Comunista, era legal. A raíz de este hecho, Murra finalizó sus estudios como alumno particular. Inmediatamente después su padre le consiguió trabajo como aprendiz en una fábrica de papel. El padre de Murra había trabajado en ese rubro desde joven y deseaba que su hijo lo acompañara en la realización de su sueño de “convertirse en el primer fabricante de papel para cigarrillos del país” (Murra 1984)⁶⁷. Años después, el autor recordaría este trabajo en la fábrica como una instancia de preparación para la investigación:

El trabajo en las fábricas de papel fue una importante experiencia educativa; me gusta pensar que me preparó para el trabajo de campo etnográfico. Conocí la primera generación de trabajadores industriales balcánicos, quienes, en su mayoría, eran campesinos serranos arrancados de sus fincas. En Croacia trabajaban turnos de doce horas con descansos de veinticuatro, lo que les permitía contar con luz solar para atender sus cultivos, día de por medio. En ambas naciones era cosa de rutina que mis compañeros de trabajo me invitaran a sus casas, donde la conversación giraba alrededor de los cultivos, las ceremonias de cosecha, la reforma agraria de 1918 (Murra 1984)

⁶⁶ Allí conoció a Petre Năvodaru, quien se convertiría en una figura masculina de referencia para Murra, quizás la primera de tal magnitud. Cuando en 1975 fue editada la primera compilación de artículos de John Murra *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, estuvo dedicada a Petre Năvodaru (Castro et al. 2000, Murra 1975)

⁶⁷ En 1984 *Hispanic American Historical Review* publicó en inglés una entrevista a Murra, con la introducción de John Rowe. En 2005 la misma fue traducida al español por Martha León Urdaneta (con la revisión del mismo Murra) para la sección digital de la Biblioteca Luis Ángel Arango, de Colombia. Con el fin de facilitar la lectura utilizamos esta versión para las citas textuales, sin embargo al encontrarse dispuesta en un solo bloque no nos permite ofrecer los números de páginas como referencia.

Y más adelante agregaba:

El señalar tales diferencias parecía tan natural como la permanente conciencia de la etnicidad: los serbios y los croatas podían hablar el mismo idioma, pero mis compañeros de trabajo constantemente insistían sobre las diferencias. La brecha étnica entre ellos era tan amplia, que no recuerdo situación alguna en la que fuese pasada por alto. Sin embargo, de hecho, se me había preparado desde la infancia para advertir tales diferencias (Murra 1984).

Entre 1933 y 1934, a raíz de sucesivas detenciones que lo mantuvieron encarcelado, notó que “los prisioneros se segregaban, no sólo por grupo étnico, sino también por credo político” (Murra 1984). Durante estos años crecía en Rumania la popularidad de la Guardia de Hierro, un movimiento nacionalista, católico y anti-comunista rumano⁶⁸. Como consecuencia de la situación política de la época, y teniendo en cuenta el activismo de su hijo⁶⁹, el padre de Murra se puso en contacto con un hermano menor que vivía en Estados Unidos y con él decidió que su hijo viajara a estudiar a dicho país. La Universidad de Chicago parecía ser el lugar ideal para Murra, ya que bajo la dirección de Robert Maynard Hutchins la institución se había vuelto “radical”⁷⁰. Finalmente, en diciembre de 1934, Murra viajó a Chicago, y en 1936 obtuvo, todavía bajo el

⁶⁸ La Guardia de Hierro fue creada en 1930 como una rama paramilitar de la Legión del Arcángel Miguel -fundada tres años antes- y luego aquel nombre llegó a designar a toda Legión. Este movimiento se da en el marco de la consolidación del régimen fascista en Italia y el ascenso de Hitler al poder en Alemania.

⁶⁹ En una oportunidad Murra estuvo detenido durante un mes junto a varios miembros de La Guardia de Hierro, que habían sido detenidos tras el asesinato del Primer Ministro (considerado una represalia a la prohibición que este emitió sobre el grupo). Al parecer Murra logro sobrellevar la situación de ser “el único ‘rojo’” apelando a sus conocimientos sobre fútbol, ya que durante un breve periodo había trabajado como cronista para un periódico (Castro *et al.* 2000, Murra 1984).

⁷⁰ Hutchins, cuya presidencia de la facultad se extendió desde 1929 hasta 1951, insistía en la necesidad de formar “ciudadanos responsables”, para lo cual era necesaria una educación general y no un entrenamiento especializado. Impulsó la interdisciplina y la creación de espacios de debate y bajo su presidencia la Universidad de Chicago fue pionera en la apertura de sus puertas a judíos, afroamericanos y mujeres (Guyotte 1997).

nombre de Isak Lipschitz, el título de Bachelor of Arts en Sociología (Universidad de Cornell).

Se interesó en la Antropología que enseñaba Fay-Cooper Cole, a la vez comparativa e histórica, y en septiembre de 1936 realizó el pase a Antropología. Años más tarde sostuvo que lo único de importancia que le ocurrió en la universidad fue "el descubrimiento de que existía la antropología" (Castro *et al.* 2000: 28). Sin embargo, sus estudios universitarios no eran en ese momento el centro de su interés: el foco de su atención estaba puesto en la actividad política, y en 1937 se sumó a la lucha de la República armada en la Guerra Civil Española. (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian, Murra 1984, Universidad de Cornell, Departamento de Antropología de la Universidad de Cornell).

Durante la Guerra Civil, Murra sumó el español a la larga lista de idiomas que manejaba. Esta competencia en el dominio de distintas lenguas le brindó la posibilidad de acceder a un lugar privilegiado para observar el desempeño de los más altos niveles de la estructura jerárquica de las tropas de la República. Murra fue convocado como intérprete⁷¹ del Estado Mayor político y sus experiencias en este rol lo llevaron a cuestionarse su postura política, en sus palabras: "ahí me sané de comunismo. Porque yo vi a los 'nuestros' en el poder" (Castro *et al.* 2000: 31). Sin embargo, no abandonó el materialismo histórico; con el transcurso de los años, los temas que priorizó en su investigación dieron cuenta de ello. En este contexto, podemos mencionar los estudios sobre la tenencia de la tierra, las formas de intercambio y las relaciones entre los grupos étnicos y el Estado (Murra 1984).

Al finalizar la guerra Murra permaneció en campos de refugiados en Francia, desde febrero hasta junio de 1939. A mediados de 1939 logró regresar,

⁷¹ Éste no fue el único rol que desempeñó. En 1938, deseoso de tomar parte en el frente de batalla en lugar de permanecer en Albacete como intérprete, Murra se designó a sí mismo a la escuela de artillería de Almansa. Esto fue visto como desertión, pero el autor logró salir airoso y permanecer en el frente gracias al apoyo de un general. En Almansa conoció, como compañero de brigada, a Saúl Newton, quien —ya de regreso en Nueva York— sería su psicoanalista y se convertiría en un importante apoyo durante el desarrollo de la tesis de doctorado de Murra. De hecho, cuando finalmente se publica la tesis, en 1977, Murra se la dedica a Newton.

en gran parte gracias a la ayuda de su ex mujer⁷². Ya en Chicago continuó sus estudios en Antropología. Compartía el interés de su profesores, Cole y Eggan, en “la Historia de poblaciones ágrafas” (Murra 1984). Durante aquel tiempo (1939-1941) y a pedido de Cole, realizó traducciones de las *Relaciones* de los jesuitas franceses acerca de Norteamérica. En 1940 tuvo la oportunidad de llevar a cabo su primer trabajo de campo excavando en Illinois, en la escuela de verano que dirigía Cole⁷³ (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian, Murra 1984). En este periodo abandonó el nombre Isak Lipschitz y en los documentos oficiales comenzó a figurar como John Víctor Murra. El apellido retomaba un apodo rumano; el segundo nombre aludía a sus ideales políticos, mientras que John era práctico y anónimo en Norteamérica (Harris 2006, Lorandi 2006).

En 1941, Donald Collier, quien por aquellos años se desempeñaba como conservador en el Field Museum of Chicago, buscaba un arqueólogo con conocimientos de castellano. Murra se presentó como candidato y ese mismo año viajó a Ecuador como asistente Collier. Éste había trabajado con Tello y quería investigar si en el norte andino había existido presencia Chavín. Dicho viaje se realizó en el marco de un proyecto auspiciado por el Institute of Andean Research. El proyecto inicial de Collier no pudo concretarse porque la zona que le interesaba quedó bajo ocupación militar tras la invasión del ejército peruano –en el marco de una histórica disputa territorial–. El nuevo tema de investigación consistió en poner a prueba la hipótesis de Max Uhle de presencia Maya en Ecuador. En 1942, con el material de este trabajo, Murra realizó su tesis de maestría –otorgada por la Universidad de Chicago– (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian).

A propósito de esta experiencia, Murra comentó años más tarde:

Si no contamos como “viaje” mi emigración a los Estados Unidos ni mi servicio militar en España, el viaje decisivo fue la ida al Ecuador en 1941 como asistente de Donald Collier del Field Museum (...) Mientras

⁷² Murra se casó poco antes de viajar a España, pero este primer matrimonio no perduró.

⁷³ En el capítulo II nos hemos referido a esta iniciativa de Cole, ver página 34.

buscábamos supuestas influencias mayas en los Andes del norte, aprendí a montar a caballo y a dudar de mi vocación como arqueólogo. También descubrí que mis conocimientos sobre la estructura social balcánica eran útiles en Hispanoamérica. La consecuencia más importante de mi trabajo de campo en el Ecuador fue mi descubrimiento de la civilización andina como logro humano fundamental, y de mi interés por estudiarla y, además, en ser su partidario (Murra 1984)

Fruto de este trabajo, Collier y Murra publicaron en 1943 "Survey and Excavations in Southern Ecuador", que luego fue traducido al castellano. Wendell Bennett⁷⁴, quien también había sido alumno de Cole, le encargó a Murra la preparación de un trabajo para el *Handbook of Southamerican Indians*, que fue publicado en 1946 bajo el título "The Historic Tribes of Ecuador", en el analizaba los relatos tempranos de europeos sobre Ecuador. Collier, por su parte, se encargó de presentar los datos arqueológicos en otro artículo. Mientras consultaba las fuentes disponibles en la Biblioteca del Congreso, en Washington, Murra conoció a José Antonio Arze y a Alfred Métraux, con quienes conversaba acerca de la organización social y económica inca. Décadas más tarde, Murra fue interrogado acerca de si la metodología de juntar evidencias arqueológicas con la información disponible en los documentos era común en aquellos años, a lo que el autor respondió: "El Dr. Cole sí lo había hecho (...) Creo que a él le parecía obvio. No se pensaba como metodología, se consideraba de una manera muy práctica" (Castro *et al.* 2000: 105-106). Eggan, quien también fue profesor de Murra, compartía este interés con Cole y, aunque no eran muchos los antropólogos interesados en la historia de los grupos étnicos y en la combinación de acercamientos, esta práctica tenía cierta continuidad (Murra 1984).

⁷⁴ Wendell Bennett (1905-1953) había estudiado antropología en Chicago, realizó excavaciones en Tiahuanaco y editó la sección de arqueología sudamericana en el *Handbook of Latin American Studies*. Bennett se convirtió en un nuevo mentor para Murra y, al mismo tiempo, en alguien con quien compartir el interés por los Andes y la información tanto arqueológica, histórica o etnográfica al respecto (Murra 1984).

Entre 1942 y 1943, paralelamente, Murra entrevistó a ex-soldados para John Dollard y Ruth Benedict, quienes se encontraban realizando una investigación sobre los veteranos de guerra para el Departamento de Guerra de los Estados Unidos (Instituto Smithsonian). En el marco de la Segunda Guerra Mundial, gran cantidad de investigadores norteamericanos fueron incorporados al ejército, entre ellos Fred Eggan, dejando así vacante su puesto como profesor de Antropología en la Universidad de Chicago. Murra⁷⁵ ocupó este cargo en 1943 y dictó cursos sobre Etnología general, el indio norteamericano y Etnología africana. Este último curso fue posteriormente presentado en el Vassar College, la Universidad de San Marcos, la Universidad de Puerto Rico, la Universidad de Columbia y la Universidad de París. Murra encontraba de sumo interés las etnografías británicas y, en relación a las críticas que éstas recibieron, argumentó:

En algunos círculos antropológicos se oye con frecuencia el argumento de que los antropólogos sociales británicos no se interesaban por la historia, ya que provenían de una declarada perspectiva ahistórica. Me parecía que esto no tenía ninguna importancia, dados los resultados, y que incluso no era cierto en el caso de los estudios sobre los azandes de Evans-Prichard o sobre los zulúes de Gluckman. Lo que Bronislaw Malinowski y Raymond Firth lograron antes de 1940 fue un nuevo modelo para el trabajo etnográfico de campo: se exigía un conocimiento de las lenguas vernáculas y un contacto repetido con la gente estudiada (...) Lo que ellos lograron estableció un nuevo y muy alto nivel para el trabajo de campo, que luego habría de convertirse en modelo para el resto del mundo.

Estaba dispuesto entonces, y aún lo estoy, a aceptar aproximadamente una generación más de posturas ahistóricas en la antropología, si los resultados se fundamentan en un trabajo de campo concienzudo y llevado a cabo en la lengua local (Murra 1984).

⁷⁵ Murra no fue incorporado a las filas del ejército por su participación en la Guerra Civil Española.

Murra se casó por segunda vez en 1945 con Elizabeth Sawyer, a quien había conocido mientras dictaba clases en Chicago. En 1946 el gobierno le negó la ciudadanía a causa de su participación en la Guerra Civil Española, aunque en 1950, tras haber realizado una demanda judicial, finalmente le fue otorgada. Sin embargo, no fue hasta 1956 que le dieron el pasaporte⁷⁶. Esta circunstancia le impidió aceptar una beca del Social Science Research Council que, de haber estado Murra en condiciones de viajar, le habría financiado su viaje a Ecuador para continuar la investigación para su tesis doctoral. Por esta razón optó por estudiar los grupos de la región andina a través de los documentos disponibles en Estados Unidos (Universidad de Cornell).

Con el fin de sostenerse económicamente, entre 1947 y 1949⁷⁷ Murra dictó clases en la Universidad de Puerto Rico; se desempeñó como especialista regional en el Departamento de Tutela de la organización de Naciones Unidas; editó dos números sobre África en la revista *Nation* y desde 1950 hasta 1961 fue profesor en el Vassar College. En 1952 dirigió una serie de trabajos de campo realizados en Jamaica por estudiantes de la Universidad de Yale. Cuando terminó su trabajo decidió viajar junto con su esposa –de quien se separó al año siguiente–, primero a Cuba y luego a México, donde se encontró con Angel Palerm. Este investigador, al igual que Murra, había participado en la Guerra Civil Española, emigrando luego como refugiado a México. Murra estableció con Palerm un fuerte vínculo y lo describió como “un líder institucional, inventaba soluciones a problemas insolucionables” (Castro *et al.* 2000: 53).

Murra entregó su tesis en 1955, titulada *The Economic Organization of the Inca State*. Al año siguiente la defendió y así obtuvo el doctorado en Antropología en la Universidad de Chicago. Su antiguo profesor Cole, ya

⁷⁶ Estos acontecimientos tuvieron lugar durante el llamado “macartismo” que, si bien tiene sus raíces en los años previos, tuvo lugar entre 1950 y 1956. Durante estos años el senador Joseph McCarthy impulsó una serie de delaciones y la creación de listas negras, cuyo objetivo eran personas sospechadas de ser comunistas.

⁷⁷ Entre 1949 y 1950 Murra decide que es tiempo de realizar su tesis de doctorado y comienza además las sesiones de análisis con Saúl Newton, su antiguo compañero de brigada en la Guerra Civil Española (Castro *et al.* 2000).

jubilado, asistió a la ceremonia. Murra consideraba que los años de enseñanza en Chicago (1943-45) lo habían preparado para mirar las crónicas desde una nueva perspectiva. Sobre el impacto personal de los años de investigación dedicados a la tesis, el autor expresó:

Cuando terminé el trabajo de campo y una vez familiarizado con la literatura del siglo XVI, se produjo en mí una reacción directa e íntima, una profunda conmoción por lo descubierto y su inmediata aceptación. Aún cuando un compromiso tan personal y emotivo puede afectar negativamente el trabajo de uno, creo que en mi caso reforzó el interés académico, particularmente durante los años "secos" (1947-1956) en los que se me impidió regresar a los Andes. El hecho de considerar mi trabajo como algo que implica, no sólo la recuperación del pasado, sino además pertinencia para el futuro de la población andina, es algo que también ayuda (Murra 1984)

En estas líneas se pone de manifiesto el compromiso que el autor asumió en su trabajo en las sociedades andinas. Años más tarde exigiría a sus doctorandos que concibieran tanto sus vínculos institucionales como los etnográficos con similar sentido de responsabilidad y no como meros "contactos" (Salomon 2009, en prensa)

Murra viajó a Cuzco en 1958 –gracias a un semestre libre que le otorgó el Vassar College– y se presentó en un congreso de Historia Militar, donde expuso un capítulo de su tesis doctoral. Allí conoció a María Rostworowski, a Franklin Pease y a Matos Mar, quien lo invitó a dictar clases en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima. En aquel momento también tuvo su primer contacto con José María Arguedas. Durante 1958 y el siguiente año realizó trabajo de campo y de archivo en Cusco. En 1961 se desempeñó como profesor visitante en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en México, y en 1962 ejerció un rol similar en la Universidad de Yale, en la que tuvo a Bruce Trigger como alumno. A partir de su viaje a Cusco comenzó a diagramar

lo que luego sería el Proyecto de Huánuco, y en 1963 recibió del Institute of Andean Research de New York (IAR) y de la National Science Foundation la financiación para tres años de estudio en Huánuco. Además, ese mismo año comenzó a formar parte del IAR.⁷⁸ Craig Morris se presentó como voluntario al proyecto, en el marco del cual se realizaron dos años de trabajos de campo (1964-1965) y un último año en Lima destinado a la redacción. Dos años más tarde editó el primer tomo de *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562. Iñigo Ortiz de Zúñiga, visitador* (1967) (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian).

Murra impulsó la creación de centros de investigación en Perú a través de su participación, en 1964, en la fundación del Instituto de Estudios Peruanos⁷⁹. En ese mismo año publicó, con la ayuda de José María Arguedas y Waldemar Espinoza la *Visita hecha a la Provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567*⁸⁰. Por aquel tiempo continuó dictando clases en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y luego como profesor visitante en Chile, durante 1965. En 1966 retornó a Lima para continuar sus investigaciones en el Archivo Nacional. Ya en Estados Unidos, entre 1966 y 1967 se desempeñó como Asociado post-doctoral de la Academia de Ciencias.

⁷⁸ Mientras se encontraba en Yale y de manera paralela al armado del Proyecto de Huánuco, Murra se presentó como candidato para la dirección del nuevo Museo de los Yoruba, dado que en la década anterior se había mantenido vinculado a las repúblicas africanas emergentes. Sin embargo, a causa de su edad fue rechazado para este puesto. Posteriormente reconsideraron esta decisión, pero Murra ya contaba con la financiación para Huánuco. El autor sostiene que fue posible obtener el dinero para realizar las investigaciones en Huánuco, gracias al incremento de las inversiones en todos los planos que tuvo lugar en Estados Unidos tras el lanzamiento ruso en 1957 del Sputnik, primer satélite artificial (Castro *et al.* 2000).

⁷⁹ José Matos Mar fue el director de este instituto durante las primeras dos décadas. Al momento de su creación también participaron: Augusto y Sebastián Salazar Bondy, Rosalía Ávalos Alva, José María Arguedas, Luis E. Valcárcel, María Rostworowski, Alberto Escobar y Aníbal Quijano. Los impulsaba el deseo de construir un espacio para el estudio de las Ciencias Sociales que reuniera intelectuales nacionales y extranjeros (Instituto de Estudios Peruanos)

⁸⁰ El Institute of Andean Research de New York —del que Murra era miembro desde 1963— financió esta publicación, que fue editada por la Casa de la Cultura del Perú, en ese momento bajo la dirección de Arguedas. Waldemar Espinoza fue quien ubicó la visita en el archivo de Sevilla y luego le facilitó una copia en microfilm a Murra. Los acontecimientos posteriores no se presentan del todo claros, se encuentran inmersos en un desacuerdo entre Espinoza y Murra. El primero asegura que Murra intentó minimizar su vinculación con la edición de la visita, mientras que el segundo sostiene que la traducción paleográfica no fue realizada por Espinoza sino por él mismo y su grupo de colaboradores (Castro *et al.* 2000, Espinoza [2006] 2007).

En 1968 fue nombrado Profesor Titular en la Universidad de Cornell, donde permaneció hasta su jubilación en 1982. Ocupó, por sugerencia de Craig Morris, el puesto que había quedado libre tras la muerte de Alan Holmberg (Universidad de Cornell). Lynch –quien fuera colega de Murra en Cornell– señaló que, a diferencia de los estudiantes de Holmberg, quienes se interesaban en el presente y el futuro siguiendo la línea de la Antropología aplicada⁸¹, los estudiantes de Murra se encontraban “all interested in the Andean Past and most already had considerable experience in the Andes, a high degree of maturity, and a commitment to John’s sort of anthropology” (Lynch 2002: 141). Actualmente la cátedra de la Universidad de Cornell lleva el nombre de Murra y se encuentra a cargo de uno de sus alumnos, Frank Salomon⁸².

Son conocidos los esfuerzos de Murra por favorecer las oportunidades de estudiantes sudamericanos y promover el diálogo entre investigadores de diferentes nacionalidades. El autor consideraba que las universidades debían contribuir a la formación de investigadores provenientes de aquellas regiones en las que sus docentes realizaban estudios (Salomón 2009, en prensa). Sin embargo, no le fue fácil conseguir el apoyo institucional, situación que se modificó parcialmente cuando la American Anthropological Association creó un comité destinado a establecer vínculos con antropólogos de todo el continente americano⁸³. Entre los encuentros auspiciados por Murra se destacan: un seminario comparativo sobre los Andes y Mesoamérica, organizado junto a Angel Palerm en 1972⁸⁴; un proyecto de campo de Lago Titicaca llevado a cabo con Luis G. Lumbreras en 1973⁸⁵, y el Otoño Andino,

⁸¹ Auspiciado por la Universidad de Cornell y el Peruvian Indian Institute, Alan Holmberg dirigió entre 1951 y 1966 un proyecto de Antropología aplicada que consistió en rentar la hacienda Vicos e impulsar la modernización de los cultivos de la comunidad (Patterson 2001).

⁸² Dra. Ana María Lorandi: comunicación personal

⁸³ La creación de este comité habría sido consecuencia del escándalo que se produjo cuando, en 1965, el Proyecto Camelot salió a la luz. Elaborado en 1964, este proyecto incluía antropólogos y tenía como objetivo identificar focos de guerrilla en distintos países de Latinoamérica.

⁸⁴ Para este seminario, Murra habría preparado su conocido trabajo “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”, que luego fue publicado en el segundo tomo de la *Visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga* (1972) (Castro *et al.* 2000)

⁸⁵ El armado de este seminario se habría iniciado a partir de una charla entre Murra y Emilio Choy, que tuvo lugar en Lima, en la que ambos expresaron su interés por estudiar la zona del

que se celebró en 1977 en la Universidad de Cornell (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian, Murra 1984).

En 1968 Murra fue elegido para realizar la conferencia en Honor a Lewis H. Morgan en la Universidad de Rochester, la misma versó sobre "Reciprocidad y redistribución en las civilizaciones andinas". Entre 1970 y 1971 se desempeñó como profesor invitado en Yale y Presidente de la American Society of Ethnohistory. Los dos años siguientes ocupó este último cargo en la American Ethnological Society, la sociedad antropológica más antigua de los Estados Unidos. Durante 1974 y 1975 dictó cursos en el Institute for Advanced Study en la Universidad de Princeton; entre 1975 y 1976 lo hizo en l'Université Paris X Nanterre, y en 1977 fue invitado al Instituto Nacional de Antropología e Historia de México y en 1981 a la Universidad John Hopkins. Finalmente, se desempeñó como presidente del Institute of Andean Research durante el periodo 1977-1983⁸⁶ (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian, Universidad de Cornell).

En 1972 logró editar el segundo tomo de la visita de Huánuco, que se había demorado por falta de financiación. Allí incluyó "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". Tan sólo un año después presentó, en un homenaje al padre Le Paige realizado en Chile, "Límites y limitaciones del archipiélago vertical en los Andes". El libro resultado de dicho homenaje recién fue publicado en 1977, y es probable que por esta razón el artículo no se haya incluido en la primera compilación de los trabajos de Murra editada en 1975, *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo*

lago Titicaca con la intención de averiguar si otros grupos, además de los lupaca, recurrían a la verticalidad. Cuando el seminario se concretó, junto a Lumbreras, el grupo había logrado tres becas para estudiantes norteamericanos y tres para peruanos.

⁸⁶ Sobre el periodo en que Murra presidió el Institute of Andean Research se nos presenta un inconveniente. A diferencia de la información que suministran la Universidad de Cornell y el Instituto Smithsonian, en Castro *et al.* se sostiene que el periodo se extendió desde 1977 hasta 1998. No ha sido posible constatar estas fechas directamente con datos del Institute of Andean Research. No obstante, contamos con las dos fuentes mencionadas que asignan un lapso menor (1977-1983) a la presidencia de Murra. Nos inclinamos por esta última temporalidad que, además, parece más razonable que una presidencia de dos décadas.

Andino. Tres años más tarde publicó su tesis doctoral; lo hizo en español, bajo el título *La organización económica del estado inca* (1978)⁸⁷.

En 1976 permaneció un mes en Sevilla para consultar el Archivo General de Indias. Al año siguiente realizó un viaje similar y durante 1978-79 utilizó el año sabático otorgado por la Universidad de Cornell para continuar sus investigaciones en dicho archivo. En 1980 viajó a Perú, donde fue nombrado Investigador del Instituto de Estudios Peruanos. Tras su jubilación en 1982, se desempeñó como consultor para el Banco Nacional de Bolivia en el Museo Nacional de Etnografía. En esta misma época Murra visitó Buenos Aires y tomó contacto con investigadores Argentinos⁸⁸. Entre 1985 y 1986 retornó al archivo de Sevilla, visitó también el Archivo Nacional de Madrid, fue profesor invitado en las Universidades de Sevilla y Madrid y en el Institut Català d'Antropologi en Barcelona (Castro *et al.* 2000, Instituto Smithsonian).

En 1987 Murra recibió la gran Cruz de la Orden del Sol de Perú. Ese mismo año le otorgaron la Beca Guggenheim, que se concede anualmente a profesionales avanzados en su campo. Entre 1988 y 1989, visitó nuevamente Argentina, donde dictó un seminario en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires⁸⁹ y participó del I Congreso Internacional de Etnohistoria, llevado a cabo en la misma institución. Al año siguiente realizó nuevamente trabajo de archivo en Sevilla, y en 1993 la Universidad de Barcelona le otorgó título de doctor Honoris Causa. En 1995 se desempeñó como profesor visitante en Chile. A la edad de 90 años, el 16 de octubre de 2006, Murra falleció en Estados Unidos (Castro *et al.* 2000, Fundación Guggenheim, Instituto Smithsonian, Lorandi 2006).

⁸⁷ Inicialmente (entre 1972 y 1974) se planeó -con la ayuda de Enrique Tandeter- la publicación de la tesis doctoral en Argentina, a través de la editorial Siglo XXI. Sin embargo, en el marco de la persecución política de aquellos años, la editorial debió suspender sus actividades y finalmente la tesis fue publicada en Siglo XXI, pero de México (Dra. Ana María Lorandi: comunicación personal).

⁸⁸ Dra. Ana María Lorandi: comunicación personal

⁸⁹ Dra. Ana María Lorandi: comunicación personal

ANÁLISIS DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE JOHN MURRA

Consideraciones preliminares

A lo largo de su vida John Murra realizó aproximadamente 60 publicaciones, entre las que se incluyen las ediciones de tres visitas, dos compilaciones de artículos, la re-edición de la *Nueva Cronica y Buen Gobierno* de Guaman Poma y la reproducción de su tesis doctoral en cuatro idiomas (español, inglés, italiano y rumano) (Castro *et al.* 2000). Durante el período que nos ocupa –desde 1943, con la publicación que tuvo como autor principal a Collier, hasta la edición de 1972 del segundo tomo de la *Visita de la provincia de Leon de Húanuco en 1562*, en la que se incluye el renombrado artículo sobre el control vertical– Murra escribió alrededor de 24 artículos y editó la *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel 1567* (junto a Arguedas y Espinoza, en 1964) y los dos tomos de la mencionada visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga a Húanuco, en 1967 y 1972. Contamos con estas visitas y con la mayor parte de los artículos (22).

Muchos de sus trabajos de este periodo retoman gran parte de lo tratado en su tesis de doctorado, principalmente aquellos que corresponden a la década de 1950, y otros responden al interés de Murra durante los años 60' por difundir las virtudes del uso de las visitas en las investigaciones. Por estas razones, abundan las reiteraciones y resulta muy desigual la importancia que han cobrado sus distintos trabajos, situación que ya ha sido advertida por otros autores:

Sólo un libro, un artículo y la edición de las Visitas han servido para revolucionar las investigaciones sobre el mundo andino; lo demás que ha publicado amplía, mejora, corrige o incursiona tímidamente en otros temas, pero, aunque importantes muchos de ellos y por cierto también muy citados, no son substanciales en su producción. Con sólo un libro, un artículo y la edición de documentos no hubiera pasado los ridículos controles académicos que ese mismo mundo académico se ha impuesto a sí mismo en la actualidad (Lorandi 2002: 143)

Las visitas a las que se refiere Lorandi han sido ya mencionadas⁹⁰; el artículo por supuesto es "El 'control vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas" (1972), y el libro su tesis doctoral *La organización económica del estado inca* (1978). Dicha tesis, si bien fue finalizada en 1955 y defendida al año siguiente, no se publicó hasta dos décadas después, aunque circuló bajo la forma de microfilm durante todo ese lapso. Cuando Murra finalmente accedió a publicarla, lo hizo primero en castellano y un año después fue editada en inglés.

El análisis del desarrollo de las ideas y argumentos de Murra presenta ciertas dificultades, sobre todo para el período 1950-1960, que radican, por una parte, en la publicación tardía de la tesis y por otra, en las características propias de la compilación de 1975. Dichas dificultades consisten en que los trabajos no se nos presentan enteramente en su forma original sino que han sido revisados por el autor a la luz de sus nuevos conocimientos en la década de 1970. Debemos entonces realizar una serie de advertencias metodológicas en relación al camino elegido para sortear estos problemas. En primer lugar hemos examinado exhaustivamente de qué manera y hasta qué punto fue modificada la tesis doctoral. Llegamos a la conclusión de que es posible fiarse de la información tal como se presenta en la edición de 1978, ya que Murra ha mantenido en el cuerpo del texto las ideas originales, aclarando cambios en su postura en notas a pie de página. Ilustraremos esto con un ejemplo: el autor afirma en la tesis doctoral que, en el estudio de sociedad inca, "ya no es factible un significativo trabajo de campo etnográfico" (Murra 1978: 20). Al momento de publicar la tesis Murra se distancia de tal postura considerándola "uno de los graves errores de los que adolece la presente tesis" (Murra 1978: 20), pero no por ello elimina esta frase del escrito, sino que la mantiene y aclara cómo ha reconsiderado el tema en la nota a pie de página número doce.

⁹⁰ Se debe agregar a las de Garcé Diez e Iñigo Ortiz de Zúñiga, la *Visita a los valles de Sonqo* publicada en 1991.

En segundo lugar, con respecto a los artículos reeditados en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*⁹¹, hemos cotejado la información que en ellos aparece con: a) las publicaciones originales, este es el caso de "Un reino aymara en 1567" y de "Nueva información sobre las poblaciones *yana*"⁹², entre otros; b) comparamos textos que trabajan temas similares y que fueron escritos en la misma época, por ejemplo la edición de 1975 de "En torno a la estructura política de los *inka*" (1958) con la versión original de "Temas de estructura social y económica en la etnohistoria y el antiguo folklore andino" (1962b). Finalmente, c) encontramos una serie de artículos en la compilación que se corresponden con capítulos de la tesis doctoral y, teniendo siempre presentes las consideraciones realizadas sobre esta última, hemos procedido a compararlos.

A fin de proceder al análisis de la obra de Murra, agrupamos sus trabajos según un criterio cronológico pero a la vez temático, que refleja dónde estaba puesto el foco de interés del autor en cada momento y de qué manera sus argumentos se fueron enriqueciendo. En el apartado inicial comentaremos el primer acercamiento de Murra a las investigaciones andinas a través los estudios que realizó junto a Collier, y las tempranas referencias del autor a una continuidad de patrones andinos preincaicos. Luego nos detendremos para trabajar en detalle las ideas presentadas en su tesis doctoral y sus influencias teóricas. El tercer apartado está dedicado a examinar la reescritura que el autor realiza de algunos capítulos de su tesis a la luz de su primer acercamiento a las visitas. A continuación exploraremos las características del Proyecto Huánuco, dirigido por Murra, atendiendo tanto al contenido de la investigación como a las vinculaciones institucionales que se establecieron en el marco de dicho

⁹¹ La segunda compilación de los trabajos de Murra, titulada *El mundo andino* (2000), contiene numerosas modificaciones en la redacción de los artículos y, en no pocas oportunidades, han sido reemplazadas categorías o conceptos. Por ello hemos decidido utilizar sólo la compilación de 1975 para el análisis de las obras.

⁹² En lugar de utilizar solamente la publicación original, cuando contamos con ella, hemos comparado las primeras ediciones con las más recientes con el fin de hacernos una idea del grado de transformación que pueden haber sufrido los trabajos publicados en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*.

proyecto. Seguidamente trataremos el empleo que Murra hace de las visitas en una etapa de mayor familiarización con ellas, que desemboca en la consolidación de su modelo. En el sexto y último apartado analizamos qué significó para Murra la Etnohistoria como proyecto de investigación.

Primer esbozo de la idea de continuidad cultural andina pre-incaica (1943-1946)

En 1943, Collier y Murra publicaron el resultado de su trabajo en Ecuador bajo el título "Survey and excavations in southern Ecuador", dentro de la serie de Antropología del Field Museum of Natural History y gracias al auspicio del Institute of Andean Research. Esta última institución impulsó una serie de proyectos de investigación para América del Sur y América Central. La dirección del proyecto de Ecuador estaba en manos de Cole, con quien se habían formado tanto Murra como Collier. En este escrito informaron que tras largas tareas de prospección realizadas en 1941 decidieron excavar el Valle Cañar "because of the variety of ceramic types found there and because there was good promise of encountering stratified deposits" (Collier y Murra 1943: 17). Además, en este trabajo los autores propusieron que Ecuador ocupa un lugar central para el estudio de los intercambios entre los Andes Centrales y Colombia. La tesis de maestría de Murra se basó en los trabajos realizados en dicho valle.

Tres años después, Murra publicó en el *Handbook of Southamerican Indians* un trabajo encargado por Bennett en el que examinaba las fuentes tempranas para la zona de Ecuador, titulado *The historic tribes of Ecuador* (1946). Allí describió los grupos de la región insertándolos en un conjunto más amplio de sociedades andinas pre-incaicas. Para ello intentó distinguir en las referencias de los documentos las pautas incaicas de las propiamente locales. Se anunciaba de esta manera el entrelazamiento, que perdurará a lo largo de toda su obra, entre los temas de investigación que le interesaban y los desafíos metodológicos que estos implicaban.

Si bien en este artículo Murra recuperó la descripción tradicional de las sociedades que ocupaban esta región como marginales, en tanto fueron conquistadas tardíamente por los incas sin haber logrado su completa integración; señaló además que “we can also think of these tribes as part of an extensive north Andean continuum of native tribes” (Murra 1946: 785). Es notable como ya en los momentos iniciales de su obra Murra dirigió su interés a la diversidad de grupos étnicos que habitaban la región andina, no sólo a los incas, y comenzó a pensar en términos de continuidad cultural a partir de una serie de elementos comunes que habrían posibilitado la adaptación exitosa a un medio hostil –idea que más adelante desarrolló en términos de “logro andino” –. Para los fines del artículo, el área donde tal continuum se manifiesta abarca desde el centro y sur de Colombia hasta Perú, y los elementos semejantes serían: el suministro de alimentos por medio de un cultivo intensivo y variado, las rutas de comercio y la reunión de grupos locales para fines militares y prácticas artísticas similares.

A raíz de su interés por dar cuenta de los distintos grupos de la región, surge la preocupación de Murra por distinguir en los documentos aquello que es propio de la organización social nativa y aquello que procede de la imposición del sistema incaico. Realizar tal distinción no fue sencillo para el autor, ya que una serie de circunstancias históricas condicionaron el conocimiento de los grupos étnicos del actual Ecuador: al resultar una región económicamente menos provechosa que Perú, despertó interés en un número reducido de colonizadores y cronistas, los cuales ya se encontraban relativamente familiarizados con “lo incaico” y por ende registraban con mayor facilidad su redescubrimiento en un nuevo espacio.

Entre las fuentes utilizadas para este trabajo, el autor destacó los escritos de Pedro de Cieza de León, quien arribó a la zona diez años después de que fuera conquistada por Sebastian de Benalcázar en 1534. Recurrió además a las *Relaciones Geográficas de Indias* que contienen información sobre las tierras altas de la región; a documentos producidos por los cabildos de reciente publicación

por aquellos años; a las descripciones de exploradores entre los que se encuentran Samanos, Jerez y Oviedo; y a cronistas de los siglos XVI y XVII como Miguel Cabello Balboa y Sarmiento de Gamboa, que en sus escritos brindan información sobre la conquista de Ecuador por los Incas, aunque en opinión del autor no son ricos en “información etnológica” (la búsqueda de este tipo de información en los documentos será una constante en Murra). Además de trabajar con estas fuentes, Murra consideró los estudios que habían realizado Philip Means y Louis Baudin en un intento de sistematizar las crónicas⁹³.

Luego de explicitar los documentos a utilizar, Murra realizó una clásica descripción de los grupos estableciendo el área que ocupaban, a partir de una distinción inicial entre sierra y costa, con posteriores subdivisiones al interior de esos grupos. Tras destacar la dificultad de dar cuenta de las diferencias lingüísticas – ante la falta de registros de las mismas a causa de la imposición del quechua con la conquista incaica y su consolidación como lengua franca con la española – dio inicio a una caracterización de los distintos grupos en base a: mecanismos de subsistencia; disposición de casas y poblados; comercio; manufacturas; ropa y ornamentos; organización política y religión. En su descripción enfatizó que los grupos de la sierra “shared a basic Andean cultural substratum” (Murra 1946: 791) anclado en prácticas agrícolas compartidas, un tratamiento común de los animales y formas de organización social similares. Respecto a los grupos de la costa, sobre los que se cuenta con menos información, el autor destacó que mantenían un contacto regular entre sí a partir del flujo de bienes, y que aunque intercambiaban con los de la sierra, eran notablemente distintos en lo que se refiere a pautas culturales.

Una vez caracterizadas las sociedades de la región de Ecuador, Murra trató la conquista inca de este territorio, remitiendo a los lineamientos generales que ofreció Rowe sobre la expansión del imperio en el mismo volumen del *Handbook*. Es también en este escrito en el que Murra caracterizó el sistema incaico como una forma de feudalismo, afirmación que retiró luego en su tesis

⁹³ Estos estudios han sido reseñados en el capítulo II.

doctoral y que se enmarca en el debate, iniciado a principios del siglo XX —que hemos reseñado en el capítulo II— y que aún continuaba vigente acerca, del carácter feudal, esclavista o socialista de la sociedad incaica.

Nuevamente en este punto, Murra expresó su preocupación por la posibilidad de discernir a partir de las fuentes entre los elementos propios de las culturas ya presentes en Ecuador y aquellos pertenecientes a los Incas, indicando la necesidad de realizar estudios arqueológicos que vendrían a dar respuestas a aquellos interrogantes que no se puede contestar sólo desde los documentos. En un intento por lograr una aproximación a tal distinción, Murra identificó como influencias incas: el traslado de poblaciones; los nuevos cultivos; el incremento significativo en la cantidad de llamas; los canales de irrigación; la expansión del quechua; el sistema de caminos; la construcción de templos del sol y asentamientos urbanos. Esta influencia inca habría sido más profunda en la sierra que en la costa, involucrando principalmente aspectos como la tenencia de la tierra, las formas de subsistencia y la organización social.

Con la conquista española del territorio, a partir de la campaña de Sebastian de Benalcázar en 1534, entran en juego nuevas formas de tributo: la encomienda, los corregidores, el trabajo en minas y obrajes y el comercio nativo. Murra ilustró cada una de estas categorías retomando las caracterizaciones generales realizadas por otros autores e incorporando ejemplos propios de la región. En cuanto a la posterior independencia y la conformación de una república, Murra sostuvo que ha significado poco para los grupos étnicos, quienes siguieron pagando tributo por alrededor de 35 años más. El autor llegó en su recorrido a tratar incluso la situación actual de estos grupos, examinando lo que él considera es el punto central de su organización: la tenencia de la tierra. Distinguió entonces tres grandes grupos de indios según la forma de ocupación de la tierra: aquellos que son parte de una hacienda, los llamados 'suelos' que trabajan por periodos en los centros urbanos y la comunidad india.

El Estado Inca desde abajo (1950-1955)

Entre 1950 y 1955 Murra escribió su tesis doctoral, y un año después de finalizarla realizó su defensa. En 1978 fue publicada en español –y un año más tarde en inglés⁹⁴–, bajo el título *La organización económica del estado inca*. Por más de dos décadas, la obra circuló entre los investigadores en formato de microfilm. En ella, Murra dio cuenta de “la originalidad de este imperio fuertemente centralizado pero operando en base a una maximización de los modelos políticos, económicos y sociales ya desarrollados por milenios en el mundo andino” (Lorandi 2006).

La tesis se encuentra estructurada en dos partes⁹⁵; la primera incluye cuatro capítulos “más descriptivos y técnicos” (Murra 1978: 22): agricultura; tenencia de la tierra; rebaños; y tejidos, seguidos por un resumen preliminar de lo expuesto. La segunda parte también contempla cuatro subdivisiones: la prestación rotativa campesina y las rentas del estado; el reparto del excedente o el estado redistributivo; intercambio y trueque; de la prestación rotativa a la servidumbre. Los capítulos cinco y seis constituyen el nodo central de la tesis, al centrarse en las “instituciones económicas estatales” (Murra 1978: 22). La obra finaliza con un epílogo en el que Murra se aventuró a especular en qué direcciones hubiera continuado el desarrollo del sistema incaico si la conquista española no se hubiera producido.

La edición de 1978 cuenta con dos prólogos, uno escrito en 1955 y otro en 1977, nos centramos en el primero de ellos que es el que corresponde a nuestro periodo de análisis. Murra se distanció de la discusión ya clásica en torno al tipo de sistema –esclavista, socialista, feudal– y propone como alternativa un estudio etnológico. Afirmó que se ha extendido –sobre todo entre los siglos XVIII y XIX– una idea del imperio inca como “estado de bienestar” en el que nadie era pobre ni pasaba hambre, impresión que perduraría aún en autores

⁹⁴ En 1979 la hermana de Murra realizó una selección y edición de la tesis doctoral y artículos más recientes y publicó una traducción al rumano. Un año más tarde la tesis fue traducida también al italiano.

⁹⁵ Comentamos aquí de manera esquemática la organización de la tesis doctoral, cuyos apartados serán tratados en profundidad en las páginas siguientes.

como Means, Valcárcel y Rowe. Sobre esta idea se han apoyado, en muchos casos, quienes prefieren clasificar esta sociedad como socialista en lugar de esclavista o feudal⁹⁶. En la década anterior, Murra había sostenido justamente este último rótulo, pero en esta oportunidad se apartó de ese camino y optó por una “descripción integradora de una sociedad específica, y no en su clasificación según categorías que surgen de la historia económica y social de Europa” (Murra 1978: 19). Tal descripción la realizó, además, a la luz de los aportes brindados por las etnografías de las décadas previas realizadas por la escuela británica en África y en el Pacífico. El trabajo de campo se había realizado en sociedades que podían equipararse con la incaica por no ser industriales y contar al mismo tiempo con una clara estratificación social. En una entrevista que le realizaron varios años después, Murra recordó las influencias que en aquella época lo llevaron a replantear su trabajo:

La ruta que tomé implicó dos caminos diferentes: mi participación en la guerra española me había distanciado de la ortodoxia estalinista, pero más importante aún fue mi descubrimiento de las grandes monografías de los antropólogos sociales británicos. Me encontré con estudios de campo de reinos africanos que fueron invadidos y vencidos hacia finales del siglo XIX, por lo que las tradiciones orales y las ideologías del pasado preeuropeo aún eran vividas como fuerza real. Los trabajos de E. E. Evans-Prichard sobre los azandes, de Rattray, Danquah y Fortes sobre los ashantis, y de Max Gluckman sobre los barotses y los zulúes, fueron todo un descubrimiento (...) Si uno quería entender las organizaciones sociales precapitalistas ágrafas del mundo entero, motivación de mi estudio sobre el Estado inca, era necesario plantearse nuevas preguntas y tener en cuenta la nueva información de fuera del continente americano (Murra 1984)

⁹⁶ En este mismo sentido, Murra dedica varias líneas a discutir una interpretación común en aquellos años –y cuyo principal representante era Arthur Morgan– que sostenía que la obra *Utopía* de Tomás Moro se inspiraba en la sociedad inca. Murra alegó que el libro había sido escrito diez años antes de la llegada de Pizarro a Perú, y desestimó la hipótesis de Morgan de un “descubrimiento” portugués previo (Murra 1977: 17).

En consecuencia, su tesis tenía como objetivo “el estudio de la economía de los incas y, en parte, de su organización social, dentro de un marco etnológico y de la antropología social”⁹⁷, particularmente interesado en “la comunidad étnica local y sus vínculos con el estado” y bajo la premisa de que este acercamiento le posibilitaría realizar nuevos tipos de preguntas a documentos ya trabajados (Murra 1978: 18-19).

El autor reconoció como similar a la suya la propuesta de Heinrich Cunow a fines del siglo XIX, quien afirmó la necesidad de situar en un contexto etnográfico la información que se tenía sobre los incas. Murra consideró que el conocimiento que le proveían las etnografías del Pacífico y de África era indispensable para llevar a cabo este objetivo, y que por lo tanto se encontraba en una posición privilegiada en relación a Cunow. Era posible entonces releer las fuentes a la luz de los trabajos etnográficos logrando “una antropología que sería a la vez histórica y funcional” (Murra 1978: 19).

Tal como mencionábamos en la introducción a este capítulo, en su tesis doctoral encontramos la primera mención de Murra al término “redistribución”, reconociendo la autoría de Polanyi. En los inicios de la década de 1950⁹⁸ Murra asistió a un seminario de este autor. Allí escuchó por primera vez acerca de la redistribución. Luego mantuvo algún contacto con Polanyi por intermedio de Ann Chapman, una de las personas que Murra había contratado para mecanografiar su tesis. En el prólogo de 1955, el autor se refirió a su empleo del término de Polanyi de la siguiente manera: “en el nivel conceptual quisiera agradecer la deuda contraída con el profesor Karl Polanyi, cuyos estudios de sistemas redistributivos encontré muy estimulantes” (1978: 22). Dos décadas más tarde, Murra continuaba agradeciendo el concepto a Polanyi pero

⁹⁷ Inicialmente, Murra pretendía realizar un estudio de la organización económica y social incaica —con ese objetivo en mente sistematizó la información—; sin embargo, la complejidad del tema lo obligó a elegir entre estas dos esferas, optando por mantener el plano económico en el centro del análisis. Por otra parte, en lo que se refiere a “cultura material y tecnología”, consideró que las obras de Rowe (1944a y 1946) y el trabajo de Bennett y Bird (1949) que reunió las investigaciones enmarcadas en el Proyecto Virú daban cuenta ampliamente de ese aspecto.

⁹⁸ No nos es posible dar una fecha exacta de realización del seminario, ya que existen dos años de referencia, 1950 y 1951, dados por el mismo Murra (1978, 2000).

insistió, a la vez, en que la palabra *redistribución* designaba ideas que él y otros autores habían trabajado previamente: “El término mismo lo debo a Karl Polanyi, a quien escuché usarlo en 1951, pero mi entendimiento y aplicación del concepto a los Andes se deriva de la experiencia africana, donde el fenómeno es común y bien estudiado mucho antes de 1950” (Murra 1978: 13-14).

De esta manera, Murra describió su deuda con Polanyi como un préstamo categorial más que como una influencia teórica. Varios años después, el autor expresó aún con más énfasis esta postura: “a mí me pareció más descriptivo que teórico en aquel momento; era una frase corta para decir lo que yo decía en muchas palabras. Las comparaciones que él hace con otras sociedades yo lo había hecho desde 1940, cuando enseñaba sobre África” (Castro *et al.* 2000: 93). El autor recordó, además, que en el mismo número de *Annales* en el que Wachtel publicó “La réciprocité et l'État inca: de Karl Polanyi à John V. Murra” (1974), él había rechazado la existencia de una deuda teórica con Polanyi (Castro *et al.* 2000)⁹⁹.

Agricultura, tenencia de la tierra, rebaños y tejidos

En los primeros cuatro capítulos de su tesis, Murra intentó dar respuesta a los siguientes interrogantes:

¿Cuáles eran las formas institucionalizadas de producción de bienes? ¿De qué modo manejaron los incas las diversas prerrogativas superpuestas en la producción agrícola, que nosotros llamamos tenencia de la tierra? ¿Cómo se combinaba la producción de alimentos y de fibras con la organización de la aldea y con la autoconciencia étnica, con el sistema de parentesco o las creencias religiosas, con las pautas de autoridad y eventualmente con el estado? (Murra 1978: 131).

⁹⁹ Murra se refiere aquí a lo expresado en un texto que formó parte de un debate sobre el término *redistribución*, del cual participaron diversos autores y que se publicó en *Annales* en 1974. Sobre la posición de Murra respecto a su “deuda” con Polanyi puede consultarse también Arana Bustamante (2005).

Describió la región andina como un ambiente poco propicio — focalizándose en la puna y la sierra como espacios que se “interpenetran” — y destacó que a pesar de esto, quienes lo habitaron fueron capaces “no sólo de sobrevivir en tales circunstancias sino también de crear una serie de civilizaciones que extrajeron del medio el excedente necesario para expandirse y florecer” (Murra 1978: 29)¹⁰⁰. Estudió las características de los cultivos de papa y los de maíz, técnicas de regadío utilizadas en ellos, el sistema de rotación, rituales vinculados a los cultivos y el calendario agrícola.

Tras analizar los cultivos, los sistemas de riego y la disposición de andenes, Murra llegó a la conclusión de que era posible distinguir dos sistemas agrícolas distintos y superpuestos: uno local y otro estatal. El cultivo de tubérculos adaptados a las condiciones andinas sería de subsistencia, más antiguo y perteneciente a la sierra; mientras que el de maíz se habría hecho posible a gran escala cuando el Estado inca impulsó su expansión y aseguró los medios necesarios (regadío, andenes y abono) para su cultivo en el clima andino. De forma análoga, distinguió dos niveles en la administración del riego; por una parte mencionó una distribución local del agua, acompañada de una limpieza y conservación de las obras a escala local; y por otra, la construcción de los canales principales y su mantenimiento impulsados por los incas. En lo que se refiere a los andenes, sostuvo también una existencia pre-incaica. Sin embargo, los cronistas no permiten establecer “cuándo y bajo qué régimen laboral” se construyeron estas obras, para ello sería necesario avanzar en los estudios arqueológicos (Murra 1978: 52).

Murra retomó los escritos de Cobo, quien afirmó que bajo el sistema incaico todas las personas disponían de maíz aunque no les fuera posible cosecharlo, y esto era posible porque se les otorgaban tierras aptas para su cultivo trabajadas por colonos que a pesar de ser trasplantados se mantenían

¹⁰⁰ A continuación menciona una serie de autores (Tello, Kroeber, Valcárcel, Bennett) que sostuvieron la tesis —que él comparte— de la “unidad cultural del territorio boliviano-peruano”. Esto parece estar en la misma línea del concepto de Kroeber de áreas culturales como unidades de desarrollo histórico, que los integrantes del Proyecto Virú retomaron y al que Rowe se opuso tan fuertemente.

vinculados a su curaca tradicional. A partir de esta información, el autor se preguntó si para estos traslados los incas se apoyaron, como en otras oportunidades, en instituciones preexistentes, ya que:

hubo una continuidad marcada y muy real entre la adaptación ecológica del estado inca y la lograda por las culturas andinas anteriores. La tecnología agrícola que los incas utilizaron y extendieron era conocida desde siglos anteriores, y nada indica que hayan cultivado nuevas especies o empleado nueva herramienta. Lo que sí cambió fue la organización social, económica y política de esos hechos agrícolas" (Murra 1978: 61)

Al tratar las formas de tenencia de la tierra, Murra estableció una conexión con los dos tipos de agricultura mencionados y avanzó en los mecanismos políticos implementados en el sistema incaico. De esta manera, caracterizó primero el cultivo organizado desde los vínculos de parentesco "ayllu por ayllu", la reasignación periódica de la tierra, el trabajo colectivo de la comunidad y la resultante autosuficiencia. Luego, mediante la analogía con la información presente en etnografías africanas¹⁰¹, analizó la *ficción legal* impuesta tras la conquista, que declaraba las tierras en posesión de la comunidad como concesiones reales. Dentro de la caracterización de la tenencia de la tierra, que incluye los cultivos étnicos, los estatales y los destinados al culto del sol, Murra estableció distinciones más precisas en la asignación de tierras: a) aquellas destinadas a los señores locales; b) las asignadas por el inca a individuos o linajes por servicios especiales; c) las pertenecientes a los linajes reales; y d) las colonias establecidas por el Estado. Tal distinción buscaba determinar quiénes trabajaban cada tipo de tierra y cuál era el destino de los cultivos. La existencia de la categoría b) crea "las condiciones para un acceso diferencial por parte de determinados miembros de la sociedad a las tierras de las que ella dispone"; esta "concesión de dominios privados" es comparable al surgimiento de los

¹⁰¹ En particular aludiendo a los trabajos de Max Gluckman.

yana. Ambas categorías fueron retomadas por el autor en la segunda parte de la tesis (Murra 1978: 77).

En el estudio de los rebaños, Murra estableció la misma distinción entre étnicos¹⁰² y estatales, reconociendo aquí también la *ficción legal* impuesta por los incas y que habría conducido a los cronistas a sostener que todos los rebaños pertenecían al inca. Esto último, según Murra, es parte de la "ideología cuzqueña" pero difiere de "la realidad funcional"; en consecuencia, muchas tareas étnicas fueron atribuidas por los cronistas a la administración estatal (Murra 1978: 90). En base a estas consideraciones, el autor clasificó los rebaños en: étnicos, estatales y particulares (resultado de dádivas). Y se detuvo a examinar el surgimiento de pastores de dedicación exclusiva como una continuidad y ampliación estatal del sistema local de turnos.

Los rebaños proveían cuero, alimento, combustible y abono para el uso doméstico, y eran utilizados por el ejército para el transporte y también como alimento. Pero además de estos usos se destacan los ceremoniales y aquellos ligados al tejido, sobre los que Murra se detuvo en mayor medida. En relación al primero, el autor comentó el marco ceremonial de la contabilización de los rebaños; su presencia en tanto ofrenda en las ceremonias realizadas en Cusco y las ofrendas locales. La información sobre ellas es escasa y Murra recurrió principalmente a los escritos de los extirpadores de idolatrías.

En cuanto al segundo uso destacado, sostuvo que la lana estatal hilada y tejida en la comunidad era "uno de los vínculos y símbolos principales de la 'ciudadanía'" (Murra 1978: 99). Todo acontecimiento público de importancia, ya sea político, militar, social o religioso, requería ofrendas o intercambios de tejidos. Además, éstos servían para destacar la posición social. Murra distinguió dos variedades de telas: las domésticas (ahuasca) y los cumbi, que se dividen a su vez en dos clases: una de mayor circulación, que incluye a curacas y nobles, y otra exclusiva de la realeza. En relación a las telas de mayor calidad, analizó el papel de los expertos de dedicación exclusiva y de las accla. En lo que respecta a

¹⁰² A lo largo de toda la tesis se presenta una homologación entre étnico y campesino.

la relación entre el Estado y la comunidad local a través de los tejidos, el autor sostuvo que es “específicamente andino que se considere de igual importancia [que la agricultura] al tejido” (Murra 1978: 115), ya que en el sistema incaico la unidad doméstica tenía dos obligaciones principales hacia el Estado: 1) trabajar las tierras estatales y las del culto, y 2) elaborar tejidos según lo requiriese el Estado y el culto. Estas obligaciones conllevaban dos derechos que “garantizaban la subsistencia y autosuficiencia de la etnia” (Murra 1978: 114): 1) el de continuar con los propios cultivos en las tierras de la comunidad, y 2) el derecho a lana/algodón de los depósitos comunales.

Como resultado de lo trabajado en estos cuatro capítulos, Murra estableció una serie de premisas que le servirían de base para el desarrollo argumentativo de la segunda parte de la tesis. Por una parte destacó la continuidad de “las instituciones y los valores andinos preincaicos” que consisten en “el derecho de acceso a los bienes estratégicos de la cultura a través de lazos de parentesco y las pautas de reciprocidad” (Murra 1978: 131), que hicieron posible a su vez la continuidad de la autosuficiencia de la comunidad, anclada en la agricultura, el pastoreo y los tejidos locales. Al mismo tiempo, la comunidad se encontraba inserta en un sistema mayor que interviene tanto en la esfera económica como en la social y en la política, extrayendo trabajo de las comunidades.

Comunidad étnica y Estado inca

Con esta caracterización económica y cultural previa, Murra se propuso concentrarse en “las relaciones entre la comunidad étnica y el estado” (Murra 1978: 131), interrogándose, por una parte, acerca de las exigencias de los incas a las etnias locales y las nuevas obligaciones y lealtades; por otra parte, examinó de qué manera las instituciones incaicas encuentran su base en las formas andinas de reciprocidad y generosidad, y cómo a partir del crecimiento del Estado se hicieron necesarias nuevas instituciones.

Murra se apoyó en la cronología propuesta por Rowe en 1945 para afirmar que en un lapso de tiempo tan corto —la expansión del imperio se habría producido en tan sólo un siglo— no pudieron haberse generado todos los dispositivos administrativos que, tanto los cronistas como los quipu y la historia oral incaica, atribuyen a Pachacuti. En consecuencia, para Murra:

La mayoría de las 'innovaciones' consistieron en la reorganización y proyección sobre un escenario más vasto de antiguas y probadas técnicas andinas; otras fueron necesariamente nuevas, dado que algunos de los problemas que ahora debía enfrentar el estado no tenían precedentes (Murra 1978: 135)

De esta manera, las prestaciones en trabajo organizadas según las pautas de reciprocidad y la generosidad institucionalizada del señor preexistieron al dominio inca, desde el cual sí se las habría re-organizado en un sistema de prestaciones rotativas estatales, incorporando la construcción y el mantenimiento de depósitos estatales. Resulta difícil distinguir en las fuentes aquellas tareas que se realizaban en el marco del vínculo con el Estado incaico de aquellas que tenían lugar en el seno de la comunidad. Así como algunos autores afirmaron que el Estado incaico aseguraba el bienestar de toda la población, adjudicándole prácticas que en realidad eran llevadas a cabo a nivel de la comunidad étnica¹⁰³, de manera similar se han confundido los cultivos destinados al culto estatal con aquellos de carácter también religioso pero pertenecientes a la comunidad. De hecho, es escasa la información sobre los cultos locales hasta principios del siglo XVII, cuando aparece información en este sentido gracias a los documentos producidos por los extirpadores de idolatría.

Murra examinó las tareas asignadas a las unidades domésticas, el tributo en trabajo y algunas obligaciones del grupo hacia su curaca, y lo comparó con

¹⁰³ La capacidad de la comunidad étnica de asegurar el acceso a los principales bienes del grupo y la resultante autosuficiencia fue comparada por Murra con otras sociedades de características similares, a partir de las etnografías realizadas en África y Polinesia.

descripciones etnográficas de sociedades africanas. A partir de allí analizó cómo las prestaciones rotativas hacia el Estado se organizaban aludiendo a principios ya conocidos y sin interferir con las tareas locales. El autor describió las actividades que tenían lugar a lo largo del ciclo de vida de los tributarios, entre ellas: el cultivo, el servicio militar, el tejido, las obras públicas y el trabajo en minas. La singularidad del estudio de Murra reside en analizar estas actividades desde la perspectiva de cómo se organiza el trabajo y cuáles son los mecanismos administrativos que se ponen en juego. En este sentido, Murra señaló que:

Si la estudiamos con esta perspectiva, comprobamos que si bien las "ruinas" han sido abundantemente medidas, fotografiadas y examinadas, sólo conocemos del modo más esquemático las pautas culturales y de organización social indispensables para su construcción y mantenimiento (Murra 1978: 157)

Este tipo de análisis le permitió ofrecer un esquema general de los ingresos del Estado. En cuanto a la forma de administración de esos ingresos, Murra examinó los dos grupos que intervenían en esta tarea: los parientes del rey junto a los llamados "incas de privilegio", y los señores étnicos locales. Al organizar las prestaciones rotativas, el Estado inca logró absorber la producción de excedente de la comunidad, que luego era destinada a los linajes reales, al ejército y, finalmente, parte de ella retornaba a la comunidad. La generosidad institucionalizada del señor étnico modificaba su sentido y función al ser invocada en el nivel estatal. Junto al aparato administrativo, para organizar los ingresos del Estado, emergieron los depósitos en distintos puntos del Tawantinsuyu, constituyéndose en los instrumentos necesarios para llevar a cabo la redistribución del excedente. Dada la importancia de estos depósitos, Murra se detuvo en su caracterización. Los estatales se habrían encontrado tanto en los centros administrativos como en los caminos, y habrían existido también depósitos étnicos. Bajo la responsabilidad de un especialista, el

contenido de los depósitos pudo ser destinado a fines militares, gubernamentales, de culto o incluso como reserva.

Al captar el Estado inca el excedente de la comunidad, el sistema de rentas estatales habría canalizado los intercambios, que disminuirían al ser comparados con el flujo de circulación de bienes preincaico. Por esta razón, Murra sostuvo que estudiando el devenir del intercambio se puede conocer más sobre la expansión del Estado. La hipótesis del autor es que "algún intercambio subsistió hasta en el centro del sistema redistributivo" (Murra 1978: 210). Por ello deben ser examinados los flujos de bienes entre la sierra y el altiplano, y la tendencia a establecer colonias para asegurar dicha circulación. En este punto, el autor notaba las dificultades que se presentaban al intentar avanzar en la investigación, y sugería que sería factible ir más allá de estas consideraciones generales si fuera posible disponer de fuentes con mayor información funcional; es decir, que informaran de qué manera las poblaciones accedían a los distintos tipos de bienes y cuáles eran las instituciones que organizaban dicho acceso¹⁰⁴.

Finalmente, la misma expansión del Estado inca generó nuevos problemas, vinculados a la creación de lealtades y a las fuentes de ingresos. Los cambios producidos en este sentido se encaminaron hacia el "control particular sobre los recursos y la servidumbre personal". Sin embargo, las nuevas instituciones se encontraban arraigadas en las precedentes y por ello Murra analizó el origen de la especialización en la región andina y su institucionalización a nivel estatal. Tras describir diferentes tipos de artesanos, los burócratas y las aclas, el autor se detuvo en los mitimaes y los yana. En relación a los primeros afirmó que se debe distinguir los mitimaes estatales de los colonos prehispánicos en base a la autoridad a la que debían obediencia. Por otra parte, describió a los yana como "el grupo social más alejado del campesino andino clásico (...) los anunciadores de futuros cambios en la

¹⁰⁴ Unos pocos años después de estas consideraciones, Murra tomó contacto con las visitas y, como veremos en el siguiente apartado, retomó algunos capítulos de la tesis incorporando la nueva información.

estructura social" (Murra 1978: 230), ya que rompían los lazos con su grupo étnico.

En síntesis, los cambios en la sociedad inca involucraban, por una parte, concesiones de tierras a individuos y a linajes; por otra, el aumento de personas exentas de las prestaciones rotativas de la comunidad que pasan a estar al servicio del Estado de forma exclusiva. Murra propuso que si el desarrollo propio de la sociedad inca no hubiese sido interrumpido por la conquista española, estos cambios habrían desencadenado en una fuerte disminución de la autonomía de la comunidad étnica.

Más allá de las crónicas: nuevos tipos de documentos en los trabajos tempranos de Murra (1958-1964)

Resulta ampliamente conocido el empleo por parte de Murra de las visitas¹⁰⁵ y la prédica del autor sobre sus virtudes, asociado principalmente a su investigación en Huánuco (1964-66) y a la publicación de los dos tomos de la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga (1967, 1972). Sin embargo, tal como expresa el autor, no se debe confundir la publicación de las visitas con el momento de acceso a ellas. La visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga fue una lectura sugerida por Bennett al menos una década antes de su publicación, la de Garcí Diez le fue facilitada por Espinoza en 1960, y ya en 1965 Murra se encontraba familiarizado con la *Visita de los Valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz (1568-1570)*, realizada por Diego Dávila de Cangas y Bartolomé de Otazu, la cual recién fue publicada en 1991 (Castro *et al.* 2000). En este apartado nos interesa comentar una serie de trabajos inmediatamente posteriores a su tesis doctoral, en los que Murra retomó algunos capítulos de la misma y los completó con información obtenida en sus primeros acercamientos a las visitas y a textos folklóricos, como el de Huarochirí, publicado en esa época y cuya traducción estuvo a cargo de José María Arguedas. Finalizaremos haciendo referencia a la publicación de la

¹⁰⁵ Las visitas consisten en documentos administrativos resultado de viajes de inspección, requeridos mayormente para recabar información sobre las habitantes y recursos de determinada zona con el fin de regular los tributos.

visita de Garcí Diez, que de alguna manera cierra una primer etapa de acceso a las visitas y a su vez da inicio a la segunda, en la que tuvo lugar una lectura más profunda de estos documentos.

En la Reunión Anual de la American Ethnological Society llevada a cabo en 1958, Murra presentó un escrito titulado "En torno a la estructura política de los *inka*"¹⁰⁶. En cierta forma, el texto resumía lo trabajado en la segunda parte de su tesis doctoral. La principal novedad en este artículo es la referencia al documento que reúne cuentos y leyendas de Huarochirí, recopilados por el extirpador de idolatrías Francisco de Ávila. Años más tarde, en su revisión del desarrollo de los estudios andinos, Murra asignó a este documento una importancia similar a la de las visitas.

Ese mismo año, en el Segundo Congreso de Historia de Perú, expuso "La función del tejido en varios contextos sociales y políticos", trabajo que retomaba lo presentado en el cuarto capítulo de la tesis. Nuevamente, los intereses de la investigación quedaban vinculados a las formas de organización que posibilitaban el funcionamiento de determinadas instituciones, en este caso:

Dejando de lado los aspectos técnicos o artísticos del tejido, objetos de una rica bibliografía, las preguntas que se suscitan en este ensayo son: ¿cuáles son las asociaciones, los elementos de organización social de esta enorme producción textil? ¿quién tejía? ¿con qué fines? ¿cómo se integraba el tejido en tantos e inesperados contextos políticos y religiosos? (Murra [1958b] 1975: 147)

Aquí, Murra incluyó referencias a la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga al tratar el lugar del curaca como intermediario entre la comunidad y el Inca. Además, se ocupó de las transacciones que el visitador registró y las describió

¹⁰⁶ Inicialmente publicado en las Actas de la Reunión Anual de la American Ethnological Society de 1958, este artículo fue traducido para la compilación de trabajos de 1975, con la colaboración de Juan Palerm y Franklin Pease. Para esa fecha, el texto sufrió algunas modificaciones; su bibliografía, principalmente, fue actualizada.

en términos de “trueque”¹⁰⁷, dado que aún no estaba desarrollado el modelo del control vertical de pisos ecológicos que le permitiría integrar estos intercambios en un sistema mayor y asignarles un nuevo sentido.

Dos años más tarde, Murra publicó en *Culture in History*, un libro en homenaje a Paul Radin, un artículo titulado “Maíz, tubérculos y ritos agrícolas” (1960), trabajo que se corresponde con el primer capítulo de la tesis doctoral. Allí había propuesto la coexistencia de dos sistemas agrícolas, uno de subsistencia desarrollado con el cultivo de tubérculos en la sierra, y otro más reciente y de carácter ceremonial en torno al maíz, cuya expansión fue posible bajo el auspicio del Estado inca. Para 1960, Murra ya había tenido acceso, como vimos en el artículo anterior, a la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga sobre los chupaychu y también a la de Garcí Diez sobre los lupaqa, ya que fue justamente en 1960 que se encontró con Waldemar Espinoza en Sevilla para examinar el documento. De tal manera que, a partir de estas visitas, Murra logró precisar de qué forma cada grupo étnico accedía a cultivos situados en “un eje ecológico vertical”; esto era posible porque tanto los grandes grupos (lupaqa) como los pequeños (chupaychu) compartían una “percepción similar de los recursos y la manera de obtenerlos” (Murra [1960] 1975: 50). El acceso a los productos de distintas zonas climáticas se garantizaba mediante el asentamiento de colonos, estrategia que habría sido pan-andina.

La conexión entre los problemas que Murra se planteó en su tesis doctoral y la importancia de documentos alternativos a las crónicas quedó reflejada de forma clara en “Temas de estructura social y económica en la etnohistoria y el antiguo folklore andino”, trabajo publicado en 1962 en la revista *Folklore Americano* de Lima. Allí, Murra sostuvo que los estudios andinos habían estado atravesados por especulaciones sobre la estructura social y económica, que dificultaron la realización de estudios etnológicos. En parte, este problema se derivaba de las fuentes utilizadas:

¹⁰⁷ Este es un ejemplo además de que las ideas expresadas en el artículo original se mantienen en la compilación de 1975, aclarándose a pie de página las modificaciones que estas ideas han sufrido como producto del avance en la investigación, ya sea del autor o de colegas.

Sin comprender la organización interna de la comunidad étnica campesina, la vitalidad de los lazos de reciprocidad y parentesco y confiando demasiado en sus informantes de la élite incaica, los cronistas europeos frecuentemente atribuyeron al estado Inca lo que de hecho eran funciones mucho más antiguas de reciprocidad campesina (Murra 1962b: 226)

Murra se refirió entonces a fuentes alternativas a las crónicas englobándolas en dos categorías: 1) documentos administrativos locales como los compilados en las *Relaciones Geográficas de Indias*, confeccionados poco tiempo después de la conquista y; 2) recopilaciones y escritos de mestizos más tardíos, del siglo XVI y principios del XVII. Dentro de la primera categoría el autor incluyó la visita a Huánuco de Íñigo Ortiz de Zúñiga, que le permitió analizar la figura del curaca, sus privilegios y funciones, la importancia del parentesco para ocupar ese puesto y los medios de elección de sucesores. Como ejemplo de la segunda categoría, Murra comentó la colección del folklore de Huarochirí, en la cual se puede apreciar el funcionamiento del ayllu en un caso concreto. Las dos fuentes comentadas por el autor tienen en común que tratan “la vida serrana en sus aspectos locales, sin pretender generalizaciones a toda la zona andina. De este modo, ambas fuentes nos permiten cotejar el lienzo general de la cultura andina con el hecho local” (Murra 1962b: 233).

De esta manera, a principios de la década de 1960 Murra contaba con las fuentes de contenido “funcional” que anhelaba en su tesis doctoral, lo cual le permitió profundizar las líneas de investigación allí propuestas. En “Rebaños y pastores en la economía del Tawantinsuyu” (1964b), el autor amplió lo trabajado en el tercer capítulo de su tesis utilizando las visitas mencionadas, que le permitieron establecer diferencias locales en el acceso a bienes. Así, mientras que en Huánuco los rebaños no eran un recurso estratégico y el carecer de ellos no significaba una privación, en la región de los lupaca poseerlos era el complemento indispensable de los cultivos. Ese mismo año, Murra presentó “New data on retainer and servile population in Tawantinsuyu”, en el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, que fue

publicado en las actas en 1966 y más tarde incorporado en la compilación de *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (1975) bajo el nombre "Nueva información sobre la población *yana*"¹⁰⁸. Este trabajo se enlaza con el anteriormente comentado, porque Murra profundizó lo trabajado sobre la especialización en el último capítulo de su tesis doctoral a partir de la información que contiene la visita de Garcí Diez respecto de los rebaños lupaqa. La visita proporciona información que avala una hipótesis que Murra había presentado en su tesis, para la cual en ese momento no contaba con información suficiente: la existencia de yanas pre-incaicos. El autor analizó los orígenes posibles de esta categoría para el caso de los lupaqa, las funciones que desempeñaban y las diferencias con los yanas estatales.

La Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garcí Diez de San Miguel en el año 1567 fue publicada en 1964 como el primer tomo de los Documentos Regionales para la Etnología y la Etnohistoria Andina, auspiciados por la Casa de la Cultura del Perú, que en esos años se encontraba bajo la dirección de Arguedas, y por el Institute of Andean Research¹⁰⁹. Esta institución se propuso, con el fin de "fomentar el mejor conocimiento del pasado andino", realizar publicaciones económicas y masivas de fuentes ya conocidas y editar de manera más restringida documentos de "excepcional importancia" (Arguedas 1964: VII). En el prólogo a la edición de 1964, Arguedas resaltó la importancia de la publicación de visitas y documentos similares:

Su lectura parecerá menos amena que la de los grandes cronistas como Garcilaso o Cieza, pero estos documentos regionales tienen la gran ventaja de describir en mucho detalle —pueblo por pueblo y algunas veces hasta casa por casa— un grupo étnico local, un valle en particular, una agrupación humana específica. Sus autores no tienen pretensiones

¹⁰⁸ A la versión incluida en *Formaciones* se le incorporó un párrafo introductorio que anuncia los objetivos del trabajo, subtítulos y un mayor detalle en los datos extraídos de las visitas. Las ideas expresadas y los argumentos desplegados en el original se mantuvieron sin cambios.

¹⁰⁹ El Institute of Andean Research, en un primer momento le otorgó una beca a Espinoza que le permitió realizar la transcripción paleográfica de la visita, luego subsidió la publicación a través de la Casa de la Cultura (Espinoza 1964).

literarias; son oficiales del rey, burócratas, mandados por las autoridades coloniales de los Reyes, Los Charcas o Quito a investigar y dar su parecer sobre tal o cual situación humana y social inmediata: el subir o bajar de tributos, la 'conservación' de la población amenazada a desaparecer, los pretendientes a la sucesión de cacicazgos, quejas contra los abusos de encomenderos, litigios entre comunidades sobre aguas y tierras... La etnología e historia modernas, que estudian funcionalmente las culturas e instituciones no pueden prescindir de tales detalles vividos (Arguedas 1964: VII-VIII)

A pesar de su extensión, hemos querido incorporar esta cita porque, de una manera clara, da cuenta no sólo de la importancia que tuvo la publicación de las visitas por aquellos años, sino también de los nuevos intereses de investigación que apuntaban a un estudio de la sociedad a través del análisis del funcionamiento de sus instituciones en situaciones concretas.

Acompaña la publicación del documento el trabajo de Murra "Una apreciación etnológica de la visita". Allí, el autor exploró de qué manera la información presente en la visita ofrece "ejemplos vivos" de temas que en las crónicas se encuentran tratados de manera fragmentaria. Así destacó que si bien las crónicas ya informaban que los ingresos del Estado inca no consistían en tributos en especies sino en la extracción de energía de la población, la visita aporta datos en relación a "cómo se estimulaba y recompensaba la prestación de 'servicios'" (Murra 1964: 430). Murra insistió en que este sistema no fue una creación inca sino que el Estado retomó los mecanismos de acceso a la mano de obra que habían empleado previamente los señores étnicos. Las prestaciones en energía no se producían de manera automática sino que debían solicitarse formalmente en el marco de las relaciones de reciprocidad.

Examinó también la categoría de mitmaq, cuyo fundamento era la "autarquía vertical" ejerciendo un control "sobre todos los micro-climas posibles en diferentes alturas"; y la de yana, en relación a la cuál retomó su

hipótesis de que el crecimiento de los rebaños¹¹⁰ conducía a la especialización. Destacó además que la posibilidad de controlar un territorio dependía de la capacidad para movilizar gente que lo trabajara. De manera que:

La tierra y la gente para trabajarla sobre una base recíproca formaban una sola unidad, que los estudiosos de las ciencias sociales pueden separar con fines analíticos pero que nosotros debemos volver a unir si deseamos comprenderlo según el criterio andino (Murra 1964: 435)

Las referencias a un "criterio andino" nos remite a la idea central en Murra de la existencia de "lo andino" como una continuidad cultural presente en la región desde tiempos preincaicos. Este continuum sería a la vez ecológico y social: las principales actividades como la agricultura, el pastoreo y los tejidos se desarrollaban a partir de un control territorial discontinuo que permitía el acceso a espacios con distintas características, y la posibilidad de disponer de bienes estratégicos se encontraba mediada por los lazos de parentesco y las pautas de reciprocidad. De manera tal que una serie de elementos comunes e interconectados atraviesan cualquier tema específico que se quiera estudiar y que para Murra constituyen no sólo un "logro andino" sino además en un "logro humano fundamental".

El Proyecto Huánuco (1962-1966)

En 1963 Murra obtuvo la financiación necesaria para realizar una investigación que se proponía, en principio, explorar los beneficios de la utilización de documentos coloniales en las investigaciones arqueológicas. El Proyecto de Huánuco consistió en la integración del trabajo en terreno en el centro administrativo de Huánuco Pampa (comúnmente conocido como Huánuco Viejo) con la información que aporta la visita realizada por Iñigo Ortiz de Zúñiga a dicha región en 1562. Huánuco es uno de los asentamientos más

¹¹⁰ Al comentar la importancia de los rebaños lapaqa durante el periodo colonial Murra comparó la situación con lo ocurrido en sociedades africanas (Fulani y Ankole), en las cuales a través de los ingresos de la venta de animales pueden hacerse frente a la extracción europea.

importantes que formaron parte de “una compleja red urbana, planificada y en parte impuesta por el Estado [Inca]” (Morris 1978-1980: 140). Alrededor de la plaza central se encontraban distribuidas estructuras de distinto tipo: residenciales, de almacenamiento, administrativas y religiosas. La existencia de este tipo de centros era clave para la comunicación y la administración en el Estado Inca. Craig Morris y Donald Thompson, integrantes del Proyecto, profundizaron en la función y finalidad de este tipo de centros en investigaciones posteriores (Morris 1973, 1978-1980; Morris y Thompson 1985)¹¹¹.

El antecedente del proyecto presentado por Murra al Institute of Andean Research es un artículo publicado en *American Antiquity* titulado “An archaeological ‘restudy’ of Andean ethnohistorical account source” (1962a). Allí, Murra comentó brevemente el contenido de la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga y cómo se podía utilizar este documento para llevar a cabo estudios arqueológicos. El autor resaltó la importancia de contar con documentos de este tipo que, a diferencia de las crónicas, ofrecen información local, a la vez que resumió los datos proporcionados por el visitador, quien partiendo de un cuestionario, registró información acerca de la ubicación, el tamaño y la composición étnica de los asentamientos; los cultivos, su productividad y zonas ecológicas; las relaciones interétnicas, las divisiones administrativas incaicas y los privilegios y mecanismos de sucesión de los líderes étnicos. En este trabajo, Murra sostuvo que era posible ubicar arqueológicamente los asentamientos que se mencionaban en la visita, y destacó la importancia de realizar excavaciones en emplazamientos étnicos. Una investigación que conjugara el estudio de documentos de este tipo con trabajos de tipo arqueológico permitiría reconstruir una versión local de la sociedad andina en tiempos incaicos tanto

¹¹¹ A diferencia de los demás apartados en los que analizamos las obras de los autores que son el eje de la presente tesis, en ese caso hemos recurrido a escritos posteriores de otros investigadores sobre el tema en cuestión. Esta inclusión fue necesaria porque los artículos de Murra -centrados más en los argumentos sobre la importancia y la utilidad del empleo de documentos en la investigación arqueológica- no ofrecen una amplia descripción de las características del sitio de Huánuco Pampa.

como testar hipótesis sobre la historia y la organización del Estado inca (Murra 1962a).

Un año después de la publicación de *American Antiquity*, el Institute of Andean Research le brindó a Murra el apoyo necesario para llevar a cabo la investigación interdisciplinaria en Huánuco durante el lapso de tres años. Los primeros resultados de la misma se dieron a conocer en 1966 en el primer número de la revista *Cuadernos de Investigación*¹¹², editada por la Universidad Nacional Herminio Valdizan, de Huánuco. La revista aspiraba, además, a constituirse un órgano de difusión de trabajos futuros, sin embargo este primer número sería también el último. Tales objetivos se encuentran anunciados en el prólogo que redactó el rector de la Universidad, Pedro José Cuculiza, y en la presentación de Edmundo Guillén Guillén, decano de la Facultad de Letras y Educación. Guillén, además, se pronunció a favor de un diálogo entre distintas universidades nacionales y extranjeras, agradeció la labor de Murra y adelantó la próxima publicación de la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga.

El número de *Cuadernos de Investigación* incluye trabajos de: César Fonseca Martel, antropólogo peruano que recibió el apoyo de Murra en varias oportunidades¹¹³; Robert Bird, hijo de Junis Bird, botánico norteamericano asignado al proyecto; Donald Solá, lingüista peruano formado, al igual que Fonseca, en la Universidad de San Marcos; Emilio Mendizábal Losack, investigador peruano; Donald Thompson, norteamericano, arqueólogo principal asignado al proyecto; Craig Morris, arqueólogo norteamericano integrado a la investigación como voluntario; y Daniel Shea, arqueólogo norteamericano. Se incluyó además una reseña a cargo de Donald Lathrap, arqueólogo formado con Kroeber en la Universidad de Berkeley; de una publicación de Seiichi Izumi y Toshihiko Sono (arqueólogos japoneses que por

¹¹² Murra publicó además "Las investigaciones antropológicas en Huánuco 1963-1966" en la revista *Cultura y Pueblo* (1965), donde en pocas páginas se resume, para un público masivo, la información de *Cuadernos de investigación*.

¹¹³ En 1967, Fonseca obtuvo una beca de la Fundación Ford y viajó a Estados Unidos para analizar, bajo la dirección de Murra, materiales producto de la investigación realizada en Huánuco.

entonces se encontraban realizando su tercera campaña de investigación en Perú). Para esta publicación Murra escribió "Reconocimiento del concurso y la ayuda recibidos"; "El Instituto de Investigaciones Andinas y sus Estudios en Huánuco, 1963-66"; "Puentes incaicos en la región de Huánuco Pampa", junto a Thompson; y el informe presentado al Patronato Nacional de Arqueología, en colaboración con Gordon Hadden, que fue incorporado a la revista en carácter de apéndice.

En el primero de los trabajos mencionados Murra relató cómo surgió la propuesta de la Universidad de inaugurar la serie de los *Cuadernos de Investigación* con informes preliminares sobre las investigaciones que habían realizado Murra y su equipo. El autor aprovechó este espacio para agradecer a una serie de autoridades de Huánuco que hicieron posible que los estudios se realizaran exitosamente. En "El Instituto de Investigaciones Andinas y sus Estudios en Huánuco, 1963-66" Murra comentó el estado de los conocimientos arqueológicos para la fecha y afirmó que "muchos aspectos de la vida incaica que quedan confusos y hasta sin atención alguna en las obras de los cronistas europeos, se podrían clarificar, ampliar y verificar a través de la investigación arqueológica" (Murra 1966b: 8). Estableció como impulsor del proyecto a la visita y comparó su importancia con la publicación de la crónica de Guaman Poma.

La importancia de la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga, radica en su temprana realización, en 1561, y en haber registrado no sólo los datos que aportaban los curacas sino también los de las unidades étnicas. Esto permite extraer "información etnológica" y ampliar la que brindan las crónicas, ya que a diferencia de éstas no intenta establecer generalizaciones sobre la vida en la sociedad incaica (Murra 1966b: 10). A partir de los trabajos realizados en Huánuco se ubicaron gran parte de los lugares mencionados en las visitas, utilidad que ya había sido anunciada por Murra en 1962. Estos sitios pertenecen a ecologías diversas y a partir de su estudio se puede avanzar en el conocimiento sobre las formas de aprovisionamiento de las comunidades. En

aquel momento Murra no tenía su modelo de acceso a diferentes pisos ecológicos completamente desarrollado y se refería indistintamente al “intercambio vertical” y “las ferias inter-zonales” (Murra 1966b: 13).

Durante las investigaciones realizadas en Huánuco, Murra y su equipo de trabajo se enfrentaron a un problema ya anunciado por Bennett: la dificultad de identificar restos arqueológicos incaicos en zonas donde, de acuerdo a la información provista por otras clases de registros, no existe duda de su presencia. Al respecto Murra elaboró dos hipótesis complementarias, por una parte era necesario examinar “el carácter y la intensidad del dominio incaico” en zonas alejadas de Cusco (Murra 1966b: 14); y por otra, se debía aumentar la competencia del investigador, por ejemplo, en los trabajos realizados en Huánuco si bien no se encontró cerámica incaica fue posible identificar dibujos incaicos en cerámica local. En el marco del proyecto se ubicó y excavó el sitio donde residía uno de los curacas mencionados en la visita. El objetivo de trabajos de este tipo era indagar arqueológicamente las diferencias de estatus, establecer el “contraste entre la ocupación estatal incaica y los caseríos étnicos, campesinos, en la misma época” (Murra 1966b: 16). Además se realizó un estudio intensivo de caminos, puentes y depósitos, estos últimos a cargo de Craig Morris.

En *Cuadernos de Investigación* se publicó también “Puentes Incaicos en la Región de Huánuco Pampa”, escrito por Thompson y Murra. En este trabajo remarcaron la importancia de los caminos para la cohesión y la redistribución en el Estado inca, gran parte de los cuales se mantienen en la actualidad por obra de las comunidades locales. Los autores utilizaron la información disponible en un litigio de fines de siglo XVI sobre la responsabilidad en la conservación de un puente, referido en la revista *Historia y Cultura*. A causa de la riqueza del documento, el equipo de investigación intentó ubicar el puente en cuestión. Para ello siguieron el camino real y situaron el puente con éxito en las inmediaciones de Huánuco Pampa. Una vez establecido el lugar, el objetivo fue identificar “los patrones elaborados por el poder inca, para utilizar las energías

campesinas en la construcción y conservación de las vías de comunicación”, por medio de la combinación de “técnicas arqueológicas con datos proporcionados por los testigos de los acontecimientos”, disponibles en los documentos (Thompson y Murra 1966: 81). Notamos que dentro de los objetivos de la investigación se mantiene vigente el interés de Murra por estudiar de qué manera se organizaba la energía disponible en el Estado inca.

El Patronato Nacional de Arqueología encomendó al equipo de Murra tareas de limpieza y conservación en el sitio de Huánuco Pampa, para lo cual proveyó fondos. Por su parte, el Institute of Andean Research, a pesar de impulsar generalmente sólo tareas de investigación, aceptó extender los permisos a los investigadores del grupo para que esas tareas fueran realizadas. En su informe de 1965, Murra y Hadden resumieron los trabajos realizados en los muros y depósitos del sitio, y agregaron una serie de sugerencias para emprendimientos futuros como la creación de un espacio de práctica arqueológica, el estudio de algunas construcciones que no llegaron a examinarse por completo y el diseño de instalaciones educativas para el público. Como puede apreciarse, el Proyecto Huánuco no sólo combinó tácticas y profesionales de distintas disciplinas sino que además se preocupó tanto de la investigación en sí misma como de la creación de espacios de difusión y formación.

Publicación de la visita de Huánuco y su empleo conjunto con la visita de Chucuito (1967-1972)

En 1967 se publicó el primer tomo de la *Visita a la provincia de León de Huánuco en 1562 por Iñigo Ortiz de Zúñiga*¹¹⁴, dando inicio a la serie Documentos para la Historia y Etnología de Huánuco y la Selva Central, un programa de la Universidad Hermilio Valdizán que tenía como objetivo editar documentos disponibles sobre esta región (Guillén 1967). La Casa de la Cultura de Perú, ya no bajo la dirección de Arguedas sino de Fernando Silva Santisteban, subsidió

¹¹⁴ Cabe aclarar que si bien existía una edición previa de la visita de Huánuco en la *Revista del Archivo Nacional*, que databa de 1920-1925, la misma era fragmentaria y de difícil acceso.

la publicación considerándola como una extensión de la colección de Documentos Regionales. El Institute of Andean Research colaboró con esta edición como lo había hecho con la visita de Garcí Diez (Murra 1967).

Entre los ensayos que acompañan la visita se encuentra el de Murra, titulado "La visita de los chupachu como fuente etnológica"¹¹⁵. En este trabajo comparó la información de esta visita con la realizada a los lupaca por Garcí Diez. Los dos documentos se escribieron con el objetivo de proporcionar información para fines administrativos, pero la distancia demográfica entre los dos grupos impone diferencias estructurales que se suman a las ya generadas por el idioma y la ecología. A raíz de las diferencias, Murra sugirió que las visitas se complementan: la de los chupachu —que no alcanzaban los 10.000 habitantes— ofrece información "casa por casa", de hablantes quechua, de mayores contactos con "la tierra caliente" y relaciones con el Tawantinsuyu; la visita de los lupaca, en cambio, quienes superaban los 100.000 habitantes de lengua aymara y que se encuentran en mayor contacto con la puna, ofrece información sobre el régimen colonial europeo.

La visita de Huánuco contiene descripciones locales más detalladas, por tratarse de un grupo menor y también sobre las relaciones de las etnias locales con el Tawantinsuyu. El autor propuso que esto era así porque los chupaychu, al no ser un grupo tan poderoso como los lupaca, habrían informado al visitador de una manera "menos defensiva". Los dos grupos, a pesar de sus diferencias, hacían un uso vertical de la ecología. Aquí vale la pena citar un párrafo un tanto extenso de Murra, por el hecho de que su modelo de control vertical se encontraba mucho más desarrollado —en comparación a lo escrito en el informe sobre las investigaciones en Huánuco—, contando ya con claros matices regionales producto de la comparación de las visitas:

¹¹⁵ En la compilación *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (1975) fue incluido un fragmento de este artículo que llevó como título "Las autoridades étnicas tradicionales en el alto Huallaga".

Una de las características más notables de la visita a Chucuito ha sido la luz que arrojó acerca del control que llamamos 'vertical', ejercido por los reyes Qari y Kusi. El estado lupaca, aunque centrado en el altiplano, controlaba muchas tierras en ecologías muy variadas y sin hacer el esfuerzo de dominar los espacios y etnias intermedias. Cientos de kilómetros separaban sus moradas en Chucuito de los oasis costeros de Moquegua y Arica o de los coteles de Larcecaja. Dada su población mucho menor, el control de los chupachu de varios pisos ecológicos puede haber sido más limitado, pero su percepción de los recursos que creían que necesitaban era muy similar a la de los lupaca. El afán de controlar zonas climáticas alejadas con colonos asentados de manera permanente, da forma a un patrón de control vertical que probablemente tenía una distribución pan-andina" (Murra 1967: 384)

Aún cuando la información haya pasado el filtro del intérprete y esté condicionada por los temas que interesaban al funcionario y lo que los integrantes de los grupos étnicos respondían según esos intereses, las visitas ofrece un para Murra "punto de vista andino" e impulsan nuevos temas de investigación que no se pueden explorar a través de las crónicas. Como ya había señalado el autor en otras oportunidades, uno de los temas más importantes que surge de la lectura de estos documentos es el de las autoridades étnicas locales, y una de las preguntas que las visitas permiten plantear es, frente a la organización dual, qué diferencias se presentan en el co-gobierno cuando la distancia de residencia de los dos curacas varía. Por otra parte, interesaron al autor —como ya había señalado en su trabajo de 1962— las obligaciones y derechos de las autoridades étnicas y cómo esto se modificó bajo el dominio inca. En este punto, las visitas también alertan sobre la necesidad de considerar las variantes locales y no asumir la uniformidad de estos roles.

Un tema que permitiría la colaboración de historiadores y etnólogos sería el de indagar los alcances del sistema decimal. Murra propuso que este sistema tenía una distribución local, al igual que la división dual, que en algunas zonas sería norte-sur mientras que en otras derecha-izquierda. Una investigación de

este tipo también se vería beneficiada, según el autor, con el aporte de la Arqueología, que permitiría rastrear los distintos momentos de la incorporación de las etnias al Tawantinsuyu. Por último, Murra analizó cómo la figura preincaica de los mitimaes fue resignificada bajo el sistema inca, donde “los grupos trasladados se multiplican, sus funciones se amplían más allá del control vertical y crecen también las distancias desde su hogar étnico” (Murra 1967: 399).

Murra dedicó especial atención a la visita de Garcé Diez al realizar un análisis detallado de la información disponible sobre los lupaca, centrándose en el surgimiento y el incremento de la especialización de tareas. En la compilación de *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (1975), el autor reunió, bajo el título “Un reino aymara en 1567”, el trabajo del mismo nombre publicado por primera vez en *Ethnohistory* en 1968 y el incluido en la revista *Historia y Cultura* de 1970, “Información etnológica e histórica adicional sobre el reino lupaca”. En estos trabajos destacó la importancia de una visita a la región aymara, porque los documentos utilizados hasta el momento de su publicación, en 1964, estaban teñidos de una orientación “Cuzco-céntrica” fruto de que los informantes pertenecían en su mayoría a la realeza inca. Recordemos, además, que a diferencia de la visita de Huánuco, ésta no había sido editada con anterioridad.

Murra examinó la importancia de los rebaños para los lupaca y de qué manera se llevaba a cabo “el control vertical” a grandes distancias. Se detuvo también en la extensión de la red de obligaciones mutuas, en la generosidad institucionalizada, en las condiciones asimétricas de la reciprocidad y en la forma ceremonial de la solicitud de prestaciones. Además, esta visita le permitió distinguir “los servicios que toda la *etnia* prestaba a los señores, de aquellos que se requerían a los *mit'ani* rotativos o a los *yana* permanentes” (Murra [1968, 1970] 1975: 217). Por otra parte, bajo el sistema colonial, la autoridad de los señores étnicos se vio socavada y ya no les fue posible recurrir exclusivamente al sistema de prestaciones por reciprocidad. Por ello, entre las múltiples estrategias utilizadas recurrieron a incrementar el número de yanapas

para cultivar sus tierras. El autor analizó de qué manera impactó esto en las pautas andinas tradicionales.

En 1972 fue publicado el segundo tomo de la visita de Iñigo Ortiz de Zúñiga, tras una serie de problemas para obtener la financiación necesaria, ya que la Universidad Hermilio Valdizán no pudo contribuir monetariamente como lo había hecho en la edición del primer tomo. Finalmente se logró el patrocinio del Banco de Crédito del Perú y también se obtuvo una contribución de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para las fotografías. Además, el Institute of Andean Research le otorgó a Murra el tiempo necesario para preparar la edición. La visita que se publicó en este segundo tomo fue realizada a la población yacha y a mitmaquna cusqueños (ambos grupos bajo el mismo encomendero), de forma paralela a la realizada a los chupaychu. La edición incluye además documentos complementarios como pleitos entre encomenderos y el protocolo de una visita previa a la zona realizada por Diego Álvarez.

En este tomo Murra incluyó "El 'control vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". Aquí, el autor consideró que ya no era necesario insistir en las virtudes de las visitas y en el análisis comparativo que éstas permiten. Por ello prefirió dedicar el ensayo a "una ampliación del contexto ecológico dentro del cual podemos analizar las funciones tanto estatales como pre-incaicas de los **mitmaquna**" y a afianzar el argumento de que se trata de una categoría preincaica, parte de un patrón andino, que fue sumamente alterada bajo el dominio incaico (Murra 1972: 429, resaltado del autor). Que este ideal haya sido compartido por sociedades demográficamente muy distintas implica ya desde momentos preincaicos "formas institucionales" bien diferenciadas. Por ello, Murra tomó cinco casos¹¹⁶ bien distintos con la intención de examinar tanto los alcances como los límites

¹¹⁶ Estos cinco casos se ubican en el período 1460-1560, casos de verticalidad más antiguos estaban siendo estudiados por arqueólogos, entre ellos Lumbreras, y casos actuales por etnólogos entre los que el autor cita a Fonseca y Mayer (quienes presentan escritos en este tomo de la visita).

del modelo (recordemos que tan sólo un año después el autor escribió "Límites y limitaciones del archipiélago vertical en los Andes", publicado en 1977).

En su examen de los *mitmaqkuna*, a partir del análisis de los casos, el autor enfatizó el "carácter permanente de estos asentamientos (...) no se trata ni de migraciones estacionales, ni de comercio ni de transhumancia" (Murra 1972: 431). El primer caso comentado por Murra deriva de la información que provee la visita de Huánuco, a partir de la cual propuso la existencia de un núcleo de población en el que reside el mando político, que envía familias a colonias ubicadas a unos pocos días de camino. Estas familias conservan sus derechos en el núcleo de origen y comparten su lugar de asentamiento con otros grupos étnicos insertos en el mismo ideal; por ello las colonias son multiétnicas. De la visita a Chucuito Murra extrajo los datos del segundo caso, que le permitieron contemplar el funcionamiento del modelo a una escala mayor. Este cambio de escala introduce modificaciones en las características de las colonias: por una parte pueden ubicarse a una mayor distancia del núcleo y, por otra, existen indicios de que en algunos casos sus miembros pueden estar destinados a tareas especializadas como la cerámica o la metalurgia.

Dado que en estos dos primeros casos el centro de poder se encuentra en la sierra, Murra se preguntó si el modelo podía ser aplicado cuando este centro se ubica en la costa. Exploró esta posibilidad con los casos III y IV, que presentan diferencias de escalas similares a las tratadas en I y II. A partir de un expediente de litigio proporcionado por Espinoza y articulando esa información con la proveniente de excavaciones arqueológicas, Murra examinó si era posible sostener la aplicación del modelo para un pequeño grupo de la costa. En el IV caso analizó grandes reinos costeros de la costa norte, pero para ellos no encontró información suficiente más allá de las crónicas y por lo tanto los datos no resultaron concluyentes. Finalmente, en el V caso se ocupó de un pequeño grupo de la sierra que negaba haber tenido acceso a otros territorios. Para este caso, el documento analizado por el autor fue publicado dos décadas después

con el título *Visita a los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz (1568-1570)*¹¹⁷. Murra explicó este aparente caso negativo como una colonia estatal, lo que le permitió introducir las modificaciones que sufrieron las colonias en el sistema incaico. El autor ya marcaba diferencias –producto de la modificación de la escala– entre los casos I y II, pero en ambos se mantenía una verticalidad física que se perdió bajo el dominio inca, siendo reemplazada por una verticalidad estructural y funciones independientes de la ecología. A estos cambios se agregan preguntas por las características del vínculo de los colonos con su comunidad de origen. Es posible que los mismos se fueran perdiendo, y Murra incorporó en este punto consideraciones sobre las transformaciones que atravesaba la sociedad incaica al momento de la conquista, similares a los comentarios que servían de cierre a su tesis doctoral de 1955.

Etnohistoria andina: una nueva forma de investigar (1970)

En su trabajo “Las investigaciones en etnohistoria andina y sus posibilidades en el futuro”, Murra sostuvo que desde 1950 hasta 1970 –fecha en que se publicó por primera vez el artículo¹¹⁸– habían ocurrido cambios significativos en cuatro áreas. En primer lugar se habían publicado varias fuentes clásicas, lo que facilitaba su acceso y conducía a un incremento en las investigaciones. En segundo lugar, consideró que habían aumentado los estudios sobre los antecedentes, la personalidad y el contexto intelectual de los autores de los documentos. Estos dos avances mencionados serían producto de la labor de los historiadores, mientras que los dos siguientes habrían tenido lugar gracias al aporte de los etnólogos. En tercer lugar, Murra afirmó que desde la Antropología surgieron nuevas preguntas para estudiar las fuentes disponibles e incorporar textos literarios y folklóricos (como el de Huarochiri que ya hemos comentado), acompañadas de un punto de vista novedoso

¹¹⁷ Ya en 1964, tras la publicación de la visita de Garcí Diez, Arguedas invitó a que le sugirieran fuentes de similar importancia y Espinosa recomendó esta visita (Murra 1991).

¹¹⁸ Este artículo fue publicado por primera vez en *Latin American Research Review*, bajo el título “Current Research and Prospects in Andean Ethnohistory”. Contamos con esta edición y la hemos comparado con la que se presenta en 1975.

vinculado al interés por los asentamientos locales y los estudios comparativos. En esta misma línea, en cuarto lugar el autor mencionó la incorporación de fuentes administrativas y judiciales, deteniéndose en las virtudes de las visitas para los estudios locales de la economía y la organización social. Luego argumentó a favor del uso de litigios, principalmente para el análisis de la tenencia de la tierra. En estos documentos, la confrontación de las partes en disputa otorgaría más información que las visitas, porque en ellas la respuesta de los informantes está condicionada por la amenaza implícita a sus recursos.

Murra comentó las investigaciones contemporáneas que seguían esta línea de combinar la información arqueológica con el estudio de los documentos y los aportes de las etnografías. Y dedicó una sección completa a las posibilidades que brinda a los estudios andinos la comparación con lo registrado en las etnografías llevadas a cabo en África y en el Pacífico. Esto abriría el panorama para realizar trabajos de confrontación también con Mesoamérica.

El autor dejó en claro que los beneficios que atribuye a estos documentos administrativos son tales en relación al tema que se desee investigar, así:

Se puede objetar que el interés por las visitas administrativas, los expedientes de litigio de tierra o los ejercicios comparativos enfatizados en esta visión de la etnohistoria andina pueden muy bien proporcionarnos información y sugerencias sobre cómo funcionaban las instituciones andinas, pero que no aumentan nuestro conocimiento del proceso histórico andino. Si uno se dedica a la verificación de las hipótesis que rodean el debate sobre la velocidad de expansión del Tawantinsuyu, a la secuencia de incorporación de los grupos étnicos al dominio cuzqueño o la frecuencia de las rebeliones contra tal dominio, a las guerras de sucesión real u otros temas semejantes, es evidente que el uso de las fuentes administrativas por las cuales estoy abogando no proveerá sino una información limitada. (Murra [1970] 1975: 301)

De esta manera quedaba delineado el tipo de las investigaciones que para Murra encerraba la Etnohistoria: se trataba del estudio de problemas que no pueden ser resueltos por un solo procedimiento, sino que requieren un esfuerzo de coordinación y la Etnohistoria constituía el instrumento articulador. Estos estudios apuntaban a lograr un mayor conocimiento de la organización social andina. Pero los límites a ser traspasados no eran sólo disciplinares. Murra abogaba además por una mayor colaboración institucional a nivel internacional (Murra [1970] 1975). En 1984, el autor sostuvo que más allá de la etiqueta, que podía volverse inaceptable, la Etnohistoria como enfoque contribuía a un "enfoque diacrónico de las instituciones" aunando los esfuerzos de antropólogos, historiadores y arqueólogos (Murra 1984).

TRAYECTORIA DE INVESTIGACIÓN: 1943-1972

En éste análisis partimos de las preocupaciones iniciales de Murra y notamos cómo tempranamente concebía las sociedades trabajadas en su estudio realizado en Ecuador como parte de un proceso mayor y no sólo como subordinadas al dominio inca. De allí nació su tesis en la continuidad de procesos andinos de larga duración. En su tesis doctoral ya se plasmaban sus preocupaciones por cómo el Estado inca captaba el excedente y cómo lo utilizaba después. Los interrogantes planteados en esta línea encontraron una vía de respuesta en la premisa de la reelaboración incaica de instituciones preincaicas. Sin embargo, una serie de ideas permanecieron en el terreno hipotético, a falta de fuentes que brindaran información "funcional". Estas fuentes, anheladas por Murra en su tesis, no se hicieron esperar; tan sólo cinco años después el autor tuvo sus primeros contactos con las visitas.

Más allá del abandono en 1955 de la categoría de feudalismo para describir la sociedad incaica, no encontramos en los trabajos de Murra un cambio radical en su pensamiento sino más bien el fortalecimiento de una serie de argumentos y, en algunos casos, una toma de posición clara donde antes permitía cierta ambigüedad. En esta línea, los primeros usos de términos como

“trueque” o “ferias inter-zonales”, para describir el flujo de bienes sobre el que informa Iñigo Ortiz de Zúñiga, fueron abandonados una vez formulado el modelo de “control vertical”. Esto permitió, a la vez, reforzar una idea temprana de Murra: la ausencia de comercio en los Andes durante el dominio incaico. También sus argumentos acerca de los cambios que estaba atravesando el Tawantinsuyu al momento de la llegada de los colonizadores fueron retomados y completados. La hipótesis de que el sistema incaico se alejaba cada vez más de las pautas andinas tradicionales se vio enriquecida con el examen de la modificación del rol de los mitimaes realizada por los incas, precisión que el autor pudo lograr a la luz de la información brindada por Iñigo Ortiz de Zúñiga.

Las visitas no sólo proveyeron la información “funcional” tan esperada por Murra en su tesis (a las que se sumaron los textos folklóricos y los juicios) sino que también, y en particular la de Huánuco, le permitieron llevar a una nueva escala de trabajo la interdisciplinariedad en la que se había formado:

Yo siempre he sido partidario de que las diversas facetas de la antropología colaboren. Que la historia y la arqueología colaboren; que la lingüística no sea un arte mágico y separado, sino que colaboren. Esto lo aprendí muy temprano, cuando regreso de España en los años de 1940 (Castro *et al.* 2000: 56)

Recordemos que al momento de formación de Murra la Universidad de Chicago impulsaba la interdisciplinariedad, y sus profesores (Eggan y Cole) investigaban articulando lo que Murra llamó “tácticas antropológicas”: el análisis de documentos, las excavaciones arqueológicas y los trabajos etnográficos. Este ideal interdisciplinario encuentra en el Proyecto Huánuco su máxima expresión: reunió especialistas de diversos campos; realizó un trabajo intenso en terreno de dos años; impulsó la publicación de documentos; constituyó un ejemplo de integración entre la práctica puramente de investigación con trabajos de conservación; impulsó la difusión de la

investigación realizada al público masivo y brindó la posibilidad de formación de investigadores locales. La Ethnohistoria como forma de investigación refleja en Murra estos dos grandes ideales: el de la interdisciplinariedad y el del estudio de las sociedades andinas desde la perspectiva simultanea de sus logros compartidos y su singularidad local.

EL LEGADO DE JOHN MURRA

Murra es recordado no sólo como un investigador de la realidad sino como un hombre que luchó por transformarla, como un humanista (Castro *et al.* 2000), un pensador original (Rojas Rabiela y Pérez Zevallos: 2007) y un maestro (Lorandi [1998] 2000) que desplegó un enfoque comparativo sensible a las diversidades locales, anclado en la integración del trabajo de archivo, el arqueológico y el etnográfico (Universidad de Cornell). Se lo considera además como el autor que transformó profundamente el estudio de las sociedades andinas al iniciar un pasaje “de la simple descripción” al “planteo de un problema” y al “estudiar el Tawantinsuyu ya no desde el centro del poder, sino desde la sociedad que quedaba incorporada a los nuevos señores” (Lorandi [1998] 2000: 214). Como resultado de su labor, las concepciones “eurocentristas sobre el Estado inca como una especie de Estado socialista tan en boga antes de sus investigaciones, no sólo fueron refutadas sino desechadas para siempre” (Rojas Rabiela y Pérez Zevallos: 2007).

En el prólogo de la entrevista de 1984, el mismo Rowe¹¹⁹ sostuvo que Murra “ha tratado más que nadie de acercar a historiadores y antropólogos de tres continentes y de mantener el diálogo entre ellos”. Esta actitud hacia colegas de distintos países y su peregrinaje de un lugar a otro relatando los avances de su investigación fue identificada por Lorandi (2006) con el “perfil de un predicador”, en sus palabras: “[Murra] Recorría Latinoamérica presentando sus libros y modelos, contactando a los intelectuales de cada país y desarrollando

¹¹⁹ En esa oportunidad Rowe caracterizó las investigaciones de Murra como “etnología histórica” ya que su preocupación giraba en torno al funcionamiento de las sociedades andinas antes de la conquista y para ello dependía de documentos históricos.

un intenso intercambio con los estudiantes" (Lorandi 2006). Salomon afirma que Murra impulsó la apertura de espacios académicos, no como un "institution-building", sino mediante: la solicitud de un mejor reconocimiento de títulos en el plano internacional; el impulso que dio a la financiación de viajes de estudio y a la asignación de becas a investigadores extranjeros; y exigiendo a sus estudiantes que formaran parte de las instituciones de aquellos países en los que desarrollaban su investigación (Salomon 2009, en prensa).

Al ser interrogado en 1984 acerca de con cuál de sus libros había contribuido más a la investigación, el autor distinguió por una parte los trabajos de "análisis interpretativos del logro andino", como los compilados en *Formaciones económicas del mundo andino*. En estos seleccionó "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en las sociedades andinas", porque explica aquel logro y fue el escrito que más debate provocó en distintos países. Por otra parte están las publicaciones de nuevas fuentes o reediciones que contribuyeron a su acceso. Entre ellos destacó una publicación realizada unos pocos años antes de la entrevista, la *Nueva crónica y buen gobierno [1615] de Waman Puma*. Sin embargo, veinticinco años después Murra consideraba su contribución en un plano más general, y los entrevistadores de ese momento se sorprendieron de que el autor no mencionara su artículo sobre el control vertical. Para Murra, su legado era "la insistencia de que la antropología y la historia forman una sola disciplina" (Castro *et al.* 2000: 131). Lo más trascendente de su obra sería la conjunción de diferentes tácticas para abordar un problema de investigación, que Murra no sólo practicó sino también "predicó" —en términos de Lorandi— en cada país que visitó. La insistencia en "saltar" los límites disciplinarios en los estudios tanto del pasado, ya sea prehispánico o colonial, como del presente, es recordada por sus discípulos en distintas partes del mundo (Hidalgo [1995] 2000, Lechtman [1998] 2000, Lorandi [1998] 2000).

CONCLUSIONES

*Finding new ways to solve problems
was very satisfying to me -much more
satisfying than simply applying what
everyone else already does and knows about.
John H. Rowe*

*La antropología promete que hay soluciones
diversas a los mismos problemas humanos.
Yo soy antropólogo por esa razón
John V. Murra*

Las propuestas introducidas por Rowe y por Murra toman su real dimensión al ser comparadas con las investigaciones previas. En las primeras décadas del siglo XX, la Historia y la Arqueología eran las principales disciplinas productoras de conocimiento respecto de las sociedades que ocuparon el territorio del actual Perú. Además, los estudios que se realizaban remitían casi exclusivamente a los incas. En cuanto a esto último, y en el campo de la Arqueología, fue de gran importancia la labor de Uhle, quien buscó insertar a la sociedad inca en un proceso histórico mayor y resaltó la necesidad de trascender los límites nacionales en las investigaciones sobre las sociedades precolombinas. Dentro de los estudios históricos, que continuaban dedicados exclusivamente a los incas, se realizaron importantes avances en la sistematización de las crónicas –gracias a los aportes de Means y Baudin– y se instaló el debate en torno al sistema de organización económica, social y política de los incas. De forma paralela al desarrollo de las investigaciones mencionadas, se produjeron cambios institucionales: en las universidades de Estados Unidos surgieron departamentos de Antropología, y en Perú se crearon instituciones nacionales, principalmente museos, capaces de financiar estudios.

Con el advenimiento y la expansión de la corriente indigenista peruana en la década de 1920, se instaló un interés por vincular los estudios sobre las sociedades indígenas del pasado con las poblaciones contemporáneas de la región. Esto tuvo dos consecuencias principales: la Antropología se sumó a la Historia y a la Arqueología como disciplina productora de conocimiento en el estudio de las sociedades indígenas; y la creación de instituciones como el

Institute of Andean Research, impulsadas por investigadores de Estados Unidos y Perú, capaces de promover estudios desde estas tres disciplinas.

A raíz de aquella conjunción disciplinar, Valcárcel incorporó el término Etnohistoria para diferenciar el nuevo tipo de investigaciones de los estudios históricos que se habían llevado a cabo hasta el momento. Estas investigaciones, impulsadas por los intelectuales peruanos, se combinaron con los intereses de una nueva generación de investigadores provenientes de Estados Unidos, entre los que se destacaron particularmente Rowe y Murra. Formados bajo la premisa de la necesidad de recurrir a distintos tipos de registros en su investigación, en 1941 ambos autores comenzaron sus estudios de campo; mientras Rowe lo realizó en Cusco, Murra lo hizo en Ecuador. Con el inicio de la década de 1940 comenzaba un nuevo periodo en las investigaciones andinas, a lo largo del cual se concretó aquello que había iniciado Uhle: traspasar los límites nacionales del actual Perú y considerar la región andina en general. Si bien los incas conservaron un lugar central, empezaron a ser estudiadas las distintas sociedades andinas incorporadas al Tawantinsuyu.

Los cambios que tuvieron lugar a partir de la década de 1940, con el inicio de las investigaciones de Rowe y de Murra, no pueden ser escindidos de los procesos a nivel disciplinar que estaban teniendo lugar ni de las circunstancias sociopolíticas del momento. En cuanto a lo primero, el desarrollo de la Etnohistoria andina se insertó en el marco de un acercamiento general entre la Antropología y la Historia, con la preocupación por incluir la dimensión temporal al interior de la primera y el interés por una Historia social en la segunda. Por otra parte, durante aquellos años tuvo lugar un significativo aumento de la financiación desde Estados Unidos a investigaciones en América Latina, cuyo interés último era fortalecer el vínculo de dicho país con la región en el contexto de la Segunda Guerra Mundial.

Los trabajos de Rowe y Murra se insertaron en este contexto general y compartieron inquietudes comunes, a pesar de las diferencias en la elección del objeto de estudio. Los temas que privilegiaron y las propuestas que se

convirtieron luego en líneas de indagación, si bien en primera instancia pueden pensarse como opuestos, lo cierto es que de alguna manera se complementan y comparten una preocupación por aquello que permanece por encima de los cambios, o más concretamente, por las diversas formas que puede adquirir una misma tradición o institución en distintos escenarios. Rowe continuó la línea iniciada por Uhle al buscar distinguir lo incaico de lo pre-incaico en el registro arqueológico; se propuso también identificar el ritmo de la expansión incaica y dar cuenta de la continuidad de su tradición durante el régimen colonial. La elaboración de una cronología se tornó indispensable para Rowe, porque sólo a través de una secuenciación precisa de los acontecimientos sería posible dar cuenta de los procesos culturales; es decir, de los cambios, transformaciones y permanencias en las prácticas cotidianas. Mientras que Murra retomó el debate sobre el sistema de organización incaico, discutió la imposición de categorías correspondientes a otro tipo de sociedades y propuso un modelo propio para las sociedades andinas. Para ello insistió en discriminar la información referente al Estado inca de la concerniente a los distintos grupos étnicos locales, analizando la continuidad de un conjunto de instituciones de distribución pan-andina y las modificaciones que las mismas sufrieron al desplegarse en distintas escalas y como parte de organizaciones sociopolíticas heterogéneas; teniendo en cuenta especialmente el estudio de los sistemas de tenencia de la tierra y el flujo de bienes.

A lo largo de la presente tesis hemos insistido en la necesidad de analizar la obra de los autores evaluando cuáles fueron sus objetivos, la metodología empleada, los fundamentos teóricos de sus propuestas y si fueron consecuentes con ellos en sus investigaciones. Esto significa centrarnos en “las condiciones *internas* de validez de los modelos”, evitando pretender que un marco teórico deba “dar cuenta de aquello que éste ha decidido soberanamente dejar fuera (...) o examinar la realidad desde las coordenadas de privilegio en que nos ha colocado la historia” (Reynoso 1993: 290, cursiva del autor). A continuación sintetizamos la conformación a lo largo de tres décadas (1941-1971) del modelo

de investigación desarrollado por cada autor, proponiendo una subdivisión interna dentro de dicho periodo que da cuenta de la evolución de sus ideas y de los reordenamientos de los esquemas empleados.

Tomamos como punto de partida las periodizaciones establecidas por Ávila Molero (2000), (Kaulicke 2004) y principalmente Lorandi y del Río (1992) con la intención de aportar una mayor precisión en el estudio de los cambios que tuvieron lugar en el momento de surgimiento de la Etnohistoria andina. En base a la producción de los autores y de nuestro análisis de ella, decidimos reconsiderar y extender el periodo que comúnmente se asigna al surgimiento de la Etnohistoria andina ampliándolo a un lapso de treinta años, de 1940 a 1970, distinguiendo en su interior dos fases. La periodización que elaboramos es una herramienta para interpretar las obras de Rowe y de Murra siendo éstas parte fundamental de la conformación de la Etnohistoria andina.

Identificamos una fase inicial, en algún sentido preparatoria, que cubre desde 1941, con la primera campaña arqueológica de ambos autores, hasta 1955, año en que Murra escribe su tesis doctoral y Rowe dirige un amplio proyecto de excavación y análisis de materiales en Perú (1954-1955). La segunda fase comienza con la publicación de los resultados de este proyecto de Rowe, y la revisión que Murra realizó de su tesis a la luz de la información provista por nuevas fuentes. A lo largo de los primeros quince años, tanto Murra como Rowe expusieron sus intereses de investigación e interrogantes, y esbozaron las primeras respuestas. Las mismas serían reelaboradas en la segunda fase, de tal manera que en los siguientes quince años los autores establecieron y consolidaron un modelo para los estudios posteriores en la región.

En la primera fase Rowe remarcó que la cultura inca era resultado de procesos históricos que habían tenido lugar en el valle de Cusco, pero que sin embargo era escasa la información acerca de: 1) los momentos tempranos del desarrollo inca y 2) de las sociedades previas. La identificación de la cerámica que denominó Killke constituyó un avance en lo que se refiere al primer punto. En cuanto al segundo, sus estudios en Chanapata sentaron las bases para la

indagación sobre el periodo preincaico en Cusco. Paralelamente buscó herramientas capaces de convertir la cronología relativa formulada a partir de los estilos de cerámica, que comenzaba a complejizarse, en una absoluta. Los documentos producidos durante el primer siglo de la colonia cobraron especial relevancia para dar cuenta de un periodo que era a la vez histórico y arqueológico. Por otra parte, a principios de la década de 1950 Rowe comenzó a explorar la continuidad de una serie de manifestaciones de la nobleza inca bien avanzado el periodo colonial (siglo XVIII). Estos temas fueron profundizados en las investigaciones desarrolladas en la siguiente fase que hemos propuesto.

Por su parte, en la primera fase que establecimos, Murra dejó sentada su preocupación por distinguir las prácticas locales de las incaicas. Esto encerraba la idea de la existencia de instituciones y pautas de organización compartidas en la región andina que se remontaban más allá del dominio incaico y que tuvieron continuidad luego de la conquista española. Además, implicaba que para comprender el sistema de gobierno incaico se debían conocer los mecanismos del Estado para administrar la energía de la que disponía y establecer de qué manera la sociedad local aseguraba su reproducción. Ambos temas quedaban atravesados por aquellas instituciones y pautas preincaicas y pan-andinas —como la generosidad del señor y la reciprocidad— que fueron reelaboradas en un nuevo contexto bajo la forma de redistribución. El estudio de las formas de tenencia de la tierra y los derechos y obligaciones generados a partir de la agricultura y el tejido entre comunidad étnica y Estado fueron centrales en estas primeras investigaciones.

La publicación de los resultados del proyecto arqueológico dirigido por Rowe entre 1954 y 1955 da inicio a la segunda fase, que se extiende hasta 1970¹²⁰. Mediante el análisis de colecciones ya existentes y de los materiales de nuevas excavaciones, el autor retomó su interés por aumentar el conocimiento de sociedades previas a los incas —en esta línea se desarrollaron las investigaciones sobre la cerámica de Nazca y Tiahuanaco— y por precisar la

¹²⁰ Con la salvedad de que tomamos el texto de Murra "El 'control vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas" escrito en 1971 y publicado en 1972

secuencia cronológica en Cusco – para lo cual el mismo Rowe se encargó de los estudios en este valle—. La nueva información requería ser sistematizada y, al hacerlo, Rowe diseñó un marco teórico para la Arqueología andina. No se trataba sólo de proponer una cronología sino de fundamentar las elecciones teóricas y metodológicas que la sustentaban: 1) el significado de los acontecimientos surge cuando son considerados en conjunto y en el orden que tuvieron lugar, por ello resulta necesario asignarles una temporalidad; 2) utilizando nuevas técnicas de comparación del material es posible lograr una mayor precisión de la secuencia relativa y establecer periodos de la amplitud de décadas en lugar de siglos; 3) la clasificación en términos de periodos es más beneficiosa que la que se realiza en base a etapas, ya que no presupone características culturales.

A partir de 1955 Rowe se interiorizó cada vez más en las instituciones coloniales de dominación y en el lugar que la nobleza incaica ocupó durante ese periodo. Enfatizó la permanencia de manifestaciones tradicionales de este grupo al vincularlas con formas de resistencia y reivindicación. Recurrió tanto al análisis de documentos como al de restos materiales para identificar una serie de tradiciones incas, vinculadas a la vestimenta, las artes decorativas y las genealogías orales, que se mantenían en el siglo XVIII. Estableció la importancia de las mismas para los caciques como medio para conservar un lugar privilegiado en la estructura social y las situó en relación con el ciclo de rebeliones del siglo XVIII.

La segunda fase fue iniciada por Murra con una revisión de su tesis doctoral a la luz de la información provista por nuevas fuentes, principalmente las visitas. A partir de ellas resultaba posible ampliar el conocimiento sobre las autoridades étnicas locales, las obligaciones y derechos de la comunidad y su transformación bajo el dominio inca. En esta línea, Murra se interesó por los mecanismos que garantizaban el acceso a distintos bienes y que permitían organizar su circulación y la administración de la energía disponible. El “control vertical” se constituyó en un modelo capaz de integrar y asignar un

sentido mayor a una forma compartida de percibir y acceder a los recursos. Las instituciones para tal fin presentaban una amplia distribución en la región andina, pero a la vez encerraban variantes locales vinculadas principalmente a las escalas en que eran puestas en práctica.

De esta manera, era posible rastrear el funcionamiento de instituciones en términos de escalas de aplicación y no sólo como incaicas o preincaicas. Precisar las características y variantes que habían adquirido permitía a su vez apreciar la magnitud de las transformaciones que impuso el Estado inca al reemplazar la verticalidad física por una estructural. Esto condujo a Murra a retomar una serie de reflexiones sobre los cambios que estaba atravesando dicho Estado — que lo alejaban de las pautas andinas tradicionales— al momento de la llegada de los españoles. Durante esta segunda fase el autor reforzó la premisa de la importancia de contemplar las variantes locales.

De acuerdo a sus intereses de investigación, cada uno de estos autores desarrolló consideraciones y precauciones metodológicas específicas. Si bien en sus primeros trabajos Rowe justificó su atención casi exclusiva a los incas a partir de la falta de información relativa a otros grupos andinos, con el paso de los años desarrolló un argumento que fundamentaba esta focalización por sí misma —especialmente en la nobleza—, tanto en momentos de dominio incaico como durante la colonia. Resaltó entonces la importancia de estudiar aspectos de la nobleza inca poco trabajados y con escasa presencia en los documentos. Por otra parte, fue siempre cuidadoso de no confundir la “versión estándar” de la tradición inca, que figura en las crónicas y que era producto de la información que ofrecieron los miembros de la realeza inca, con los sucesos mismos tal como tuvieron lugar. En la misma línea identificó preocupaciones del investigador propias de la tradición en la que él mismo se inscribe y que no tienen necesariamente un correlato en la historia inca, como por ejemplo la pretensión de estandarización de los grados de edad. Resaltó el aporte de una lectura antropológica de los documentos, designando su investigación como una minuciosa y precisa descripción etnográfica de la cultura, en tanto noción

holística que cubría toda práctica que hubiera alcanzado cierta regularidad. Es en esta línea que se inscribe su rechazo a categorías, como las contenidas en el sistema de etapas, que anticipen aquello que aún no ha sido investigado.

Por su parte, Murra enfatizó siempre la necesidad de contar con información de tipo etnológica, es decir —en este contexto— que diera cuenta del funcionamiento de las instituciones. Los argumentos en pos de la nueva lectura de las fuentes que se podía realizar desde la Antropología adquirieron en este autor una magnitud mayor y respaldaron la búsqueda de una combinación de la dimensión histórica con la funcional. Sólo desde una aproximación de este tipo sería posible avanzar en una lectura de las fuentes capaz de distinguir y poner en relación las actividades étnicas y estatales, identificando, a la vez, cuáles eran las formas de organización que hicieron posible la elaboración de los objetos artísticos y las construcciones conocidas. De esta manera cobraban especial relevancia los desarrollos teóricos que habían tenido lugar en la Antropología en general, y no sólo los que remitían a los estudios andinos.

Pero la relectura de las crónicas no era suficiente; debían incorporarse nuevas clases de documentos —como las visitas y los litigios— capaces de brindar información sobre grupos étnicos particulares. A través de ellas sería posible acercarse a la diversidad de manifestaciones locales. Murra reflexionó también sobre la fiabilidad de la información contenida en los documentos administrativos y argumentó que, a pesar de los condicionamientos impuestos por las circunstancias en que la fuente fue producida, puede encontrarse en ellas un “punto de vista andino” que no es posible apreciar en las crónicas. Las virtudes metodológicas del empleo de documentos administrativos estaban irresolublemente ligadas al tema de investigación y se correspondían con los intereses particulares de Murra. Los cuales, con el paso de los años, se convirtieron en una línea de investigación que englobó una importante cantidad de autores.

Si bien Murra y Rowe realizaron sus investigaciones en áreas temáticas bien distintas, encontramos una serie de elementos comunes que subyacen a las mismas y a partir de los cuales estos autores pueden ser comparados: 1) el presentar como un "logro" la conjunción particular de instituciones y prácticas con la que identificaron a las sociedades que estudiaron; 2) la búsqueda y el empleo de información funcional y; 3) la propuesta de una investigación interdisciplinaria con énfasis en los aportes provenientes de la Antropología, cuya característica esencial y definitoria sería el método comparativo.

En cuanto al primer punto, tanto Rowe como Murra reconocieron una continuidad de las prácticas andinas previas, un cambio de escala tras la conquista inca e incluso la innovación del Estado inca para dar respuesta a problemas que no tenían precedentes. Pero mientras Rowe utilizó el término "logro inca" Murra prefirió hablar de un "logro andino", y los argumentos que sostienen las tempranas elecciones de cada autor contribuyen a la comprensión del rumbo que tomaron sus investigaciones.

Rowe consideró que, a partir de la reorganización que habría tenido lugar en el reinado de Pachacuti, toda la cultura andina fue resignificada. Ésta habría sido entonces la tradición que tuvo continuidad durante el periodo colonial y que se mantiene hasta el presente. Dicha reorganización era una creación original consecuencia de las nuevas condiciones creadas tras la expansión inca, y si bien retomaba pautas preexistentes, para Rowe resultaban de mayor peso las innovaciones generadas con el fin de imponer cierta unificación lingüística e institucional —abarcando lo político, económico y religioso— a la pluralidad existente hasta el momento. Para el autor, el proceso de unificación continuó durante el dominio español y tuvo como resultado la consolidación de una "nación inca" que permanece hasta la actualidad.

Murra, en cambio, puso el acento en las instituciones y prácticas andinas que fueron retomadas por el Estado inca y entendió el "logro andino" como el conjunto articulado de estrategias que permitieron la reproducción social en un medio que él mismo denominó como hostil. Se refirió principalmente a las

técnicas agrícolas que hicieron posible un cultivo intensivo y variado, el acceso a distintas zonas ecológicas, el acceso a bienes regulado por la reciprocidad, las prestaciones en trabajo y la generosidad institucionalizada.

En segundo lugar, los dos autores hicieron referencia a la importancia de contar con información sobre el funcionamiento de las instituciones. Sin embargo, mientras que para Rowe el objetivo de utilizar esta información era lograr una descripción más exacta de los hechos e instituciones, para Murra significaba la elaboración de un modelo explicativo. No podemos dejar de mencionar que las elecciones de los autores pueden ser leídas desde la ya clásica discusión que tuvo como principales referentes a Boas y Radcliffe-Brown. En ella se enfrentaban dos posturas: para unos no era posible construir modelos explicativos sin contar con abundante información sobre la sociedad estudiada y por ello era prioridad incrementar el conocimiento descriptivo sobre acontecimientos e instituciones; para otros, no era posible realizar una interpretación adecuada de los hechos si no se contaba con un esquema capaz de organizarlos según los principios básicos que regulaban una determinada sociedad. Posteriormente, esta discusión se planteó en términos de privilegiar el estudio de acontecimientos o de estructuras. Una de las principales consecuencias de las investigaciones realizadas por Rowe y Murra entre 1940 y 1970 fue la de inspirar e impulsar un amplio conjunto de autores que se propusieron conjugar estos dos planos en los estudios andinos.

El tercer eje de puesta en relación de los autores implica adentrarnos en cómo Rowe y Murra consideraron a la Antropología. Ambos autores se han referido al método comparativo como distintivo de la Antropología. Desde un lugar más teórico, Rowe definió esta disciplina como una ciencia de la diversidad, cuyo objetivo es identificar diferencias y semejanzas culturales; mientras que Murra, desde una posición más metodológica, insistió en el empleo de la información disponible sobre distintas sociedades estratificadas y preindustriales como fuente de hipótesis para la propia investigación. Ambos

coincidieron en resaltar las diferencias sobre las semejanzas por considerar que estas últimas sólo cobran sentido en relación a las primeras.

Los dos autores fueron formados de acuerdo al sistema estadounidense que engloba cuatro campos dentro de la Antropología: Arqueología, Antropología Física, Etnología y Lingüística. Sin embargo, cuando ellos se referían a los aportes que podía realizar la Antropología a los estudios andinos estaban pensando particularmente en la Etnología, que tendría un rol fundamental al combinarse con la Historia y la Arqueología. Esto es así ya que para los dos autores existen problemas de investigación que necesariamente deben abordarse desde un enfoque interdisciplinario. Rowe pensaba que los límites entre las disciplinas eran flexibles, principalmente en las Ciencias Sociales; mientras que Murra argumentó en pos de la existencia de una sola disciplina: la Antropología, que encerraba diferentes tácticas (arqueológicas, documentales y etnográficas)¹²¹. Ambos autores insistieron en que los estudios arqueológicos debían ser complementados con el análisis de fuentes y en que los antropólogos –tanto por los temas de interés como por su formación teórica– estaban en especial posición para el estudio de la historia andina. En este punto, la principal diferencia entre los autores quizá sea que Murra notó la necesidad de crear equipos de especialistas para llevar a cabo estudios interdisciplinarios. Con la creciente especialización ya no resultaba posible que un solo investigador reuniera el conocimiento de los distintos campos de manera actualizada.

Tanto Rowe como Murra fueron partícipes activos en la creación de nuevos espacios de formación, difusión y financiación de la investigación. Rowe comprendió la necesidad de crear bibliotecas especializadas, secciones y departamentos de Antropología allí donde no existían. La búsqueda de una herramienta que permitiese comunicar los estudios realizados inspiró la revista *Ñawpa Pacha*, que rompió con las limitaciones a las publicaciones existentes.

¹²¹ Para designar esta conjunción de tácticas en el caso particular de los estudios andinos Murra utilizó el término Etnohistoria; consideró también acertado el de Historia Andina propuesto por Pease.

Aunque desde varias décadas atrás los investigadores nacionales eran convocados para ser parte en la concreción de proyectos financiados desde el exterior y dirigidos por investigadores extranjeros, Murra notó que hacía falta una continuidad institucional que permitiese a los investigadores seguir su formación y dejar el lugar subordinado en los proyectos. Consideró, además, que resultaba imprescindible promover el diálogo entre investigadores de diferentes nacionalidades.

Las trayectorias personales de cada uno de estos autores han resultado bien disímiles ya desde su juventud. Mientras Rowe mantuvo un contacto cercano con la Arqueología y los estudios andinos desde su adolescencia, Murra descubrió, ya en la universidad, que la Antropología se ocupaba de temas que formaban parte de su vida cotidiana en Rumania. La apropiación diferencial por parte de otros autores de los modelos propuestos por Rowe y Murra no puede explicarse sólo desde un punto de vista académico o institucional. Las características personales de ambos influyeron en su relación con los colegas: Rowe fue considerado intolerante con aquellos investigadores que no compartían sus criterios de rigurosidad, y se lo describió como carente de dotes de orador. Murra, en cambio, se preocupó por mantener un contacto fluido con los colegas de distintos países —incluso más allá de lo estrictamente académico— y fue elogiado por su capacidad de transmitir sus ideas a diferentes auditorios.

Lo cierto es que, cada uno a su manera, impulsaron estudios interdisciplinarios en la región andina a partir de investigaciones concretas, de propuestas teórico-metodológicas y de la creación de nuevos espacios académicos. Insistieron en rechazar posturas que no se encontraban empíricamente fundamentadas, diseñando sus modelos sobre la base de repetidas investigaciones en terreno y de un profundo examen de los documentos.

Las propuestas de Rowe y Murra fueron retomadas y discutidas ampliamente a partir de la década de 1970, inspirando un conjunto de nuevas

investigaciones. La articulación de distintas disciplinas con una fuerte impronta antropológica renovó los enfoques metodológicos y las perspectivas interpretativas, principalmente por medio de la auspiciada "lectura antropológica" de los documentos. Esto permitió elaborar modelos que integraran los distintos mecanismos que regulaban la organización de las sociedades andinas e impulsó estudios sobre tales sociedades bajo el régimen colonial. Así fue como se amplió el objeto de estudio. Ya consolidada, la Etnohistoria andina se expandió –con diferentes ritmos– a Ecuador, Bolivia, Chile y Argentina, enriqueciéndose con los aportes realizados desde cada uno de estos países.

BIBLIOGRAFÍA

Arana Bustamante, Luis

2005. "Antropología e historia en los Andes. A propósito de la *Introducción a la antropología histórica* de Pier P. Viazzo". *Investigaciones Sociales*, IX (15): 477-500. UNMSM/IIHS, Lima.

Arguedas, José María

1964. "Prologo a la Serie de Documentos Regionales para la Etnología y la Etnohistoria Andinas". En: *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567*. Documentos regionales para la etnología y etnohistoria andinas, 1. Casa de la Cultura, Lima.

Astuhuamán González, Cesar y Daggett Richard

2005. "Julio César Tello Rojas: una biografía". En: *Paracas*, Astuhuamán González, César Widebaldo (comps.) UNMSM, Fondo Editorial; New York: Institute of Andean Research, Lima.

Disponible en Internet en:

<http://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtual/Libros/historia/paracas/contenido.htm>

A.A.V.V.

Ca. 1998. "John Howland Rowe; Bibliography, 1940-1967"

Disponible en Internet en:

<http://www.lib.berkeley.edu/ANTH/emeritus/rowe/pub/index.html>

Ávila Molero, Javier

2000. "Entre archivos y trabajo de campo: la etnohistoria en el Perú". En: *No hay país más diverso. Compendio de Antropología peruana*. Degregori, Carlos Iván (ed). IEP. PUCP. Universidad del Pacífico, Lima.

Baudin, Louis

[1928]1940. *El imperio socialista de los incas*. Zig-Zag, Chile.

Baudin, Louis

1954. "Irrationality in Economics." *The Quarterly Journal of Economics*, 68 (4): 487-502.

Bechis, Martha

2005. "La interacción retroalimentadora o dialéctica como unidad de análisis de la Etnohistoria, un campo antidisciplinario del saber". *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*.

Boixadós, Roxana

2000. "¿Etnohistoria de La Rioja? Proyecciones y límites de una práctica interdisciplinaria". *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 9: 131-156, Facultad de Filosofía y Letras. U.B.A, Buenos Aires.

Bourdieu Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron

[1973] 1986. "Sociología del conocimiento y epistemología". En: *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo XXI editores, México. Traducción de Fernando Hugo Azcurra.

Bourdieu, Pierre

[1999] 2005. *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant

1995. "La práctica de la antropología reflexiva". En: *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo, México.

Burga, Manuel.

[1999] 2005. *La historia y los historiadores en el Peru*. UNMSM - Fondo Editorial, Lima.

Burger, Richard

2007. "John Howland Rowe (june 10, 1918 - may 1, 2004)" *Andean Past*, 8: 33-44. Cornell University Latin American Studies Program.

Burger, Richard

2007. "John Howland Rowe (june 10, 1918 - may 1, 2004)" Traducción: Victor Falcón Huayta, Lima.

Disponible en Internet en:

<http://www.arqueologiadelperu.com.ar/rowe.htm>

Castorina, José Antonio.

1989. "La posición del objeto en el desarrollo del conocimiento". En: *Problemas en Psicología Genética* (Castorina et al.) Miño y Dávila, Buenos Aires.

Castro, Victoria, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (ed.)

2000. *Nispa ninchis/decimos diciendo: conversaciones con John Murra*. IEP/IAR, Lima.

Collier Donald y John Murra

1943. "Survey and Excavations in Southern Ecuador". *Field Museum of Natural History, Anthropological Series*, 35. Chicago.

Daggett, Richard

2005. "Introducción a las investigaciones de julio C. Tello en la península de Paracas". En: *Paracas*, Astuhuamán González, César Widebaldo (comps.). Lima: UNMSM, Fondo Editorial; New York: Institute of Andean Research.

Disponible en Internet en:

<http://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtual/Libros/historia/paracas/contenido.htm>

Eggan, Fred

1937. "Historical Changes in the Choctaw Kinship System". *American Anthropologist*, 39: 34-52.

1963. Fay-Cooper Cole, 1881-1961. *American Anthropologist*, 65, 3, 1: 641-648

Espinoza, Waldemar

1964. "Nota preliminar sobre el manuscrito de la visita de Chucuito y la transcripción usada en la presente edición". En: *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garcí Díez de San Miguel en el año 1567*. Documentos regionales para la etnología y etnohistoria andinas, 1. Casa de la Cultura, Lima.

[2006] 2007. "Descubrimiento, redescubrimiento y edición de la visita de Garcí Díez de San Miguel. Aclarando J. V. Murra". *Conciencia histórica*, 2. Lima.

Disponible en Internet:

<http://peru.inka.free.fr/Runapacha/waldemar.pdf>

Evans-Pritchard, Edward E.

1950. "Social Anthropology: Past and Present the Marett Lecture". *Man*, 50: 118-124.

Fernández, Stella M.

1992. *Técnicas del trabajo intelectual*. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

Fernández de Mata, Ignacio

2002. "Diálogos, encuentros y mixturas: relaciones entre la Antropología y la Historia". *Iberia: Revista de la Antigüedad*, 5: 21-48

Fisher, John y David Cahill

2008. *De la etnohistoria a la historia en los Andes*. 51º Congreso Internacional de Americanistas, Santiago de Chile, 2003. Ediciones ABYA-YALA, Quito.

Flores Ochoa

2003. "Al lector". En: *Los Incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura - Región Cusco

Gadamer, Hans-Georg

1988. *Verdad y método*. Acápite 3 del Capítulo 11. Sígueme, Salamanca.

García, Rolando

2007. *Sistemas complejos. Concepto, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Gedisa, Barcelona.

Guillén Guillén, Edmundo

1966. "Presentación". *Cuadernos de investigación de Huánuco*. Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Huánuco, Perú.

1967. "Prólogo a los Documentos para la Historia y Etnología de Huánuco y la Selva Central". En: *Visita a la provincia de León de Huánuco en 1562 por Iñigo Ortiz de Zuñiga*. Tomo I. Universidad Nacional Hermilio Valdizan.

2004. "John H. Rowe, un historiador inca". *Demiurgo*, 2:72-73. Lima.

Disponible en Internet en:

<http://miguel.guzman.free.fr/Runapacha/rowe.pdf>

Guyotte, Roland

1997. "Hutchins of Chicago: The University President as Publicist".

Disponible en Internet en:

<http://www.lib.niu.edu/1997/ihfa9732.html>

Hamel, Eugene

1969. "Peck's Archaeologist". *The Kroeber Anthropological Society Papers*, 40: 93-99, 20th Anniversary Issue. Papers in Honor of John Howland Rowe.

Disponible en Internet en:

<http://www.lib.berkeley.edu/ANTH/emeritus/rowe/bio/robio1.html>

Harris, Olivia

[2006] 2007. "John Víctor Murra Antropólogo e historiador de los Andes". *Íconos* 26: 164-66.

Hastorf Christine, Suzanne Calpestri y Eugene Hammel

Ca. 2004. "In Memoriam, John Howland Rowe. Professor of Anthropology, Emeritus. UC Berkeley 1918-2004"

Disponible en Internet en:

<http://www.universityofcalifornia.edu/senate/inmemoriam/johnhowlandrowe.htm>

Hidalgo, Jorge

[1995] 2000. "Discurso en nombre de la Sociedad Chilena de Arqueología". En: *Nispa ninchis/decimos diciendo: conversaciones con John Murra*. Castro, Victoria, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (ed.) IEP/IAR, Lima.

Heizer, Robert F.

1961. "Alfred Louis Kroeber: 1876-1960". *Man*, 61: 107-107.

Ibarra Güell, Pedro y Noemí Bergantiños

2008. "Movimientos estudiantiles: de mayo del 68 a la actualidad. Sobre las experiencias 'utópicas' en un movimiento peculiar". En: *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la Universidad*. Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad crítica / coord. por Xabier Albizu Landa, Joseba Fernández González, Jon Bernat Zubiri Rey.

Disponible en Internet en:

<http://www.universidadcritica.org/Libro/01Movimientosestudiantilesdemayodel68.pdf>

Jett, Stephen C. y George F. Carter

1966. "A Comment on Rowe's 'Diffusionism and Archaeology'". *American Antiquity*, Vol. 31, No. 6: 867-870.

Karell L. Mohr Chávez

1988. "Alfred Kidder II 1911-1984". *Expedition*, 30, 3: 4-7.

Kaulicke, Peter

1998a. "Julio C. Tello vs. Max Uhle en la emergencia de la arqueología peruana". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

1998b. "Max Uhle y el Peru antiguo: una introducción". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

1998c. "Max Uhle y la arqueología de la costa sur". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

1998d. "Releer a Uhle. Comentarios y Lecturas". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

2004. "Identidad, etnicidad e imperios: algunas reflexiones finales". *Boletín de Arqueología* 8: 325-357. PUCP, Lima.

Krech, Shepard

1991. "The State of Ethnohistory". *Annual Review of Anthropology* 20: 345-375.

Kroeber, Alfred L. y Donald Collier

[1926] 1998. *The archaeology and pottery of Nazca, Peru: Alfred L. Kroeber's 1926 expedition*. Patrick H. Carmichael (ed.) with an afterword by Katharina J. Schreiber. AltaMira in cooperation with the Field Museum, Chicago, Walnut Creek, London.

1940. "Review: Archaeology of the North Coast of Peru: An Account of Exploration and Excavation in Viru and Lambayeque Valleys by Wendell C. Bennett". *American Anthropologist*, 42, 3, 1: 508 -510.

Kuhn, Thomas

[1962] 2004. *Las estructuras de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

Lackner Jerome y John Rowe

1955. "Morphological similarity as a criterion of genetic relationship between languages". *American Anthropologist*, 57(1): 126-129.

Langer, Erick

2001. "Las fuentes documentales escritas". En: *Formulación de proyectos de investigación*. Barragán Rossana (Coord.) PIEB, La Paz.

Lechtman, Heather

[1998] 2000. "Discurso de Homenaje. Universidad Mayor de San Marcos". En: *Nispa ninchis/decimos diciendo: conversaciones con John Murra*. Castro, Victoria, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (ed.) IEP/IAR, Lima.

Lynch, Tom

2002. "Reseña Bibliográfica: Nispa Ninchis Conversaciones con John Murra. Victoria Castro, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo". *Chungara*, Revista de Antropología Chilena, 34 (1): 141-142. Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Lorandi, Ana María.

[1998] 2000. "Discurso de Homenaje. En: *Nispa ninchis/decimos diciendo: conversaciones con John Murra*". Castro, Victoria, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo (ed.) IEP/IAR, Lima.

2002. "Reseña Bibliográfica: *Nispa Ninchis Conversaciones con John Murra*. Victoria Castro, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo. Instituto de Estudios Peruanos/Institute of Andean Research, Lima, 2000". *Chungara*, Revista de Antropología Chilena, 34 (1): 142-143. Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

2006. "Homenaje al maestro John Murra: 1916-2006". *Memoria Americana*, 14: 205-210.

Lorandi, Ana María y Mercedes del Río

1992. *La etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Lorandi, Ana María y Lidia Nacuzzi

2007. "Trayectorias de la Etnohistoria en Argentina (1936-2006)". *Relaciones XXXII* de la Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Lorandi, Ana María y Rodríguez Molas

1984. "Historia y Antropología: Hacia una nueva dimensión de la ciencia". *Etnia*, 32: 53-80

Lorandi, Ana María y Guillermo Wilde

2000. "Desafío a la isocronía del péndulo. Acerca de la teoría y de la práctica de la antropología histórica". *Memoria Americana Cuadernos de Etnohistoria* 9: 37-78, Facultad de Filosofía y Letras. U.B.A, Buenos Aires.

Lothrop, S. K.

1948. "Julio C. Tello, 1880-1947". *American Antiquity*, 14, 1: 50-56.

Maclay, Kathleen

2004. "John Rowe, authority on Peruvian archaeology, dies at 85".

Disponible en Internet en:

http://berkeley.edu/news/media/releases/2004/05/07_rowe.shtml

Mallon, Florencia.

1983. "Review: Luis E. Valcárcel: *Memorias*. by Luis E. Valcárcel ; Jos Matos Mar ; Jos Deustua C. ; Jos Luis Rnique". *The Hispanic American Historical Review*, 63, 1: 188-189.

Malpass, Michael

2003. "Provincial Inca Archaeology and Ethnohistory: An Introduction". En: *Provincial Inca: archaeological and ethnohistorical assessment of the impact of the Inca state*. Michael Malpass editor. University of Iowa Press, Iowa.

Martínez, Teodoro

1998. "Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (Lima, 1906-1911)". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Means, Philip

1918a. "Anthropological Notes". *American Anthropologist, New Series*, 20, 2.

1918b. "Pre-Columbian Peruvian Chronology and Cultures". *Man*, 18.

1918c. "Race and Society in the Andean Countries". *The Hispanic American Historical Review*, 1, 4.

1923. "Some Comments on the Inedited Manuscript of Poma de Ayala". *American Anthropologist, New Series*, 25, 3.

Mohr Chávez, Karen

1988. "Alfred Kidder II: 1911-1984". *Expedition* Vol. 30, No.3: 4-7

Disponible en Internet en:

<http://www.penn.museum/expedition-back-issues/107-volumes-21-30-/495-expedition-volume-30-number-3-winter-1988.html>

Morris, Craig

1973. "Establecimientos estatales en el Tawantinsuyu: una estrategia de urbanismo obligado". *Revista del Museo Nacional de Lima*, XXXIX.

1978-1980. "Huánuco Pampa: nuevas evidencias sobre el urbanismo inca". *Revista del Museo Nacional de Lima*, XLIV

Morris, Craig y Donald Thompson

1985. *Huánuco Pampa. An Inca City and its Hinterland*. Londres, Thames and Hudson Inc.

Murra, John V.

1946. "The historic tribes of Ecuador". *The Handbook of South American Indians*, 2: 785-821

[1958a] 1975. "En torno a la estructura política de los *inka*". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

[1958b] 1975. "La función del tejido en varios contextos sociales y políticos". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

[1960] 1975. "Maíz tubérculos y ritos agrícolas". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

1962a. "An Archaeological 'Restudy' of an Andean Ethnohistorical Account". *American Antiquity*, 28 (1): 1-4

1962b. "Temas de estructura social y económica en la etnohistoria y el antiguo folklore andino". *Folklore americano*, 10: 226-237. Lima.

1964. "Una apreciación etnológica de la visita". En: *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567*. Documentos regionales para la etnología y etnohistoria andinas, 1. Casa de la Cultura, Lima.

[1964a] 1975. "Nueva información sobre la población *yana*". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

[1964b] 1975. "Rebaños y pastores en la economía del Tawantinsuyu". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

1965. "Las investigaciones antropológicas en Huánuco 1963-1966". *Cultura y Pueblo*, Lima.

1966a. "Apéndice: informe presentado al Patronato Nacional de Arqueología sobre la labor de limpieza y consolidación de Huánuco Viejo". *Cuadernos de investigación de Huánuco*. Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Huánuco, Perú.

1966b. "El Instituto de Investigaciones Andinas y sus Estudios en Huánuco, 1963-66". *Cuadernos de investigación de Huánuco*. Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Huánuco, Perú.

1966c. "New data on retainer and servile populations in Tawantinsuyu". *Actas y memorias*. Tomo 2. Sevilla. Congreso Internacional de Americanistas, España, 1964.

1966d. "Reconocimiento del concurso y ayuda recibidos". *Cuadernos de investigación de Huánuco*. Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Huánuco, Perú.

[1967] 1975. "Las autoridades étnicas tradicionales en el alto Huallaga". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

1967. "Nota preliminar sobre el manuscrito de la visita de los chupachu y la transcripción usada en la presentación" y "La visita a los chupachu como fuente etnológica". En: *Visita a la provincia de León de Huánuco en 1562 por Iñigo Ortiz de Zuñiga*. Tomo I. Universidad Nacional Hermilio Valdizan.

1968. "An Aymara Kingdom in 1567". *Ethnohistory*, 15 (2): 115-151.

[1968] 1975. "Un reino aymara en 1567". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

1970. "Current Research and Prospects in Andean Ethnohistory". *Latin American Research Review*, 5 (1): 3-36.

[1970] 1975. "Las investigaciones en etnohistoria andina y sus posibilidades en el futuro". En: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos ediciones, Perú.

1972. "Nota preliminar sobre el manuscrito de la visita y la transcripción usada en la presente edición" y "El 'control vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En: *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562 por Iñigo Ortiz de Zuñiga*. Tomo II. Universidad Hermilio Valdizan.

1978. *La organización económica del estado inca*. Siglo XXI Editores, México.

1984. "An Interview with John V. Murra". *Hispanic American Historical Review*, 64 (4): 633-653. Prólogo de John Rowe.

[1984] 2006. "Una Entrevista con John V. Murra". *Peripecias* N° 20 Prólogo de John Rowe. Traducido al español por Martha León Urdaneta

1991. *Visita de los valles de Sonqo en los yunka de coca de La Paz (1568-1570)*. (ed.) Instituto de Cooperacion Iberoamericana

2002. *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*. IEP/Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Nacuzzi, Lidia

2002. "Leyendo entre líneas". En: *Historia y estilos de trabajo de campo en la Argentina*, Visacovsky, S. y R. Guber (comps.). Antropofagia, Buenos Aires.

O'Brien, Patricia J.

1968. Doctrinaire Diffusionism and Acts of Faith. *American Antiquity*, Vol. 33, No. 3: 386-388.

Palerm, Ángel

1974. "Introducción. Sobre el papel de la historia de la etnología en la formación de etnólogos". En: *Historia de la etnología 1: los precursores*. Alhambra Universidad, México.

Patterson, Thomas, C.

2001. *A Social History of Anthropology in the United States*. Oxford, New York.

Pease, Franklin

[1974] 1987. "Etnohistoria andina: problemas de fuentes y metodología". En: *La Etnohistoria en Mesoamérica y los Andes*. Pérez Cevallos, Juan Manuel y José Antonio Pérez Gollán (comp.). Textos Básicos y Manuales. Instituto nacional de Antropología e Historia, México.

Peirano, Mariza

1995. "A favor de la etnografía". En: *La antropología brasileña contemporánea. Contribuciones para un diálogo latinoamericano*. A. Grimson, G. Lins Ribeiro y P. Semán (comps.). Buenos Aires. Associação Brasileira de Antropología / Prometeo Libros. 323-356

Pérez Zevallos y Pérez Gollán

1987. "Introducción". En: *La Etnohistoria en Mesoamérica y los Andes*. Pérez Zevallos, Juan Manuel y José Antonio Pérez Gollán (comp.). Textos Básicos y Manuales. Instituto nacional de Antropología e Historia, México.

Piaget y García

[1979] 1987. "Introducción" y "Ciencia, psicogénesis e ideología". En: *Psicogénesis e historia de la ciencia*. Siglo XXI Editores, México.

Reynoso, Carlos

1993. "Conclusiones". En: *De Edipo a la maquina cognitiva*. Ediciones el Cielo por asalto, Buenos Aires.

Richardson, James

1969. "Review: *Peruvian Archaeology: Selected Readings* John Howland Rowe y Dorothy Menzel". *American Anthropologist*, New Series, 71(1): 156-157.

Rojas, José Luis

2008. *La etnohistoria de América: los indígenas, protagonistas de su historia*. SB, Buenos Aires.

Rojas Rabiela y Pérez Zevallos

2007." Obituario. John V. Murra, (1916-2006)". *ICHAN TECOLOTL* 197: 4-5

Disponible en Internet en:

http://www.ciesas.edu.mx/ichan/_archivos/2007/01_enero2007.pdf

Rowe, John H.

1944a. "An Introduction to the Archaeology of Cuzco". *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University Vol. XXVII No. 2

1944b. "Métodos y fines del estudio folklórico". *Waman puma*, 3, (16): 21-29

1945. "Absolute chronology in the Andean area". *American Antiquity*, X, 3: 265-284.

1946. "Inca culture at the time of the spanish conquest". *The handbook of South American Indians*, 2: 183-330.

1950. "Sound Patterns in Three Inca Dialects" *International Journal of American Linguistics*, 16 (3): 137-148.

1951. "Andean culture history: an apology and clarification". *American Antiquity*, 16 (4): 356-360.

[1951] 2003. "Retratos coloniales de los incas nobles". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

1953. "Technical Aids in Anthropology: A Historical Survey." *Anthropology today*, The University of Chicago Press

[1953] 2003. "Once oraciones inca del ritual del zithuwa". En *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

[1955] 2003. "El movimiento nacional inca del siglo XVIII". En: *Los Incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

1956. "Archaeological Explorations in Southern Peru, 1954-1955". *American Antiquity*, 22 (2): 135-151.

[1957] 2003. "Los incas bajo las instituciones coloniales". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

1958. "Tiempo, estilo y proceso cultural en la arqueología peruana". *Revista Universitaria*. Año XLVII, 115.

[1958] 2003. "Los grados de edad en los censos incaicos". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

1959. "Archaeological dating and cultural process". *Southwestern Journal of Anthropology*. University of New Mexico, Albuquerque. 15 (4)

[1960a] 2003. "La cronología de los vasos de madera inca". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

[1960b] 2003. "Los orígenes del culto al creador entre los incas". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

- 1962a. "Alfred Louis Kroeber 1876-1960". *American Antiquity*, 27, 3: 395-415.
- 1962b. "Stages and periods in archaeological interpretation". *Southwestern journal of anthropology*. University of New Mexico, Albuquerque. 18 (1): 40-54.
- 1962b. "Etapas y periodos en la interpretación arqueológica". Traducción Luis Abel Orquera. Sin publicar, sección Apuntes del Museo Etnográfico.
- 1962c. "Worsaae's Law and the Use of Grave Lots for Archaeological Dating". *American Antiquity*, 28 (2): 129-137.
- [1963] 1973 "Urban settlements in ancient Perú". En: *Peoples and Cultures of Native South America*, Daniel Groos (ed.). New York, The American Museum of Natural History.
1965. "The Renaissance Foundations of Anthropology". *American Anthropologist*, New Series, 67 (1): 1-20.
- 1966a. "Diffusionism and Archaeology". *American Antiquity*, 31 (1): 334-337
- 1966b. "Further Notes on the Renaissance and Anthropology: A Reply to Bennett". *American Anthropologist*, New Series, 68 (1): 220-222.
- [1971] 2003. "La fecha de nacimiento de José Gabriel Thupa Amaro". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.
1972. "El arte de Chavín: estudio de su forma y su significado". *Historia y cultura* 6: 249-275, Museo Nacional de Cultura, Lima.

[1982] 2003. "Genealogía y rebelión en el siglo XVIII". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

[1985] 2003. "Las circunstancias de la rebelión de Thupa Amaro en 1780". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

[1985b] 2003. "La probanza de los incas nietos de conquistadores". En: *Los incas del Cuzco*. Instituto Nacional de Cultura, Región Cusco.

1995. "Achieving an Anthropology Library"

Universidad de California, Anthropology Emeritus Lecture Series

Disponible en Internet en:

<http://www.lib.berkeley.edu/ANTH/emeritus/rowe/bio/rolib.html>

1998. "Max Uhle y la idea de tiempo en la arqueología americana". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1998. "Interview with John H. Rowe. Honoree of Anthropology's Eighth Emeriti Lecture". The Jawbone: anthropology department newsletter. University of California, Berkeley.

Disponible en Internet en:

<http://www.lib.berkeley.edu/ANTH/emeritus/rowe/bio/interview.html>

Salazar Soler, Carmen

2007. "La presencia de la antropología francesa en los andes peruanos". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 36 (1): 93-107. Lima

Salomon, Frank

2009. "'Kinsmen Resurrected': John Victor Murra and the History of Anthropology". *Andean Past* 9: 87-102 (en prensa)

Santamaria, Daniel

1985. "La historia, la etnohistoria y una sugerencia de los antropólogos". *Desarrollo Económico*, 25, (99).

Schreiber, Katharina

2006. "In Memoriam. John Howland Rowe 1918-2004". *Ñawpa Pacha* 28: 95-201.

Schusky, Ernest L. y Fred Eggan

1989. "Fred Eggan: Anthropologist Full Circle Author". *American Ethnologist*, 16, 1: 142-157.

Silva-Santisteban, Fernando

2002. "La formación del Estado en la civilización andina". En: *Sobre el Peru* Tomo II (Comps.) Guerra Martinière, Margarita, Oswaldo Holguín Callo, César Gutiérrez Muñoz. Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Lima.

Steward Julian H, Ann J. Gibson y John H. Rowe

1961. "Alfred Louis Kroeber, 1876-1960". *American Anthropologist*, 63, 5, 1: 1038-1087.

Stocking, George

1979. "Anthropology at Chicago".

Disponible en Internet en:

<http://anthropology.uchicago.edu/about/history.shtml>

Tamayo, José

1980. *Historia del Indigenismo Cuzqueño S. XVI-XX*. Instituto Nacional de Cultura, Lima.

Thompson, Donald y John Murra

1966. "Puentes Incaicos en la Región de Huánuco Pampa". *Cuadernos de investigación de Huánuco*. Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Huánuco, Perú.

Topolski, Jerzy

1982. *Metodología de la historia*. Cátedra, Madrid.

Trigger, Bruce

[1982] 1987. "Etnohistoria: problemas y perspectivas". En: *Traducciones y comentarios*. Instituto de Investigaciones de Arqueología y Museo. Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes. Universidad Nacional de San Juan.

Uhle, Max

[1913] 1998. "Acerca de la cronología de las antiguas culturas de Ica" En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

[1917] 1998. "Conveniencia de dictar una ley uniforme en los países americanos para proteger y estimular el estudio y recolección de material arqueológico y antropológico". En: *Max Uhle y el Peru antiguo*, Kaulicke (Ed.) Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Valladares Quijano, Manuel

2005. "Las letras que forjaron el indigenismo cusqueño". *Guaca*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1 (2): 39-60

Vansina, Jan

1962. "Ethnohistory in Africa" *Ethnohistory*, 9 (2): 126-136.

Viazzo, Pier P.

2003. *Introducción a la antropología histórica*. Fondo Editorial d la PUCP/ Instituto Italiano de Cultura, Lima.

Yengoyan, Aram

1991. "Obituary: Fred Eggan (1906-1991)". *The Journal of Asian Studies*, 50, 4: 1017-1019

Zanolli, Carlos y Lorena Rodríguez

2004. "La antropología histórica: entre la tradición académica y las prácticas de investigación". En: *Revista Historia Indígena*. Vol. 8: 89-100. Universidad de Chile.

Webs de Instituciones

Anthropology Emeritus Lecture Series, Universidad de California

<http://www.lib.berkeley.edu/ANTH/emergitus/rowe/pub/index.html>

American Historical Association

<http://www.historians.org/>

Conference on Latin American History

<http://clah.h-net.org/>

Departamento de Antropología de la Universidad de Cornell

<http://falcon.arts.cornell.edu/Anthro/>

Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

<http://sociales.unmsm.edu.pe>

Fundación Guggenheim

<http://www.gf.org/>

Instituto de Estudios Peruanos

<http://www.iep.org.pe/>

Institute of Andean Studies

<http://www.instituteofandeanstudies.org/>

Instituto Smithsoniano

<http://www.si.edu/>

Kroeber Anthropological Society

<http://anthropology.berkeley.edu/kas.html>

Minnesota Historical Society

<http://www.mnhs.org/library/findaids/P2275.html>

Museo Inka, Universidad Nacional de San Antonio de Abad De Cuzco

http://www.unsaac.edu.pe/centros_produccion/museo_inka.php

Museo Nacional de Perú

<http://museonacional.perucultural.org.pe>

Universidad de California, Berkeley

<http://berkeley.edu/about/hist/foundations.shtml>

Universidad de Chicago

<http://www.uchicago.edu/about/history.shtml>

Universidad de Cornell

<http://www.cornell.edu/>

Universidad Nacional de San Antonio de Abad De Cuzco

<http://www.unsaac.edu.pe>

Universidad Nacional de San Marcos

<http://www.unmsm.edu.pe>